AZORIN

UNIV. OF ARIZONA
PQ6623.A816 V4 1929 mn
Azorin/Veraneo sentimental
3 9001 03918 3390

VERANEO SENTIMENTAL

COLECCIÓN VARIORUM

LIBRERIA GENERAL
ZARAGOZA

VERANEO SENTIMENTAL

AZORIN

OBRAS PRÉTERITAS

TIEMPOS Y COSAS

VERANEO SENTIMENTAL

DE PROXIMA PUBLICACION:

PALABRAS AL VIENTO

HUELLAS EN LA ARENA

AURA EN LAS CAÑAS

HISTORIA Y VIDA

LEYENDO A LOS POETAS

ANDANZAS Y LECTURAS

TOPICOS DEL DIA

MAS FANTASIAS Y DEVANEOS

ESENCIAS DE ESPAÑA

PQ
6623
A816
V4
1929

AZORÍN

VERANEO SENTIMENTAL

LIBRERIA GENERAL
ZARAGOZA

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Reservados los derechos para todos los países.

Copyrigth, 1929, by Azorín.

Imprenta Sáez. - Buen Suceso, 14, Madrid

EL PEQUEÑO FILOSOFO S. D.

El pequeño filósofo, amigos míos, va a salir de Madrid. No lleva su paraguas de seda roja—cosa impropia de la estación—, sino un quitasol gris con el forro de tela verde... Yo—os lo diré—he vivido durante todo el invierno alentado por un ideal secreto que, al fin, voy a satisfacer. Yo quiero verme, por las mañanas, cuando aun todo reposa, sentado ante las cuartillas, en el diminuto cuarto de un balneario. Yo llevo unas zapatillas de badana y un pequeño gorro; yo tengo cierto aire paternal y escéptico. Y en esta hora, en que la gente se levanta, en que van a abrirse todos los cuartos, yo salgo al corredor y voy marchando distraído, absorto, con un número del *Times* en la mano—no olvidéis mi tipo de sajón y mi monóculo—, atento a lo que puedo observar por los resquicios de las puertas. Y como estos instantes son los instantes fatales, inevitables, de las grandes indiscrecciones, en que el eterno femenino se nos muestra, no como una adorable representación, sino acaso como una realidad dolorosa, yo, enfrascado, al parecer, en la lectura del periódico londinense—no olvidéis tampoco que un extranjero inspira siempre menos recelo que un indí-

gena—, yo, repito, voy adivinando *in mente* pequeños detalles sintomáticos, que luego me apresuro a concretar en mis livianas crónicas.

Yo me veo también fingiendo, ante un mozo del hotel, una profunda estupefacción—ya conocéis el juego—por un hecho insignificante que he notado en una distinguida señora; y entonces él, para demostrarme que soy un pobre hombre, ríe y me dice: «¡Ah, no! Eso que...» Y comienza a contarme una historia terrible.

Y yo me veo luego en un salón donde hay un piano, tal vez un poco desafinado. Es por la noche y yo me he vestido mi smoking diminuto. El salón está lleno, o casi lleno, de esta pintoresca humanidad de los balnearios. Hay un señor magistrado con el bigote gris, romo, y un bastón con una bola de plata; hay un ex director de Administración local que tose largamente, llevándose las manos al abultado abdomen; hay un rico propietario de pueblo, que ha sido alcalde y diputado provincial, y tuvo grandes amistades con Sagasta; hay un senador chiquito, que tiene una barbilla puntiaguda y unos ojuelos microscópicos, y que da golpes furiosos en el suelo con su roten cada vez que un criado tarda un segundo en hacer lo que él ordena con palabras incongruentes.

Pero yo no hablo con el magistrado, ni con el senador, ni con el propietario; yo examino las bellas señoras con sus trajes blancos, azules, rosados; unas son esbeltas, y con la tez pálida, marfileña, en que aparecen las venillas azules; otras son rebosantes, fornidas, encendidas, con una gordezuela sotabarba que se repliega graciosamente cada vez que se yer-

guen para contestar sonriendo a los saludos. Yo dudo un momento, encantado; pero bien pronto me dirijo a una espléndida dama, a quien he acompañado tardes atrás en sus paseos. Yo sonrío y digo: «Señora, tengo un verdadero placer...» Y ella pone también una sonrisa en sus labios gordezuelos y rojos. Y yo entonces comienzo a olvidarme de mi pequeña filosofía...

Pero no adelantemos los acontecimientos. ¡Quién sabe! Tal vez en estos balnearios no haya ni magistrados con sus bastones de puño de plata, ni damas que os regalen sonrisas de carmín. Yo, en camino, hacia lo desconocido. ¿Qué es lo que me reserva el destino en viaje? ¿Qué tristezas o qué alegrías, nunca gustadas, van a hacerse en mi espíritu? No lo sé; ahora sólo se trata de cumplir con un sencillo deber de cortesía.

Amigos, amigas; el pequeño filósofo, s. d.

HACIA CESTONA

Cuando, entre formidable revoltijo de camisas, corbatas, cuellos, botas, trajes, que sigue a la irrupción en un cuarto de hotel, me siento ante las cuartillas, aparece ante mí, bruscamente, en un instante, traído por la hiperestesia nerviosa de interminables horas y horas de viaje, toda mi larga caminata en el tren, con el estruendo del viejo herraje; el resoplido de las locomotoras; el parpadeo lejano de los faros verdes y rojos; los silbatos agudos; los campanillazos; las bocinas; el ir y venir silencioso y rápido de las máquinas, en misteriosas maniobras, a lo largo de los muelles desiertos, oscuros; las ventanas iluminadas, inquietadoras, de las casas remotas; el aullar de los perros en la campiña; las chispas del hogar que revuelan en la negrura un momento y caen, encendidas, áureas, en lo hondo; el redoblar horrisonante de las plataformas giratorias; los silencios profundos, densos, que preceden en las estaciones al momento en que el tren que pasa va a partir; el bullicio presuroso de las fondas; la marcha vertiginosa, suave, entre la verdura incomparable, maravillosa, del país vasco...

Son las ocho: es la hora precisa en que Madrid,

aplanado durante el día por bochorno, rebulle, se enardece y se estruja en las calles y en los paseos. Ya por Poniente, allá en las lejanías de la calle Mayor, el cielo se enrojece con los destellos postreros del crepúsculo. Y los arcos voltaicos comienzan a parpadear con sus reflejos blancos, mates. Y los ómnibus y las manuelas descienden, cargados de equipajes, por la cuesta de San Vicente... Va a partir el exprés de las diez: un rumor de voces, carcajadas, gritos, llena el ancho ámbito del andén. Y destacan las notas de los trajes veraniegos, blancos, azules, rosa. Las portezuelas se cierran: el tren está repleto; un confuso olor de violeta, de piel de España, de jazmín; un intenso e inconfundible aroma de mujer se ha esparcido por todos los coches. De pronto suena un sonoro campanillazo ; la locomotora responde con un agrio silbido. Y el tren, lento, tardo, se pone en marcha.

Y ya quedan atrás, en la negrura de la noche, los millares de puntitos luminosos de la gran urbe. La locomotora resopla; el hogar, abierto durante un instante, refleja con blancos y vivos resplandores en los grandes vellones de humo. En lo hondo, a la derecha, a través del ramaje, aparecen y desaparecen vertiginosamente las luces esparcidas de los Viveros. Arriba, en el cielo, limpio, sereno con inefable serenidad augusta, titilean los astros, y la ancha zona de la Vía Láctea os hace pensar a vosotros, viajeros errantes de la vida y de las ideas, en la inmensidad inexcrutable de los mundos que comienzan y mueren ignorados...

Y el tren para en una estación diminuta. El *Morse* marcha en el silencio con un tic-tac desigual y nervioso; suena un timbre de pronto, un silbido rasga los

aires. Y otra vez el tren parte hacia las tinieblas por la inmensa estepa castellana, mientras las estrellas fulguran y en la lejanía el faro verde se disuelve en la noche.

Así, una tras una, las estaciones van pasando ante vosotros, enervados por el insomnio. En las Navas, entre el boscaje de los pinos, contempláis otra vez—espectáculo siempre nuevo—las fulguraciones de las estrellas. En tierra de Avila, una obsesión os sobrecoge y creéis sentir, a vuestro paso por las llanuras y pedrizas famosas, al espíritu de la grande mujer andariega e inquebrantable. Y luego escucháis en la estación, durante la madrugada, el cascabeleo de los coches que se alejan, y contempláis las luces, acá y allá desparramadas, de la ciudad dormida, silenciosa...

Pero ya la noche ha ido pasando. Por Oriente, en toda la larga línea del horizonte, un resplandor tenue, nacarado, ha ido surgiendo. El tren ha parado en Sanchidrián. Las luces de los discos y de la estación van perdiéndose, diluyéndose, en la naciente claridad diurna. La campiña se aleja en un inmenso mosáico de piezas labrantías; de cuando en cuando, un grupo de álamos pone una nota verde en la sábana amarillenta de las mieses. Y en el fondo, recostado en las laderas de un altozano, tal vez un pueblecillo destaca con las techumbres rojizas de sus casas.

El tren ha dejado ya atrás también a Medina del Campo. El ancho llano de Valladolid surge ante nuestra vista. Pasamos ante la barriada de las afueras; las altas chimeneas de las fábricas se perfilan, gráciles, en el azul; tupidas alamedas cruzan y recruzan la ancha huerta. Y luego veis un bosquecillo sereno de

cipreses que semioculta muchedumbre de cruces y diminutos techos blancuzcos...

Y cuando queda traspuesta la estación de Venta de Baños, un cambio sorprendente va operándose en el aire, en el color, en las líneas, en los matices circunstanciales e íntimos del campo. Este ambiente ya no es el ambiente diáfano, límpido, claro, de Levante o del Mediodía, en que las cosas se destacan con una perfecta nitidez en sus líneas, y en que las lejanías se pierden en remotos y desesperantes confines. Los colores, aquí, son más apagados, más suaves, más dulces, y los contornos de un árbol, de una casa, de una torre, de un risco, se pierden y funden y confunden con la variedad grata y ensoñadora del paisaje romántico. Un montecillo cierra una vega suave, y en sus laderas destacan, bien labrados, bien cultivados, bien apañados, cuadros y cornijales que forman un ensamblaje de azul, de verde, de gualdo, de gris y de bermejo...

Y ya el tren ha penetrado en el llano de Burgos; a lo lejos, entre la fronda espesa, asoman los calados pináculos negruzcos de la catedral. Y Burgos queda atrás. Y después que hemos pasado también por Miranda y hemos serpenteado por entre las peñas, hendiduras y tajos de Pancorbo, y hemos cruzado la llanada de Vitoria con sus largos liños de álamos y sus rodales de manzanos, el instante ha llegado en que vamos a contemplar el intenso paisaje vasco. Y he aquí Salvatierra, Olazagutia, Alsasua... La vía se pierde entre la angostura de dos colosales vertientes; un tupido verdor, jugoso, húmedo, cubre las quiebras; las hondonadas; los barrancos; aparece, a intervalos, entre la inmensa mancha verdosa, la nota roja

de una vaca que pasta, o los blancos manchones de un rebaño. Y arriba, las aristas peladas, limpias, de la montaña, destacan radiantes, luminosas. El tren corre vertiginoso; cuatro, seis, ocho túneles son recorridos con un estruendo formidable; se abren ante la vista diminutos valles, con las laderas cultivadas en cuadros y recuadros, de pintorescas gradaciones; un riachuelo manso, lento, desliza entre el boscaje, a lo largo de los rieles, sus aguas silenciosas...

Y el tren se detiene en Zumárraga. En Zumárraga es preciso tomar una diligencia. La idea de este trance os infunde un ligero terror. Sobre la baca, han apilado un promontorio inmenso de equipajes; dentro, en el interior del coche, los viajeros se apretujan en un amontonamiento informe. Pedís un asiento cómodo—lo cual es un absurdo tratándose de una diligencia—, y os contestan que «sólo quedan asientos de tablilla». Y entonces vosotros levantáis la vista a lo alto,, contempláis la llamada tablilla, que es un estrecho asiento al aire libre, y el ligero terror de antes se trueca en sospecha verosímil de una catástrofe. Y no sucede nada; es decir, no hay vuelcos, ni muertes, ni averías, ni tropiezos, ni encontronazos. En una carretera del interior de España, esta masa enorme que la diligencia lleva sobre cubierta, haría que al menor vaivén el coche se volcara; más aquí, el mayoral deja caer de pronto, suavemente, en silencio, su látigo sobre el lomo de los caballos, y la diligencia parte rauda, callada, suave, plácida, por una carretera llana, sin polvo, como el piso uniforme y liso de un salón asfaltado. Y no hay ni gritos, ni canciones, ni denuestos, ni trallazos, ni blasfemias; vosotros, que

habéis viajado en los destartalados carromatos levantinos, andaluces y castellanos, sentís una viva sorpresa. De tarde en tarde, el mayoral, este hombre sencillo, patriarcal, con zapatillas y boina, susurra una enrevesada palabra vasca. Y los caballos, un momento remisos, prosiguen con su trote ligero sobre el plano limpio y resbaladizo del camino. A un lado, a la izquierda, se yergue una empinada ladera exornada de robles y castaños; a otro lado, a la derecha, un río pasa manso, verdoso, entre boscaje lujuriante. Y veis, allá en la ingente lejanía, colgadas, agarradas a la tierra, casitas blancas, con la techumbre roja, que se os antoja que van a comenzar a rodar por las laderas. Y un chivo, con su larga perilla blanca, os mira con su ojo inmóvil, escondido en la fronda. Y unos cerdos, jaros, rosados, limpios, lucientes, corren y hociquean en los remansos.

Y a la banda siniestra, ingentes peñascos, acantilados lisos, han sucedido a la tierra muelle y llena de césped, y el agua desciende impetuosa, espumeante, por las quiebras, y llega a recogerse en una lucidora hebra de plata que corre a lo largo del camino.

Y la diligencia sigue suave, pausada, sin un contoneo, sin una desviación, sin un tropiezo, sin un golpazo. La carretera contornea, serpentea, en lo hondo; los bosques húmedos de castaños y robles siguen cubriendo las montañas; tal vez un bancal de cáñamo amarillento rompe la monotonía verde; una ringla de copudos nogales forma a trechos sobre el camino una bóveda sombría. Y, de pronto, el coche retumba en las callejas de Azcoitia, en que los alpargateros trabajan en sus banquetas lustrosas; y luego, la mole

gris del monasterio de Loyola se perfila en la lejanía, y después, otro pueblecillo—Azpeitia—es cruzado también ruidosamente...

El cielo se va entoldando de espesas nubes grises. Sobre la cortina verde oscura del fondo, unas anchas techumbres rojas acaban de aparecer. Es Cestona. La diligencia se detiene. Y entre las sombras del crepúsculo, vosotros bajáis de la empinada banqueta, y dáis unas fuertes patadas en el suelo—según es uso—para desentumecer vuestros miembros, y miráis con extrañeza, y entráis en un ancho vestíbulo resonante, por el que van y vienen señores, damas, mozos y criadas. Y cuando os encontráis en un cuarto limpio y diminuto, frente al eterno panorama de la sierra verdeante, os sentáis ante las cuartillas y escribís en un momento, mientras os traen el agua que habréis pedido, unas cuartillas en que recogéis rápidamente las impresiones del viaje...

E N C E S T O N A

UNA LLEGADA EXTRAÑA

—Azorín, ¿va usted a los balnearios?

—Lector: voy a los balnearios.

—¿Se decide usted a ir a los balnearios?

—Me decido a ir a los balnearios.

Ya estoy en mi elemento: la vida no puede concebirse sin los pasillos del Congreso y sin los corredores de los balnearios. Y esta tarde, a las cuatro, allá en San Sebastián, he montado en un coche. Un tren chiquito, rechoncho, achaparrado, estrepitoso, nos lleva desde los andenes donostiarras hasta Arrona. Atrás quedan ya las techumbres rojizas, grises, de la ciudad; se extiende ante nuestros ojos encantados un panorama de un verde oscuro, suave; los manzanos ponen sus manchas sombrías en las laderas tenues y claras. De pronto el tren se cuela silbando en el agujero negro de un túnel; se produce una baraúnda formidable de hierros que crujen, de chirridos, de tableteos horrísonos. Y cuando salimos otra vez a la luz, cuando de nuevo se hace el silencio, el valle se ha ensanchado; las laderas son más espaciosas y planas;

aparecen bosquecillos de hayas y chopos; un río ancho y manso corre lamiendo el alto talud de la vía; y por una carretera blanca, nítida, pasa vertiginoso, zumbando, un automóvil, que deja tras de sí larga estela de polvo. Y en la lejanía, entre los redondos oteros, se columbra el picacho azul de una montaña en que la niebla gris se va desgarrando...

Cuando el tren nos deja en la diminuta estación, una vieja diligencia—que encantaría a Teófilo Gautier—nos espera. Sobre la cubierta son puestos en inmenso montón baúles y maletas. No sabemos cómo vamos a caminar con toda esta abrumadora balumba; todos nos apretujamos en el interior y en el asiento delantero. Estalla un trallazo. «¡Ya, ya!», grita el mayoral. Y el carricoche se estremece, avanza, corre, al fin, raudo, blando, por una carretera lisa como el pavimento de un salón. Yo no intentaré describir este maravilloso paisaje vasco; media hora caminamos desde la estación al balneario. Cestona se halla en el fondo de una angosta cañada; las vertientes se han empinado; aumenta la vegetación; es más alto el hierbaje jugoso y son más tupidas las frondas de los bosques. Un río se desliza en lo hondo de la garganta; la carretera lo bordea. Y los viejos árboles, con los troncos cubiertos por la hiedra, se alzan a uno y otro lado del camino e inclinan sus ramas amorosas sobre el viandante.

Mas la diligencia se ha detenido un momento en el pueblo. Este pueblo de piedras viejas, negras, nobles, ha sido llevado por un novelista insigne, Pío Baroja, a las páginas de *La casa de Aizgorri*. Las comadres se asoman a las puertas y a los balcones; veis ante vos-

otros un rótulo que dice: *Fonda de Alcorta*, y adiviná-is una de estas fondas vascas, de pueblo, tan simpáticas, en que os dan silenciosamente dos o tres platos de un condimento sólido, limpio, y en que hay una viejecita que sonríe y guiña los ojos cuando le habláis en castellano. Pero no nos detengamos en este pueblo; dejemos este pequeño hostal de Blas Alcorta; el hotel tremendo del balneario nos espera. Dos minutos más de caminata, y ya estamos ante la puerta, con nuestro bastón y nuestro paraguas debajo del brazo, y con nuestra miseranda maleta de cartón en la mano. ¿No estará bien que hagamos un sobrio y cortés saludo a estos señores que se hallan sentados en sus cestas de mimbres en la puerta? Son las siete de la tarde; ya los bañistas que han salido a devanear, van retornando. Levantamos ligeramente nuestro sombrero y entramos en el hotel. Una suave penumbra vela el zaguán. Nadie sale a nuestro encuentro. Ya esto nos produce una tenue contrariedad. No vemos ni portero, ni conserje, ni maestresala, ni maleteros. Dos, cuatro, seis bañistas pasan por nuestro lado indiferentes; en un rincón unas señoras cuchichean y nos miran desde detrás de sus abanicos.

Bajo nuestro brazo están el bastón y el paraguas; de nuestra mano diestra pende la vitanda maleta. No sabemos lo que hacer; miramos a la derecha; miramos a la izquierda, y sentimos uno de esos extraños estados de ánimo en que no acabamos de decidir si realmente estaremos lindando con lo ridículo. Las sombras del crepúsculo se van espesando; un bañista pasa por nuestra vera y lanza al aire una bocanada de humo. ¿Daremos una recia palmada? ¿Diremos,

ahuecando la voz: *¡Eh! ¿Quién está aquí?* Esto sería una inconveniencia. Y, sin embargo, el tiempo pasa. ¿Qué hacer? ¿Cómo salir de esta situación singular? Ya nos resignamos a dejarnos caer resignados en un sillón de mimbres, cuando un señor cruza ante nuestra vista. Creemos ver brillan en su largo chaquet unos botones de metal. Nos levantamos rápidamente.

—Perdón—le decimos con la más humilde de nuestras inflexiones—; ¿no habría aquí una habitación para nosotros?

—¿Una habitación?—contesta él, creyendo recordar que su misión es proporcionar habitaciones.

—Sí, sí—replicamos nosotros—; una habitación.

—¿Usted quiere una habitación?—torna él a decir.

—Sí, sí—tornamos nosotros a replicar—; una habitación.

Entonces él tose, sonríe y nos dice:

—Perfectamente.

Y los dos subimos con lentitud por unas anchas escaleras.

—Don Leonardo, ¿qué hay?

—Nada, Azorín.

—¿Nada?

—Nada.

Y nos separamos tranquilamente. La vida en el balneario ha comenzado ya. Son las ocho de la mañana; una suave claridad ha hecho brillar las junturas del balcón y ha puesto unas manchas sanguinolentas en los nudos resinosos de la madera. Y han principiado a oirse, en el ancho pasillo, sobre el entarimado lustroso, los recios y pertinaces golpeteos con que lo enceran. Y por si esto no fuera suficiente, suenan estrepitosos, furiosos, incesantes, timbres y timbres. Lector: yo te quiero confesar que los timbres, en los hoteles, son uno de los fundamentos de la vida nacional; los otros son las diligencias, la mesa redonda, los palillos de los dientes y los huevos pasados por agua revueltos en una copa. En Londres, en un hotel, ponéis el dedo sobre el botón de un timbre, y como sois españoles, tenéis apoyada la yema sobre el blanco mrfil uno, dos, tres minutos; pero el timbre, allá a lo lejos, a pesar de vuestra insistencia, sólo produce una nota

breve, seca, apagada. «Este timbre está descompuesto», pensáis vosotros, que ya, como españoles, creéis que debéis arreglar algo en Londres. Y otra vez apoyáis vuestro dedo con más insistencia, con más ahinco, sobre el botón. De nuevo el timbre sólo produce un sonido rápido y suave... Y ya os disponéis a salir al pasillo y romper en largas e indignadas vociferaciones, cuando la puerta se abre y una inglesita rubia, una rubia con una cofia blanca, limpísima, esbelta, aparece entre vosotros, españoles furiosos, y os sonríe...

—Don Leonardo, ¿qué hay?

—Nada, Azorín.

—¿Nada?

—Nada.

Ya nos hemos visto por segunda vez en el transcurso de esta mañana. El balneario es una edificación vasta, de tres pisos; anchos pasillos con el piso de tablas permiten el acceso a los cuartos; las escaleras son espaciosas; en la planta baja, a la mano siniestra entrando, se abre una larga y acristalada galería que cruza sobre el río. A esta hora, por la mañana, los bañistas pasan por esta galería; y entonces observamos las caras de don Juan, de don Andrés, de doña Asunción, de Pepita, de doña Matilde, de Rosarito, de don Fernando, de don Remigio. Y vemos cómo unos marchan lentos, pasito a paso, un poco pálidos, un poco taciturnos, como quien lleva un secreto y vago mal; y cómo otros cruzan indiferentes, casi satisfechos, casi risueños, como si el dragón interior estuviera ya medio vencido; y cómo Rosarito, Pepita o Lola—que toman las aguas rápidamente por acompañar a esta

excelente madre o a esta buena tía—deambulan rápidas, esponjadas, como un pájaro que huye de un chapuzón.

—Don Leonardo, ¿qué hay?

—Nada, Azorín.

—¿Nada?

—Nada.

Tal vez un vago tedio comienza a sobrecogernos. Promedia el día; caminamos arriba y abajo por los pasillos. De pronto resuena una campana; una inquietud penetra en nuestros ánimos. Es la hora de la comida. Todos desfilamos lentamente hacia el lejano comedor. Un instante nos detenemos en la puerta como ante un misterio inquietante. No sé si es cortesía. Don Juan quiere que pase primero doña Matilde; doña Matilde pretente que pase primero doña Luisa. Y al fin todos pasamos, con un secreto presentimiento, hacia lo desconocido, hacia lo arcano.

Ya hablaré de esta hora del comedor otro día. Cuando la comida ha terminado todos salimos al pasillo. La tarde se abre para nosotros inmensa, infinita, interminable; las tardes son el terror de los balnearios. ¿Qué vamos a hacer esta tarde? ¿Cómo vamos a deshacer las horas eternas que se extienden desde las dos hasta las ocho? Y nuestro espíritu contristado entrevé como un carril forzoso, inexorable, la carretera blanca a la derecha, la blanca carretera a la izquierda, y enfrente la colina escarpada, lisa, que cierra nuestro paso. Andamos, pues, sin remisión por la alba carretera, bien hacia la derecha o bien hacia la izquierda; nuestras caras reflejan ya un cansancio más acentuado que en las horas de la mañana. Esperamos

ansiosos que el crepúsculo llegue; con él, cuando las luces se encienden, viene un rápido momento de expansión en el corredor. Es la hora del correo. Todas nuestras esperanzas, todos nuestros ensueños, todas nuestras quimeras reviven en un segundo. No sabemos de qué hablar durante el día, y en este instante supremo asoman por nuestra masa gris unas sombras de ideas. En el zaguán se forman grupos que charlotean sentados en sillones de mimbres: leemos los periódicos, se ve cómo se rasga acá y allá una carta. Y de pronto, sobre este estrépito momentáneo, sobre esta fugaz jocundidad, caen las estrepitosas campanadas. De nuevo hemos de marchar hacia el comedor; nos levantamos de nuestras butacas como haciendo un sacrificio enorme. Cenamos. Después, dejada ya la mesa, vamos y venimos otra vez por el ancho pasillo. Una pequeña orquesta de violinistas un poco entristecidos toca unos aires preciosos con que pretendemos engañar nuestra melancolía; quizá Lolita, Rosarito o Carmen, dan unas rápidas vueltas de vals sobre el entarimado brillante. Se oye en una sala contigua el chocar de las bolas de un billar; ruedan silenciosos unos diminutos caballos sobre un tapiz verde...

Y a las once todo queda desierto, silencioso.

—Don Leonardo, ¿qué hay?

—Nada, Azorín.

—¿Nada?

—Nada—torna a contestar él.

Y nos marchamos a dormir.

LOS PASILLOS

Lector: yo soy un hombre profundamente desgraciado. Lector: cuando en un balneario sentís un ligero interés ante la diligencia que llega, ya, puede afirmarse, un remoto asomo de tedio ha entrado en nuestro espíritu. Y entonces, roto ya el encanto de los primeros minutos, familiarizados con los hombres y con las cosas, comenzáis a pasear por los pasillos, por las salas, por las galerías, como en vuestra propia casa, es decir, comenzáis a aburriros. Y, es preciso decirlo: en Cestona no hay—¡oh, ilusión!—ni magistrados con el bastón coronado por luciente borla de plata, ni ex directores de Administración local, ni senadores que se enfurecen épicamente, ni damas que hacen pasar por sus labios «relámpagos de risas carmesíes». Y, es forzoso afirmarlo: en Cestona sólo hay pasillos. ¿No habéis notado esta particularidad íntima y profunda de las casas y de las grandes edificaciones públicas? En las casas, en los hoteles, en los balnearios, en los casinos, existe siempre una dependencia—sala, corredor, galería, gabinete, alcoba—que domina a todas las otras, que marca la pauta de nuestra vida cuotidiana y nos impone unos determinados gustos y unos determinados pensamientos...

Entrad en Cestona. El balneario se levanta en el seno de la hondonada; extended vuestra vista delante de vosotros, por detrás, a la derecha, hacia la izquierda: un muro verde de montañas jugosas, chorreantes, cierra el horizonte. Acaso un pedazo de peña lisa, pulimentada por las nieves, negruzca, asoma entre el follaje; mas luego otra vez la fronda recomienza, exorna los picachos, llena las grietas, se mezcla y funde, al fin, allá en la cúspide, con la neblina gris, suave, que se desgarra en el ramaje y oculta el azul de la atmósfera.

Y un río ancho, profundo, sosegado, muerto, verdoso, culebrea abajo, lamiendo las paredes del balneario, y el rumor sordo y perenne de una esclusa, en que las aguas se deshacen en blanca espuma, llena los aires y retumba en la noche con estruendo de lejano oleaje... Entrad en el balneario: es una inmensa edificación gris, con las techumbres de plana teja rojiza. Un vestíbulo, con tres arcos de berroqueña piedra, se abre ante la puerta; luego, el zaguán aparece ancho, adornado con dos grandes jarrones verdes. Y un pasillo conduce al fondo, donde ante una puerta rezan grandes letras doradas: *Comedor*; y otro pasillo corre por la derecha, y otro se aleja hacia la izquierda. Aquí, a lo largo del muro, destacan las puertecillas de los cuartos del piso bajo, las de los lavabos, las de la administración, las de la consulta. Otros dos grandes corredores arrancan también perpendiculares a éste: el uno conduce a los comedores especiales, donde yantan los que viven a régimen, al de la mesa redonda y a las cocinas; el otro lleva al salón de fiestas, al café y a la sala de juego... Todo esto

es clarísimo y tangible, lector amigo; es algo así como cuando un morador de una ciudad que desconocemos nos indica que, para encontrar lo que buscamos, vayamos por la izquierda, y luego por la derecha, y después torzamos una esquina, y más tarde atravesemos una plaza. Mas el cronista fiel no ha de detenerse en estos livianos escrúpulos. Y así ha de deciros, prosiguiendo en su narración, que el comedor de las letras doradas es espléndido, inmenso, lleno de diminutas mesillas blancas, donde el bañista devora los manjares en absoluta autonomía; y he de añadir que los otros son más prosáicos comedores, donde los hombres sencillos y modestos se acomodan. Y no será puntual y exacta esta crónica si no ascendemos por la ancha escalera y damos un vistazo al primer piso, y luego llegamos hasta el segundo y desparramamos también nuestra mirada, y después hacemos lo mismo en el tercero. No es gran cosa lo que acabamos de contemplar: un amplio corredor desnudo, con el piso de sonora madera, nos ha hecho ver de un golpe toda la larga fila de las puertas que cierran los cuartos de los bañistas.. Entremos en uno: he aquí una cama, una mesa, un lavabo, un armario de luna, una mecedora y un sillón de mimbres. La ventana nos muestra el jardincillo que se extiende ante el balneario, o bien—si el cuarto es de la fila de enfrente—el telón propíncuo de la montaña.

¿Y qué hemos de hacer cuando hayamos visto y escudriñado el cuerpo principal del edificio? Nos queda la galería de cristales; yo sospecho que en todos los balnearios existe una galería de cristales. Tal vez es esto una aprensión insana; mas ello no ha de

ser óbice para que nosotros nos encaminemos con discretos y sosegados pasos por el corredor de la izquierda, a cuyo lado se halla la ancha bóveda acristalada, tendida, de través, sobre las aguas muertas y verdosas del río. Y ya en la galería—de donde parten otros pasillos hacia los baños—, nos llegamos a unos largos soportales cubiertos, donde se halla dispuesta la peluquería de la casa, y un pequeño bazar, y las oficinas del telégrafo. Paralela a los soportales, corre una alameda sombría, con bancos en que los bañistas, cansados de pasear a la mañana el agua, reposan un momento. Pomposos matorrales de hortensias la adornan de trecho en trecho, y abajo, el río, el río eterno de aguas inmobles, espejea las techumbres rojas y la silueta de las montañas.

¿Lo hemos visto ya todo? No, no; esperad un instante. Nos falta un edificio en que se halla instalada la administración de coches, y otro con las caballerizas, y otro, rumoroso, del que surte por sutiles cables la luz eléctrica. Y cuando hemos acabado de verlo todo, de inspeccionarlo y de volverlo a inspeccionar todo, entonces entramos por primera vez en los pasillos. Y no os asuste la paradoja: en los pasillos de Cestona sólo se entra definitivamente y en verdad cuando todo ha acabado de ser visto y revisto. Porque sólo entonces, cuando la *amara noia* del poeta ha comenzado a aparecer en vuestro espíritu, es cuando principiáis a experimentar la tiranía dulce e insacudible del pasillo. Y estonces es inútil que salgáis al jardín, o que cojáis un periódico en el gabinete de lectura, o que entréis a escuchar un rato la música en el salón de fiestas, o que hagáis chocar las bolas de

marfil sobre el verde tablero; entonces será inútil todo, todo, todo: vuestros pasos, indefectiblemente, como guiados por un imán misterioso e incontrastable, os llevarán a los largos y fatales ámbitos del pasillo. Y allí comenzarán esos paseos sin fin y sin objeto que vosotros habéis dado muchas veces por las anchas cámaras campesinas, en los días de invierno, mientras fuera llovía; y os sentaréis en un sillón de mimbre en actitud de reflexiones hondas; y formaréis en un corro en que, entre bostezo y bostezo, se dice que hoy, que creíamos que iba a llover, no ha llovido, y que mañana es posible que llueva, porque ya van transcurridos muchos días sin que la lluvia caiga. ¿Es posible que este estado mental perdure? Vosotros os levantáis lentamente, con ademán de atáxico, y salís a la galería de cristales. Por esta galería pasan todos los tipos del balneario: ved al señor discreto y silencioso que lleva perennemente un libro en la mano, tal vez —éste es su secreto terrible—señalado siempre por la misma página; y el anciano de mirada melancólica y dolorosa que os sobrecoge y envuelve como en un efluvio de males y asolamientos desconocidos; y al clérigo cauto, que camina pasito, con su gorro redondo y su breviario; y la señora anciana, sabidora de todos los escondrijos afectivos de los bañistas, lista, viva, cuchicheante; y la damita esbelta, airosa, con su falda blanca y su blusa roja, que pasa taconeando rítmicamente sobre las tablas huecas...

Y cuando ya habéis visto, hoy lo mismo que ayer, todas las caras, todos los gestos, todos los ademanes, os sentís un momento confuso, perplejo, incierto de vuestras ánsias y de vuestros deseos. Y de pronto,

movidos por una fuerza invencible, os levantáis de vuestro asiento, y, paso tras paso, os encamináis hacia el pasillo. Y comenzáis de nuevo, como todos, perdurablemente, a marchar hacia arriba, hacia abajo. Y otra vez os sentáis en el crujiente sillón de mimbres. Y otra vez decís que hoy, contra vuestros temores, no ha llovido, y que mañana es posible que llueva... Una campana acaba de tintinear llamando a la comida diaria. Entonces todos, uniformes, resignados, nos dirigimos hacia los comedores, de donde hemos de salir, tras breve rato, para continuar nuestros paseos monótonos por los pasillos implacables...

LOS CABALLEROS DE LA TABLA REDONDA

Ya he manifestado anteriormente que cuando promedia el día, o un poco más tarde, a la una, toca estrepitosamente una campana, por nuestros nervios corre una sensación de inquietud. Nos llaman a comer. Todos nos levantamos de nuestros sillones de mimbres y nos encaminamos hacia el lejano refectorio. Un instante nos detenemos en la puerta, indecisos, temerosos, y luego penetramos en silencio y nos vamos aposentando en torno de la mesa redonda. Y este es el momento solemne de nuestra vida. Yo, pío lector, tenía antes una manifiesta simpatía por las mesas redondas. Ya he referido otra vez que una de mis secretas envidias de niño era comer en estas mesas; contaba yo entonces pocos años; viajaba algunas veces en ferrocarril con personas amigas de mi padre; alguna de estas personas recuerdo que era un personaje político de provincias. Y yo tengo bien presente que cuando llegábamos a una estación con fonda, este personaje—ex gobernador o ex presidente de la Diputación provincial—bajaba rápido del coche y se sentaba a la larga mesa del restaurant, con una ancha servilleta prendida del chaleco. Y este ex gobernador que

comía en las estaciones era para mí como una deidad, como un héroe de tiempos milenarios... Desde aquellos días han corrido muchos años; he comido yo después en muchas partes; he tenido el placer de pasar por los restaurants más famosos de París y de Londres. Y hoy, cuando me toca detenerme en una estación para comer, o cuando me avisa esta campana de Cestona, siento una íntima, una vaga tristeza, y bajo la cabeza anonadado y resignado.

Pero es preciso sentarnos a la redonda tabla. A mi derecha está don Leonardo; a mi izquierda se halla doña Matilde. Don Leonardo—de quien os hablaré otro día—pone, ante todo, en orden el vaso del agua, la copa del vino, los platos, el cubierto y el pan; él tiene una estudiada simetría, y si el vaso, la copa, los platos, el pan y el cubierto no quedaran colocados con arreglo a esta simetría, él no podría comer. Y en tanto que don Leonardo se emplea en este arte, a mi izquierda doña Matilde ha tomado en una mano la servilleta y con ella va limpiando cuidadosamente la cuchara, el tenedor, el cuchillo, el vaso, la copa y los platos. La sopa tarda en venir; todos miramos en silencio las operaciones de doña Matilde. Y sin querer, poco a poco, como obedeciendo a un oculto contagio, todos vamos también limpiando el cuchillo, el tenedor, la cuchara, las copas y los platos...

Y ya ha comenzado la comida. ¿Seréis conmigo tan crueles que me obliguéis a formular un juicio categórico sobre esta comida? Yo os diré que en todos los balnearios españoles existe la leyenda de Lhardy; en todos os dirán con misterio que un oficial o un jefe que fué de Lhardy está encargado de la cocina. Des-

pués, cuando coméis una, dos o tres veces, sacáis del comedor la ligera sospecha de que este oficial o este ex jefe está un poco degenerado; mas os advierten, con el mismo misterio, que el oficial o el ex jefe son buenos, pero que el dueño del balneario no le facilita elementos, y entonces vosotros os figuráis a este buen jefe, a este pundonoroso oficial, llorando abochornado después de cada comida y pateando de rabia sobre una cacerola.

La comida ha comenzado. La comida en los balnearios se hace con mil precauciones exquisitas; un enfermo del hígado o del estómago no puede comer de todo. Hoy don Remigio, con su cara pálida y sus miradas vagas, se ha lanzado a comer aceitunas; esto ha causado la profunda estupefacción de don Leonardo.

—¡Caramba!—ha exclamado—. ¿Ha comido usted, don Remigio, tres aceitunas?

—¡Y si hubiera salchichón, lo comería!—ha replicado fieramente don Remigio.

Todos le hemos mirado con un intenso asombro. He de advertir que en los balnearios el salchichón pasa por ser la cosa más terriblemente indigesta del mundo; los dueños lo saben y no ponen, aunque los maten, una rodaja sobre la mesa. Pero don Remigio, en este instante, en que se creía capaz de comer salchichón, no sabía qué palabras salían de sus labios. Todos hemos sonreído después, cuando hemos comprendido que se trataba de una fanfarronada, y hemos continuado comiendo. Lentamente venían todos los platos; si es por la noche, una tenue y sedante claridad apenas si nos permite distinguir lo que nos llevamos

a la boca; porque también he de advertir que, a mi parecer, en los balnearios, se siente un ligero horror a la luz; la luz vívida y fúlgida pone vivos contrastes en las cosas, acusa violentos contrastes de resplandor y sombras; y acaso esto repercuta en los cerebros y excite las pasiones...

Hemos acabado ya de comer. Se produce en la sala un sordo golpeteo de sillas; los caballeros de la tabla redonda, fieros y dignos, desfilamos hacia el pasillo.

El cronista se recoge sobre sí mismo. ¿Qué piensa? ¿Qué dice? ¿Cuáles son sus proyectos? ¿Cuáles sus ansias? ¿Cuáles sus tristezas? ¿Cuáles sus desvaríos? ¿Cuáles sus fantasías? Amigos: el cronista marcha por los anchos corredores, paso tras paso, tranquilo, sosegado, tal vez un poco melancólico, acaso un tanto cabizbajo. Y ¿por qué está contrariado el cronista? Y ¿por qué en su faz impasible se refleja una ligera melancolía? Amigos: es que el cronista no puede echar la vista encima a este terrible y formidable director del balneario. Y el cronista pregunta, inquiere, husmea, averigua, indaga, sospecha, imagina, cavila; mas el señor director de los baños no parece por parte alguna. ¿Por qué? ¿Dónde se halla? ¿Qué causas misteriosas le retienen oculto? ¿Por qué no sale? ¿Por qué no anda por los pasillos? ¿Por qué un filósofo no puede cambiar cuatro palabras con este personaje repleto de archimundana y pintoresca y recóndita filosofía?

Y he aquí, amigos, por qué el cronista está melancólico, y por qué marcha, marcha y marcha por los largos corredores como un autómata...

Pero los grandes acontecimientos de nuestra vida acaecen de pronto, cuando nuestro ánimo se halla menos abierto a lo inesperado: el señor director del balneario acaba de aparecer en las lejanías del corredor. ¿He de dejarlo yo escapar? ¿No he de aprovechar esta ocasión que se ofrece rodada?

El señor Barroeta es un hombre discretísimo, afable y cortés; pero quizás—no lo afirmo—en su espíritu habrá un vago y remoto recelo ante la anunciada visita de un periodista. Y este recelo era infundado en la ocasión presente. Pronto hemos entablado cordial coloquio. Y pronto hemos ido también viendo todas las dependencias de la casa que hasta ahora habían pasado inadvertidas para nosotros. Cestona es un pequeño mundo: pueden aposentarse en el hotel 324 bañistas; su dependencia femenina consta de 56 sirvientas, listas y limpias; gobiernan la cocina 12 funcionarios del mandil, entre cocineros y pinches; dos peladores peritísimos cuidan de aviar las aves con arreglo a los últimos adelantos de este arte interesante; y un pescadero, hombre cauto y sutil, cata, remira, visa y pone su beneplácito o su veto inrompible sobre besugos, lubinas, langostas, truchas, merluzas y salmonetes. El señor Barroeta nos ha llevado cortésmente a la cocina. «Esta es una mesa de vapor», nos dice. Y nosotros, un poco asombrados, admiramos una tremenda mesa, sólida, negra, de hierro, donde los manjares allí dispuestos conservan temperaturas adecuadas. «Esta es una cámara frigorífica», observa, abriendo una recia compuerta. Y nosotros nos asomamos, un tanto recelosos, y estornudamos luego dos o tres veces. «Esta es la máquina del hielo», aña-

de, mostrándonos un misterioso artefacto. Y nosotros examinamos los cangilones llenos de agua que va poco a poco solidificándose, y sentimos una ligera admiración por esta máquina... Y luego vemos la repostería, donde maestros en esta ciencia antiquísima se hallan refilando y perfilando mil suculentas pastas y golosinas. Y vemos los depósitos de comestibles y la chocolatería, y entramos luego en el *Gran Comedor*...

Mas lo que va a seguir merece bien párrafo aparte, y el cronista—aun luchando con lo espinoso del asunto—se lo dedica. El señor Barroeta se detiene en la puerta del comedor espléndido: nosotros nos detenemos con él. Y entonces él nos dice:

—He dispuesto que les trasladen a ustedes a este comedor. ¿Les parece a ustedes bien?

Yo me sonrojo un poco. ¿Habré de advertir que no hay que extrañar que un filósofo desconozca las diversas categorías de los comedores de los balnearios y que, por lo tanto, al llegar al hotel se acomode en uno pequeño y sencillo en vez de acomodarse en uno grande y soberbio? Mas este amable director está aquí para enmendar el yerro. Mas, ¿habremos de aceptar nosotros esta cortés enmienda? Yo me sonrojo un poco; y quiero decir algo, relacionado con esta deferencia solícita, relacionado con el anterior tenue e imperceptible desvío, relacionado con el carácter de puro desinterés, sin vislumbres de gatuperios e industrialismos, de los representantes de *España*. Y cuando he acabado de pronunciar unas palabras, veo que en la actitud del señor Barroeta se ha realizado un cambio rápido. ¿Es extrañeza? ¿Es asombro? ¿Es satisfacción? Ello es que ya nos hallamos paseando como afec-

tuosos camaradas por los pasillos, charlando alegremente sobre los hombres y las cosas del balneario.

Esta es la hora—once de la mañana—en que la animación de los espaciosos corredores alcanza su auge. Llega un correo con cartas y periódicos: los coches de las estaciones cercanas dejan los viajeros en la puerta. Y ante los grupos de charladores, van, vienen, se renuevan las notas claras y gayas de los trajes femeninos. Los cuchicheos, las confidencias, las frases rápidas y bajas—mientras los ojos miran recelosos—corren de oído en oído. «¿No sabe usted?», me dice un bañista, acercando su sillón de mimbre al mío. «Yo no sé nada» «¿No sabe usted», torna a preguntar él. «Este general Martitegui, que llegó anoche, le ha echado una filípica tremenda a su ordenanza, porque al pagar el coche le ha dado una propina al cochero... Y, además, a este ordenanza le tiene viviendo en un lejano caserío, para que le cueste menos que en la fonda... Y, además—añade—, acabo de saber que ha tenido esta mañana unos dimes y diretes, corteses, eso sí, con el director, porque el general quería ocupar una habitación con una cama, y como todas las que hay tienen dos, se negaba a pagar tercamente más de una... Y, además—agrega—, ¿no sabe usted que el año pasado le hizo pagar a Sánchez Pastor, que ocupó su coche hasta Zumárraga, la mitad del viaje?» «Yo no sé nada... ¿Voy a creer estas indiscrecciones? No, no, no las creo. ¿Hay quien dispute, hoy por hoy, al general Weyler su leyenda inmortal?

Yo no sé nada, ni creo estas ligeras fábulas. Yo veo mientras me cuentan estas cosas—cómo Conchita Isa-

si avanza con un eurítmico contoneo por la lejana y sonora galería de cristales. Lector: has de saber que en toda reunión o congregación de mujeres hay siempre una, una sola, que las domina y sugestiona a todas, y que hace que esa irradiación invencible se produzca de pequeños gestos, pequeños gritos, pequeños ademanes, pequeñas actitudes. Juntad treinta, cuarenta, cincuenta; hacedlas vivir durante unos días o unas semanas en un hotel. Y bien pronto veréis cómo la hegemonía espiritual de una de ellas surge y se remonta sobre todas...

Conchita Isasi, ¿cómo es? ¿Qué hace? ¿Qué dice? Yo, que he hablado en estas columnas del señor Lletget, del señor García Alix, del señor Vallés y Ribot, ¿no podré devanear en cuatro líneas sobre Conchita Isasi? Conchita es redonda, llena, gordezuela, viva, expresiva, flexible, locuaz, reidora; no es una beldad que atrae por los ojos, ni por la boca, ni por las manos, ni por las líneas perfectas, impecables. Pero hay algo en ella de fuerte, de impetuoso, de sano, de rebosante y confiada ansia de vivir, de instinto puro y espontáneo, en una palabra; hay algo de esto que atrae y cautiva, como nos atrae y nos cautiva un bello y enérgico ejemplar zoológico que contemplamos en el pleno dominio y desarrollo de sus deseos y de sus fuerzas. Conchita está en Cestona; dentro de unos días estará en San Sebastián. Y luego marchará, rauda, jovial, a las fiestas de Bilbao. Y después irá a Suiza. Y después taconeará, rítmica y fuerte, sobre el asfalto parisién. ¿Queréis una vida femenina más intensa y más bella?

He aquí a Conchita Isasi que avanza por la galería

acristalada. Lleva una falda azul, una de esas faldas ahora en uso, cortas, que dejan ver el breve pie calzado de charol refulgente, aprisiona su busto henchido en una sutil y blanca blusa cuajada de florecillas rojas. Un cinturón, en que brillan y rebrillan mil puntitos de plata, rodea su talle; y el peinado, bajo, en graciosas cocas, desciente por los lados de la cabeza y casi oculta sus rosadas y diminutas orejas. Conchita se acerca ligera, con un peculiarísimo braceo—ahora también en moda—que en una figura delgada y grácil tal vez disuene, pero que en su tipo, un poco varonil, es un encanto...

Y cuando Conchita Isasi pasa entre los grupos, a lo largo del ancho corredor, todas las caras se vuelven hacia ella y se oyen palabras misteriosas de admiración y simpatía... Yo, lector, ¿cómo no he de mirar y de admirar también?

Pero la campana inevitable acaba de sonar llamando a la comida. Conchita no come con nosotros, en el comedor chico, sino en el grande. Acaso yo me levanto por tal causa un poco mohíno; mas mi pesadumbre se disipa bien pronto. A mi lado, en la mesa, se sienta otra Conchita. Perdonadme estas intimidades; yo que, lo repito, he hablado largamente del señor Nogués, del señor Bergamín, del señor Auñón, ¿no he de poder dedicar cuatro palabras a Conchita Moreno y Cruz Ríos? Esta Conchita no es impetuosa, ni decidora, ni inquieta, ni errabunda como la otra. Reparad en sus movimientos suaves, discretos, dulces. Es esbelta, delgada, harmónica y aristocrática en sus líneas y en sus contornos. Ved cómo aquí, en la mesa, se inclina hacia adelante, sobre el plato, para comer,

y de qué manera—con gesto de displicencia y de cansancio—se echa hacia atrás, recostándose en el respaldo de la silla. Conchita lleva un traje blanco, nítido, impecable, y en la blancura resaltan, encendidos, el rojo cinturón y la corbata roja. Y tiene Conchita algo que es en una mujer de una hermosura extraordinaria: las manos. Las manos de Conchita son un poco puntiagudas—como las que pintaba Van Dyck—blancas, tenues, suaves, sedosas, ligeras, aéreas. Yo contemplo cómo coge con ellas—enarcando ampliamente el brazo—la copa diáfana y moja en el agua transparente sus labios de carmín.

«¿No se sirve el señor?», me pregunta una camarera presentándome una fuente. Y yo vuelvo de pronto de mis ensueñor gratos. Y pienso, mientras voy partiendo el rosbif: «¿De quién es la hegemonía estética y espiritual del balneario? ¿De aquella Conchita redonduela y nerviosa, o de esta Conchita grácil y melancólica? ¿De Conchita Isasi o de Conchita Moreno y Cruz Ríos?»

El señor Peralta sonríe.

—¿Este viaje es sentimental?

Yo sonrío.

—Este viaje es sentimental.

El señor Peralta sonríe.

—¿No puede caber duda de que es sentimental este viaje?

Yo sonrío.

—No puede caber duda de que es sentimental este viaje.

Entonces el señor Peralta da un golpecito con el puño del cuchillo en la mesa y dice:

—Está bien, señor Azorín.

Entonces yo doy otro golpecito con el puño del cuchillo en la mesa, y digo:

—Está bien, señor Peralta.

Si caéis algún día, por ventura, en Briviesca, paraos un momento en la plaza de la Constitución; luego echad por la calle Mayor, y torced por la del Ave María; después entrad en la del Arrayán; pasad luego a lo largo de la del Altozano, y cuando hayáis desembocado en el campillo del Carrascal, encaminad

vuestros pasos por un viejo camino sinuoso, bordeado de álamos, lamido por las aguas de un arroyuelo. Y cuando encontréis un caserón vetusto, sólido, de rojizos sillares, paraos ante él, extended la mano señalándole, y decid: «Aquí vive el señor Peralta, ex alcalde, ex diputado provincial, gran cazador.» Y habréis dicho, en efecto, una grande verdad. El señor Peralta tiene una escopeta de dos cañones, un perro, un ajedrez, una maquinilla de hacer cigarros y un ejemplar de las *Doloras*, de Campoamor. El señor Peralta se levanta a las seis, come a las doce, se acuesta a las diez. El señor Peralta, todos los años, el día 12 de julio, invariablemente, llega a tomar las aguas nitrogenadas de Cestona.

A mi derecha, en la mesa redonda, se halla sentada Conchita Moreno, la de las manos sedosas y tenues; a mi izquierda, el señor Peralta; enfrente—no os asustéis—un clérigo, violador de sepulturas. El mismo acaba de contarnos que hace un mes ha desenterrado los restos de tres entes humanos.

—¿Eran celtas?

—No—contesta él—eran anteriores a los celtas, a juzgar por el índice cefálico.

He aquí—pienso yo—cómo la concepción moral cambia, no sólo según los lugares, sino también según el tiempo. Si este fracturador de tumbas realizara sus aficiones en las necrópolis modernas, caería bajo la acción del Código penal y sería vituperado por sus conciudadanos; mas escarba y violenta los sepulcros de unos remotos, milenarios difuntos, y resulta un estimable arqueólogo.

Pero mis reflexiones no se extienden más allá de

estas frivolidades. Las palabras graves del hidalgo Peralta reclaman mis oídos, y las manos aéreas y sutiles de Conchita solicitan mis ojos. Conchita es ya la dominadora absoluta en el balneario; la otra Conchita—la Isasi—acaba de partir. Con esto los espíritus, ansiosos, sobrecogidos, se han apaciguado. La temerosa contienda entablada ha concluído en un discreto pacto, satisfactorio para todos. ¿Os imagináis lo que hubiera pasado en Cestona sin este arreglo? Conchita Isasi es el ímpetu y la fuerza, es lo moderno. Pero Conchita Moreno es la insinuación y la delicadeza, es la tradición. Durante un momento—de honda emoción para todos los veraneantes— se ha creído que Conchita Isasi iba a triunfar; mas unas voces misteriosas se han esparcido de que esta Conchita Moreno, tan suave, tan poco amiga de exhibiciones, era una aristocrática dama valenciana que deseaba pasar inadvertida, y esto ha hecho que el pánico se propagara entre los secuaces de la otra Conchita. ¿Comprendéis la situación? Un desconocido os está hablando durante media hora de un asunto intrincado; vosotros le dejáis hablar; él continúa aturdiéndoos con su charla, para asombraros. Y de pronto vosotros pronunciáis con desdén unas palabras reveladoras de que sabéis mucho más del asunto que vuestro interlocutor, y entonces, rápidamente, la situación cambia, y vosotros pasáis a ser el superior ante vuestro contrincante, paralizado y humillado...

¿Diré que estos rumores respecto a la ilustre progenie y alto rango de esta Conchita, que no sé si se llama Moreno, puesto que dicen que tal apellido es un prosáico seudónimo veraniego; diré que estos ru-

mores han causado una honda sensación y total resolución entre los amigos de Conchita Isasi? Tal vez la situación de esta otra encantadora y adorable Conchita comenzaba a ser un tanto crítica; mas una rápida, honrosa y felicísima retirada ha puesto término al conflicto. Y ved cómo dentro de los aledaños de un balneario se pueden producir luchas, colisiones y desavíos tan interesantes como los que ocurrir puedan entre dos poderosos pueblos...

El señor Peralta sonríe.

—¿Quiere usted venir a Briviesca, señor Azorín?

Yo sonrío.

—No quiero ir a Briviesca, señor Peralta.

El señor Peralta sonríe.

—¿Teme usted aburrirse en Briviesca, señor Azorín?

Yo sonrío.

—Temo aburrirme en Briviesca, señor Peralta.

Y, ya terminada la comida, paseamos por los largos corredores. Han vuelto a formarse en el pórtico los grupos de charladores, sentados en los blancos sillones de mimbres. De dos en dos, de tres en tres, las lindas muchachas marchan lentamente arriba y abajo. Comienzan a sonar, allá en el salón, los violines de la orquesta. Los caballitos giran rápidos sobre la verde pista. Un rumor de voces femeninas y cuchicheos alegres atruena el ancho ámbito... Yo veo cómo Conchita discurre entre los grupos, acompañada de Rosarito, su hermana, no menos linda. Otra señora va también con ellas constantemente. ¿Quién es esta señora? Al llegar a este punto he de hacer una rectificación trascendental; yo, en una de mis crónicas anteriores, ha-

cía seguir al apellido de Conchita de estos: *Cruz Ríos* o *Ramos*. Y bien; parece ser que Cruz Ríos o Ramos es el nombre de esta señora discretísima y elegante, que aparece a todas horas en compañía de Conchita y de Rosarito. Porque, ¿se llama, en efecto, esta señora Cruz Ríos o Ramos? ¿No es esto también un modesto seudónimo estival? Vivimos en un perpetuo y terrible logogrifo en Cestona. ¿Quiénes son estas damas misteriosas? ¿De dónde vienen? ¿Qué hacen? ¿Adónde se encaminan? «Yo no sé—me dice el director del balneario, fingiendo una irónica perplejidad—, yo no sé; la camarera que las acompaña es la que se ha entendido conmigo y me ha dado los nombres.» ¿Quién es, pues, Conchita Moreno? ¿Quién es Rosarito? ¿Quién es la señora Cruz Ramos o Ríos? Yo he oído pronunciar, a propósito de Conchita, el título nobilísimo de marquesa de Dos Aguas y el no menos preclaro de vizcondesa de Bétera. ¿Quiénes son, realmente y en definitiva, estas damas? ¿Por qué usan estos seudónimos discretos?

Pero no nos detengamos en estos intrincados problemas. El tiempo va pasando, insensible. Y poco a poco los corredores quedan desiertos. En los rojos divanes del salón, sólo destaca alguna *toilette* femenina. En la sala de juego cuatro o seis señores miran con mirada de tedio la rápida carrera de los caballos. Comienzan a apagarse las luces... Esta es la hora en que el balneario va a irradiar su alma recóndita y peculiarísima. Son las doce. Todo está ya en silencio. De trecho en trecho, la claridad de una luz solitaria forma un redondo resplandor ahogado por las sombras. Unos pasos sonoros retumban sobre el piso de tablas.

Reflejan en el río ancho las ventanas iluminadas. El rumor sordo de las aguas que resbalan por la ancha esclusa llena la noche. Y un denso hálito de mil cosas inexplicables, tal vez de tedio, tal vez de ansiedad, se cierne en el ambiente de los corredores silenciosos, sumidos en la penumbra...

El señor Peralta sonríe.

—¿No nos volveremos a ver más, señor Azorín?

Yo sonrío.

—No nos volveremos a ver más, señor Peralta.

Sigue un largo silencio; la campana del reloj suena con agudas vibraciones. Yo pienso que ya no volveré a pasearme más por estos claustros, ni veré las manos sutiles de Conchita, ni treparé por los castañares cercanos, ni miraré el rebrilleo manso del río, ni me sentaré en la galería de cristales para ver pasar el hombre del libro perdurable, ni el clérigo placentero, ni la anciana suspiradora, ni la damita esbelta que taconea rítmica sobre las tablas...

El señor Peralta sonríe.

—¿Está usted triste, señor Azorín?

Yo sonrío.

—Estoy triste, señor Peralta.

Y yo estrecho por primera vez la mano de este hombre, a quien parece que he conocido en otros mundos. Y él estrecha la mía... Y nuestros pasos se pierden, huecos, ruidosos, en los largos, inolvidables corredores....

El director.

El director es un bañista como todos, indiferente, en la apariencia, que pasea por los anchos pasillos, que mira a través de sus lentes con descuido, que sube y baja y entra y sale, al desgaire, con su gorrilla gris y su americana cerrada. Es como todos, y ésta es su más alta cualidad. ¿Hay nada más molesto que un director obsequiso, pegadizo, que viene a susurraros unas palabras amables cuando vosotros tenéis ansia de soledad, que os advierte cosas que no necesitan ser advertidas, que sonríe extemporáneamente ante vosotros a todas horas y con todos los motivos?

Don Jacinto es oportuno y discreto. Entra en conversación en un corro sin engorrosas y complicadas cortesías previas, como al pasar, como aprovechando un minuto antes de ir a hacer una cosa; deja vuestra compañía sin saludos molestos, sin ofrecimientos, sin sonrisas, sin apretones de manos insoportables, como alguien a quien llaman desde lejos y se aparta provisionalmente de vuestro lado...

El director de Cestona es lo que más puede ser un

hombre en el trato con sus convivientes: es natural. Y no pasa detalle, ni acaecimiento nimio, ni irregularidad en el servicio, ni desavío entre los bañistas, ni flirteo sentimental, que él no atisbe, mientras pasa, a través de sus lentes. Y ya está en el pórtico, en el corro de los conversadores sentados en sus sillones de mimbres, ya entra un momento en la administración, ya se detiene en el café o asoma discretamente la cabeza por el salón de fiestas. Por las mañanas, el director va enfundado en su traje gris, mas en los balnearios es preciso cambiar de ropa según la marcha regular de las horas, y el director, tal vez por la tarde, abandona su predilecto traje y se viste otro oscuro con un chaleco blanco... Un coche acaba de llegar, con alegre rumor de cascabeles; suena un timbre ronco en el zaguán; sale el maletero precipitadamente; se acerca la camarera mayor; Plácido avanza lento, majestuoso, y el director, a discreta distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho—una de sus actitudes habituales—, contempla, erguida la cabeza, con su mirada perspicaz, escrutadora, cómo avanzan por la anchurosa entrada los bañistas llegados...

Plácido.

He hablado de Plácido en el párrafo anterior. Plácido es el conserje. El conserje de un gran hotel es siempre un hombre correcto, impasible, serio, silencioso y urbano. Plácido tiene la discreción del silencio. El conserje de un gran hotel no debe hablar jamás sino cuando es preguntado. Y entonces sus contestaciones deben ser rápidas, impersonales, objeti-

vas. La objetividad: he aquí el grado supremo a que puede llegar el conserje de un hotel mundano y elegante. Plácido, ¿lo ha alcanzado? Plácido camina lento por los anchos salones del balneario; viste un correcto smoking, y sus ademanes y gestos son los de un excelente caballero que se ha avenido galantemente a prestaros esta clase de servicios y acatamiento. Y, ¿qué hace Plácido? ¿Cuáles son sus funciones? ¿Por dónde está cuando no se le ve por los pasillos?

La principal misión de Plácido es estar atento a los repiqueteos del timbre, que anuncia sonoramente que un coche acaba de llegar. Si Plácido perdiera uno solo de estos joviales campanillazos, Plácido sería profundamente desgraciado. Plácido es feliz; Plácido no los pierde. Y cuando a sus oídos llegan las sonoras ondas que la campana ha producido, Plácido adelanta sosegado, sin precipitaciones, por el zaguán, y luego sale al pórtico, y luego se llega hasta el coche y recibe en sus manos un paraguas, un bastón, una cesta de viaje, un abrigo, un sombrero, que él, majestuosamente, paso a paso, conduce hasta el zaguán, donde, con el mismo sosiego, con idéntica majestad, pone, como quien cumple un ritual, en manos de la camarera mayor.

Antonio.

La campana llamando a la comida acaba de sonar. Un tropel de turistas se dirige hacia el comedor; vosotros os encaminái allí también. Y cuando ya os habéis sentado; cuando ya habéis cambiado un amable saludo con la marquesita de Dos Aguas, con el señor Peralta, con don Julián, con el canónigo, con doña

María; cuando ya habéis comenzado a sorber la sopa, un señor grave, vestido de negro, afeitado, con un frac correcto, se acerca discretamente a vosotros, llevando en sus manos un pequeño cubo y unas pinzas de plata, y os pregunta: «¿Quiere hielo el señor?» Este es Antonio. Antonio no es joven; un maestresala joven no se concibe; sería un absurdo. Un maestresala debe haber traspuesto los linderos de la juventud, para poder así acercarse a todas las mesas y cambiar sus observaciones con las señoras. ¿Concebís a un mozo imberbe preguntando obsequiosamente a una dama que vosotros tenéis al lado cuáles son sus deseos?

Antonio está por completo dentro de su alto papel, por su edad, por sus ademanes discretos. Antonio no se apresura jamás. Con su servilleta bajo el brazo, Antonio pasea sosegado entre las largas mesas. De cuando en cuando, Antonio se acerca a un comensal que ha hecho pasar la fuente sin servirse y pregunta: «¿No le gusta al señor?»; o bien, si habéis acabado de comer de tal o cual manjar y no os han quitado aún de delante el plato, Antonio se llega calladamente a vuestro sitio y os quita este plato ya inútil. Y hay en los ademanes con que realiza esta operación un arte profundo y exquisito. Antonio se para un brevísimo momento al lado vuestro; luego extiende su brazo; después lo arquea con calma; luego lo hace dar una sacudida rítmica y repentina, y al fin, con una delicadeza inenarrable, hace presa con su mano en el plato y se lo lleva, solemne, épico, como quien conduce un trofeo, hacia una de las mesillas de servicio...

La camarera mayor.

También sospecho que al correr vertiginoso de la pluma he mentado a la camarera mayor. Sí, lo recuerdo. La camarera mayor es una joven cenceña, enjuta, pálida, con la cara afilada, con la cintura estrecha, que camina pasito, dulcemente, echando un poco el cuerpo hacia delante, recogiéndose la falda a uso señoril, con gran donaire. Y, ¿cuál es la misión de la camarera mayor? Hay ya en Cestona—y éste es su mayor elogio—un comienzo de tradición, es decir, una multitud de detalles, de hechos menudos, de prácticas que van cristalizando y que son precisamente los que dan tono a un hotel; los que forman ambiente, los que hacen, en suma, que la vida en esta casa no sea lo mismo que en otra que reúne idénticas, exactamente iguales condiciones, y que en otra esfera, en una fábrica, por ejemplo, hacen también que los objetos fabricados no sean iguales a los de otra fábrica que emplea la misma materia prima y los mismos procedimientos técnicos...

Mas, ¿qué hace la camarera mayor? ¿Por dónde está? ¿En qué ocupa sus horas, sus minutos? La camarera mayor, cuando el ronco timbre del zaguán suena, sale también al pórtico. Entonces, si el bañista que en el coche ha llegado es una señora, ella le ayuda a bajar, ella le conduce hasta la entrada, ella recibe en sus manos el abrigo, los guantes, el sombrero, el quitasol; ella se inclina atenta y le indica los cuartos que hay disponibles y el gusto que la Administración tendría en complacerla... Y, ¿dónde va luego la camarera mayor? La camarera mayor acom-

paña luego a la señora por los anchos corredores, por las amplias escaleras, la lleva a un cuarto, deja en las perchas y en las sillas el abrigo, el sombrero, los guantes, el quitasol, y torna a inclinarse y a inquirir discretamente los deseos de la señora. Y después sale ligera, llevando órdenes que trasmite a las demás sirvientes, y vuelve a sumirse en la penumbra grata de la Administración, de donde otro furioso tintineo ha de sacarla pronto, para formar en el cortejo irreprochable y diligente del maletero, listo, rápido, y de Plácido, grave, majestuoso...

Don Leonardo.

—Yo tenía una flauta...

—¿Tenía usted una flauta?

—Sí, yo tenía una flauta.

—Y ¿qué hacía usted con esa flauta, don Leonardo?

—Tocar, Azorín, ¡hombre!

Don Leonardo tenía una flauta; todos los que vienen a Cestona tenían una flauta, un laud, un violoncelo o, sencillamente, un cornetín; de ahí arranca su desgracia. Don Leonardo es un hombre discreto. Todos los días él tocaba en su flauta *Norma*, *Nabucodonosor*, *Un ballo in maschera*, o *La Mutta de Portici*. Se ponía siempre al lado de la ventana; desde allí se veía el extenso jardín. Este era otro de los amores de don Leonardo. En el jardín tenía perales, manzanos, ciruelos, anchas y umbrías higueras, redondos y copudos nogales; crecían en los rincones, bien amigos de la humedad, los jazmines; por los encañados se enzarzaban las pasionarias; y en las platabandas, a lo largo de las alamedas enarenadas, destacaban pintorescas rosas rojas, rosas blancas, rosas amarillentas. Y colgaban ocultos entre la fronda—según la exacta

cuenta de don Leonardo—cuatro nidos de ruiseñores, quince de cardelinas y veinticinco de verderones.

—Azorín, yo tenía una flauta.

Un día don Leonardo estaba tocando junto a la ventana abierta de par en par; era la primavera.

—De pronto—dice él—oí unos gritos y vi que salían unas llamas de la pared.

—¿Salían unas llamas de la pared, don Leonardo?

—Sí; salían unas llamas.

Don Leonardo tenía una chimenea en su casa; esta chimenea hacía mucho tiempo que estaba sin limpiar. Don Leonardo instaba todos los días a que se limpiase por temor a un incendio. «Cuando pase un deshollinador se limpiará», le contestaban. «No, no —replicaba él—; que coja Juan una gavilla de sarmientos, que la ate a una cuerda y que la limpie él.» Pero nadie hacía caso de estos consejos de don Leonardo; y este día en que él estaba tocando, pusieron mucha leña en el hogar y se inflamó la chimenea. Don Leonardo estaba en un cuarto de arriba tocando; la casa era vieja; en uno de los muros por donde pasaba la chimenea había unas grietas; por ellas salieron de pronto las llamas que asustaron a don Leonardo.

—Yo—prosigue él—me quedé asombrado, frío; luego comprendí lo que era y me acerqué a un estante que había en la habitación; las llamas habían chamuscado la sinfonía del *Barbero de Sevilla*. Desde entonces—añade don Leonardo—ya no tuve hora buena. La emoción de aquel día fué una división de mi vida; fuí perdiendo las ganas de comer; sentí dolores vagos en el costado; un día cayó en mis manos

un libro de medicina y me dí a leer para averiguar la enfermedad que yo tenía. Todos en casa me decían que no era nada; pero yo poco a poco me sentía más desmayado, más sin ilusiones y sin gusto para nada.

—¿Y ya no tocaba usted la flauta?

—Ya no volví a tocar más; una tarde que una criada revolvía un armario, dió una carcajada y se puso a tocar en una flauta para divertir a los niños. Era mi flauta; estos sones locos, estridentes, que la criada arrancaba de ella, me parecieron una ironía. Salí de la casa, bajé al huerto, miré a la luna blanca que salía a lo lejos y me dieron ganas de llorar...

Esto me ha dicho don Leonardo. La vida, lector, es una cosa extraña; estamos sanos; estamos fuertes; nos sentimos alegres, y de repente un día parece que caemos en un abismo; nuestra salud desaparece; nuestra jovialidad se marcha. «Es un vaso de agua que he bebido ayer—decimos—y que me ha sentado mal», o: «Acaso esta ráfaga de viento que me ha cogido de mal modo». Y no es nada de esto: es que nuestro profundo y misterioso destino ha cambiado, y que en las inexploradas regiones de lo desconocido se ha decretado que el Dolor y la Melancolía vengan hasta nosotros.

—¿Se va usted ya, Azorín?

—Me voy ya, don Leonardo.

He sentido una viva emoción; nos hemos estrechado por última vez la mano y he visto perderse a lo lejos, por la galería acristalada, al buen amigo. Eran las siete de la mañana; a esta hora, en el balneario, ya están todos los bañistas levantados; todos van a beber sus vasos de agua clorurada. Yo me dirijo a la taquilla para arreglar mis cuentas; pero el señor administrador no está; sin embargo, ésta es una hora en que salen viajeros para tomar en la estación un expreso. Experimento una ligera contrariedad; he escrito «ligera», porque, en realidad, no es honda, puesto que ya estoy avezado a estos pequeños lances.

Y creo lo más oportuno el dar unos paseos por el ancho corredor. Pero en este momento comienza un estrépito formidable en el pasillo; van y vienen tropeles de sirvientes; mudan ruidosamente los sillones; arrojan furiosos cubos de agua por el suelo. Estoy encantado; la visión de mis casas levantinas, donde aquellas buenas mujeres no pueden vivir si no arman

todas las mañanas una horrorosa baraúnda, viene a mi espíritu. «¡Delicioso—exclamo—delicioso!» Y sonrío ligeramente. Y luego me pregunto si habrá venido ya el administrador. En efecto, el administrador está ya en su taquilla. Yo arreglo mi factura. Permitidme que no diga nada de ésto; no lo atribuyáis sino a mi deseo de no traer a colación cosas prosaicas. Pero el administrador ha de entregarme como vuelta de uno de los billetes por mí dados, unas pesetas. El administrador mete la cabeza en una puerta, mira durante un segundo, me torna a mirar a mí, y contrae al cabo los labios en silencio. Yo no acierto a comprender esta mímica extraña.

—Señor administrador—le digo—, ¿qué le sucede a usted?

El me contesta:

—Que no ha venido el cajero.

El tiempo va pasando; se acerca la hora de marchar.

—Voy a ver—dice un chico—si está el cajero en casa de Roque.

Mas el cajero no está en casa de Roque.

—Señor Azorín, ¿es que se marcha usted ya?—me dice deteniéndose un momento este discreto señor Salvatierra a quien yo he conocido aquí.

Yo le contesto que estoy esperando al cajero y que este cajero no parece. Y comenzamos a hablar de lo vaga, imprecisa y pintoresca que es la vida española.

—Yo—me dice el señor Salvatierra—escribí al balneario antes de venir para que me guardaran una habitación; me contestaron que la tenían guardada. Cuando vine me presenté en la administración y dije

que yo era el que había escrito hacía poco. «Aquí no sabemos nada de eso»—me contestaron. Insistí en que, en efecto, yo había escrito; se miraron unos a otros los escribientes. «Si usted hubiera escrito pidiendo habitación—me contestaron—estaría aquí la carta.» Entonces yo saqué del bolsillo la contestación a mi carta y se la puse delante de los ojos...

Cuando el señor Salvatierra termina, llega el cajero. Ya, al cabo, mis asuntos con la administración están corrientes. Voy a abandonar este balneario donde dejo tan excelentes, tan queridos amigos. Perdóneme el lector; todos estos pormenores que yo cuento me parecen indispensables; es preciso que en España nos acostumbremos a cuidar de los detalles pequeñitos de la vida diaria; en una casa no podremos encontrar satisfacción—ni una Empreso de hoteles o de balnearios puede marchar—si no estamos siempre solícitos, vigilantes para que todas las cosas (el silencio, la limpieza, los muebles, la luz, la aireación, etc.) se combinen en una grata síntesis...

Ya llegaremos en España a esta meta. Ahora, al salir del balneario, me he sentido un poco filósofo, con la melancolía de los adioses. Mi llegada fué un tanto extraña; también lo ha sido mi salida.

El mar y la montaña.

Otra vez me veo sentado ante la mesilla de otro cuarto de balneario, encerrado entre cuatro paredes blancas, ante las cuartillas que voy llenando rápidamente, mientras por la ventana, abierta de par en par, entre la fresca brisa de la noche y el rumor sordo —como en Cestona—de las aguas que rompen en la esclusa de un riachuelo. Y oigo el cascabeleo de un coche que corre por la cercana carretera, y el ruido sonoro de los pasos sobre las tablas del pasillo... Son las nueve; hemos salido de Cestona a las tres y media; llegamos a Urberuaga a las ocho. De Cestona a la estación de Arrona una diligencia nos conduce por una limpia carretera, entre frondas de nogales y castañares, bordeando primero el Urola, verde, callado, que se pierde, al fin, a lo lejos, por la angostura eminente de las montañas, atravesando por barrancos ornados de follaje, pasando ante caseríos grises, negruzcos.

Y en Arrona montamos en el tren. Es un tren chiquito, rechoncho, ruidoso, que recorre los túneles con formidable estrépito de herrumbre vieja y de planchas y tablas que golpean con furia. Ya disminuye in-

tempestivamente su marcha; ya avanza con un ímpetu furioso de pronto; ya da una vuelta rápida, en que vosotros creéis que va a caer a lo profundo. El paisaje es el clásico y maravilloso paisaje vasco: declives empinados, cubiertos de boscaje húmedo, pomposo, claro; rodales de pradería, suaves pomaradas olorosas, escalonadas hasta lo alto en liños y ringlas desiguales. El tren sale de un túnel y se cuela vertiginoso en otro túnel. Y de pronto, al surgir de las tinieblas profundas a la luz, ante vuestros ojos entornados aparece, allá, a lo lejos, entre la garganta de dos montañas, un diminuto triángulo luminoso, unifor, me, llano, movido con imperceptible movimiento, cerrado en el horizonte remoto por una pincelada tenue de blanca gasa. Y otra vez el convoy penetra, silbando agudamente, en otra negra boca, y de nuevo, a la salida, contempláis, entre las vertientes, otro mayor triángulo de azul oscuro, quieto, inmóvil, refulgente...

Y poco después, ya no es un agudo espejo sosegado lo que vuestros ojos admiran: es un llano anchuroso, inmenso, que rebrillea con irisaciones y refulgencias infinitas. Ya estáis en Deva. El mar se cuela en estrecha cinta frente a la estación: una polacra pintada de azul—*María Gabriela*—permanece inmóvil sobre las aguas verdes. A lo lejos, se balancean, cabecean, aparecen, desaparecen, dos, cuatro, seis barquichuelas diminutas...

En Deva acaba para vosotros, si váis a Urberuaga, la línea férrea. Es preciso tomar una de estas ligeras cestas que corren por las carreteras del país. Tomadla; un panorama soberbio va a extenderse ante vuestra vista. A vuestra izquierda se levantan las empinadas

laderas tapizadas de verde; a vuestra derecha, junto al camino, el mar rompe en blancas y livianas espumas. Y desde el coche, que corre por lo alto del acantilado, véis cómo abajo, en lo hondo, el Cantábrico ha formado un redondo seno, y cómo las olas vienen ligeras, interminables, eternas, a estrellarse en los peñascales. Un agudo risco sobresale mar adentro; y un remolino nítido del chocar de las aguas surge y desaparece a cada instante, solitario, en el azul inmenso...

Pero la carretera culebrea, se acerca, se aleja, de la costa. Ya no corre junto a un acantilado; ahora, a la peña áspera y yerma ha sucedido un declive poblado de castaños, y desde el coche, entre los claros verdes de la enramada, destaca el azul brillante de las aguas. Y otra vez surge, al volver de un recodo, la llanura infinita. Helo aquí ya en toda su grandeza: es azul, es glauco, es verde, es acerado, es negro. ¿Habéis contemplado el Mediterráneo, plácido, claro, de limpios horizontes, de azulados suaves, transparente, verde esmeralda a ratos, a ratos—cuando soplan vientos de Sur—rojo de nácar? El Atlántico es otra cosa; es oscuro, es tempestuoso, es formidable, es insidioso, es repentino y voluble en sus furores, y allí donde—sentados en las costas levantinas—, habéis visto una lejanía despejada y radiante, véis, desde estas costas, una gasa perenne que cierra la llanura, una gasa blancuzca, grisácea, vaga, inquietadora, amenazadora...

¿Hablaré de Motrico, perdido allá en lo hondo, entre dos montañas, con su diminuto puerto, en que un balandro se mece suavemente? Desde el empinado terrero lo contemplábamos a nuestros pies. Y veíamos

sus casas altas y estrechas, sus techumbres rojizas. Y hemos pasado rápidos... Y otra vez la playa aparece en un redondo anfiteatro, poblado de casillas blancas y azules. Es Saturrarán. Cerca está Ondárroa, con su vetusta iglesia gótica y la lengua de mar que divide el poblado en dos bandas. La tarde va cayendo. La carretera se interna entre las montañas. Al pasar en vertiginosa carrera por Rentería, ya el crepúsculo va tendiendo su sombra por la campiña. Otra vez las vertientes follajosas se levantan a uno y a otro lado del camino; los manzanos puestos en una larga ringla doblan sus ramas cargadas de redondos frutos sobre la carretera y forman una bóveda umbría. A lo lejos, una sábana blanca de niebla ha caído en la cima de una montaña y semeja una extensa nevada...

Va llegando la noche. Se ensombrecen oteros y barrancos. «¡Ya estamos!»—grita el cochero, un viejo castellano de Medina. Y vosotros tendéis la vista por la larga carretera que blanquea entre las sombras, y véis un señor con su gorra—como en Cestona—, y un clérigo—como en Cestona—, y una señora gruesa y enlutada—como en Cestona—, y una muchacha ojerosa—como en Cestona—, que pasean todos—como en Cestona—a lo largo del camino, lentamente, un poco pálidos, mirando de cuando en cuando las altas montañas y las aguas muertas del río. Pero el ambiente y las figuras son otras. No, no estáis en Cestona. Y bien pronto, cuando recorréis estos pasillos, que no son aquellos pasillos, y cuando os sentáis en este comedor, que no es aquel comedor, y vais mirando discretamente los rostros, lo echáis de ver, y luego vais trasladando vuestras observaciones a las cuartillas.

HACIA ZALDIVAR

Casas, árboles y caminos.

Cuando viajamos rápidamente, ante paisajes para nosotros desconocidos, comiendo en un hotel, cenando a la noche en una posada, pasando del tren a una diligencia y luego de la diligencia otra vez al tren, atravesando dos, tres pueblecillos en pocas horas, viendo cosas que jamás hemos visto, oyendo un idioma que nunca ha llegado a nuestros oídos, dejando el cuarto de una fonda para ocupar al día siguiente otro tan anodino como el pasado, paseando de madrugada por los andenes desiertos, siilenciosos; yantando a deshora y precipitadamente en el restaurant de una estación; cuando se viaja de este modo; cuando se llevan días y días de este tráfago atontador y formidable, ya llegáis a perder la noción de tiempo y la noción de espacio, y el sentido de las relaciones naturales, conexas, que unen a las cosas entre sí. Y entonces, si sois artista y queréis arrojar vuestras impresiones sobre las cuartillas, os encontraréis con que sólo acuden a vuestro cerebro aspectos pragmáticos del espectáculo contemplado, visiones sueltas y rápidas, y que véis sólo un árbol, una casa, un rincón de verdura, un remanso de un río, una calle; y que sólo oís un

grito, un fragmento de diálogo, unos compases de una melodía, el resoplar de una locomotora, el canto de un pájaro, el susurro de una fuente, la vibración de una campana. ¿Cómo escribir así? Vuestro estilo, forzado por las circunstancias, será rápido, tal vez vibrante, de seguro conciso, breve, unido y ensamblado en frases voladoras. Porque es preciso que pase el tiempo, que vuestro subconsciente—el gran artista—haga una selección sabia y necesaria, para que luego, poco a poco, vaya surgiendo, sin prisa, sin ánsias, con placer, con alegría intensa, una pintura grata, suave y sugestiva de todo lo que vuestros sentidos recogieran...

¿Cómo escribir así? ¿Cómo hacer una obra literaria en el cuarto de un balneario, atosigado por la campana que os va a llamar, aturdido por el ir y venir de los bañistas y de la servidumbre, desconcertado por la irrupción súbita en un medio que vosotros no conocéis? Otra vez me veo sentado entre las cuatro paredes del cuarto de un hotel: estoy en Zaldívar...

Hemos salido de Urberuaga a las diez y media; hemos llegado a Zaldívar a las dos de la tarde. La diligencia nos lleva hasta Elgóibar; desde Elgóibar, el tren nos conduce hasta Zaldívar. Desde Urberuaga, la carretera repta, culebrea con rápidas revueltas, en zig-zags pronunciados, hasta las cimas de las lejanas montañas. La carretera es una ancha cinta gris bordeada de dos bandas de suave césped; la verdura lo tapiza aquí todo. Dos, tres, cuatro días han pasado de claro sol; los peones camineros han retirado del camino el polvo formado en este lapso de tiempo; mas luego la humedad torna, la lluvia vuelve a caer,

y los montoncillos formados a lo largo de la carretera se revisten de césped y semejan una línea interminable de alcores diminutos... Y en las altas vertientes, un boscaje tupido de castaños y robles sube hasta las cumbres en pintoresca gradación de verdes; baja hasta los hondos barrancos en donde un riachuelo corre plácido, o se detiene en anchos remansos sombreados, o salta en hebras espumantes de peñascal en peñascal.

La diligencia marcha ligera, igual, sin contoneos por entre el bosque. Y no hay miedo de que el camino os fastidie, ni de que deseéis con ánsias vehementes que sea llegado ya el término de la jornada. En Levante, en Castilla, la carretera se extiende ante vosotros en una cinta blanca, polvorienta, recta, interminable; tal vez allá, en la lejanía, divisáis, imperceptible, el chapitel de un campanario; acaso creéis que ya estáis sobre el pueblo a que encamináis vuestros pasos; pero el coche corre, corre, dando tremebundos vaivenes, alzándose sobre los alterones, hundiéndose en la hondura de los rebajos, mientras el mayoral blasfema exasperado, mientras los viajeros maldicen enardecidos..., y vosotros véis siempre, idéntico, con la misma pequeñez desesperante, con la misma lejanía inagotable, el chapitel del campanario.

Pero he aquí, en este maravilloso país vasco, nada de tales ánsias, de tales torturas, de tales maldiciones, de tales enardecimientos. La visión de la carretera escueta no os puede cansar: ante vosotros sólo aparecen cuatro, seis, ocho metros de camino blanco. Porque la fronda os va ocultando el resto, y porque las vueltas y revueltas son tan rápidas que no hay lu-

gar para que vuestras miradas se espacíen más allá. Y además, el panorama que vosotros adoráis no es la llanura castellana, rojiza, gris, gualda, ni los terrenos yermos, pelados, azulinos, ocres de Levante; ni los ríos ramblizos, pedregosos, ni los barrancos angostos, ni los peñascos, ni los maciegales, ni la pobre vegetación ratiza de las hórridas montañas de las mesetas... No, aquí la vegetación no os abandona nunca; vuestras miradas van explayándose continuamente, gratamente, en el panorama verde y suave, columbrando las lejanas angosturas, por las que acaso asoma un pueblecillo, siguiendo el meandro de un río, abarcando los extensos maizales plantados en las laderas, atalayando las casas grises, rojas, que acá y allá surgen a cada paso.

Y éste es otro de los hechos fundamentales que os sorprenden en la vieja Vasconia: habéis contemplado ya la fronda densa de sus montañas; os ha encantado ya, asimismo, la lisura y la comodidad de sus caminos. Y ahora váis fijando vuestra atención en la muchedumbre de casas de labriegos que pueblan la campiña. Y si sois venido de un país meridional, de Valencia, de Alicante o de Andalucía, una comparación inevitable se impone a vuestro espíritu. ¿Cómo son las casas en que los labradores vascos viven? ¿Cuál es su distribución? ¿Cuál es su construcción? ¿Cuál es su aspecto? ¿Cuál es la impresión que en vuestro ánimo dejan? La casa vasca la componen cuatro paredes lisas, grises, negruzcas, con un tejado rojizo, o bien son cuadradas perfectamente, o bien son cuadrilongas. Pero el hecho dominante, lo que dá la impresión definitiva, es que sus zaguanes son lóbregos,

que las paredes son grises, que sus ventanas son negras y que un descuido grande se extiende por sus alrededores inmediatos. Yo lo digo, y no veáis en ello amago de tibieza en mi adoración por esta gente: una campera levantina se negaría aterrorizada a penetrar en una de estas casas. Y ella, ante estos umbrales hoscos, recordaría al punto las paredes nítidas, refulgentes bajo el cielo azul, de su casa, y el zaguán empedrado de menudos guijos blancos, y el cantarero con sus cántaros en orden simétrico puestos, y los muebles lavados y relavados a fuerza de cloruro, y sus macetas de albahaca y de alelíes, y el poyo limpio de la puerta y su rodal de calle barrido a la mañana y a la tarde. Pero esta campera levantina, espantada ante la idea de entrar en estas casas, habría de comprender, al fin, que el medio no es el mismo, que lo que allí es ambiente seco y diáfano, aquí es humedad que satura las paredes o lluvia perdurable que las manchurrea a todas horas; que si allí se construye con piedra blanca, sonora y arenosa, aquí la piedra extraída de las montañas es de un intenso negro; y que si allí, en fin, la alimaña empleada en las faenas agrícolas es la mula, ligera y limpia—pese a los manes de don Fermín Caballero—, aquí, en cambio, es el buey tardo, ensuciador y maloliente el que transporta las cosechas y ara las tierras.

* * *

Pero sigamos en nuestro viaje por la carretera adelante. La carretera continúa con sus culebreos rápidos por la altura. En lo hondo, allá bajo nuestros pies, acaba de aparecer Elgóibar... Y ya hemos entrado en

el pueblo: más brevemente no es posible llegar. Elgóibar, como todos estos pueblecillos vascos, es silencioso. ¿Dónde está la gente? ¿Qué hace? ¿En qué se ocupa? De trecho en trecho, en las calles aparece un viejo caserón solariego: jamás en mis correrías por Castilla he visto caserones tan nobles, tan majestuosos como éstos. ¿En qué forma expresaré yo el encanto, el misterio, la poderosa sugestión de estos caserones centenarios? He visto muros de sillares simétricos, negros; ventanas apuntadas; aleros saledizos que se juntan en ángulo abierto, vigamentos carcomidos, portaladas anchurosas, con blasones afiligranados; iglesias que—como la de Ondárroa—retratan sus viejos ábsides en las aguas. ¿Cómo expresaré yo toda la sugestión de estos caserones agrietados, cuarteados, que se esfuman sobre un cielo velado, gris, de ensueño, de vaguedad y de melancolía?... Y he visto también en los umbrales de estas casas, mujeres viejas, mujeres que os miran con sus ojuelos chiquitos, mujeres que cuando las habláis en una lengua que ellas sólo entienden a medias, os contestan, en una amena y pintoresca jerga, riendo, haciendo gestos de asentimiento con la cabeza.

—¿Se puede comer aquí?

—Sí, aquí comer, sí...—os contesta esta buena vieja a quien vosotros habéis preguntado. Y subís por una estrecha escalera. Estamos en Elgóibar. El comedor es pequeñito; por el balcón se ve la plaza; allá enfrente unos muchachos juegan, gritando, a la pelota. Y os sirven en esta fonda provinciana unos manjares recios, sanos y limpios. Al lado vuestro unos vascos parlan en esta lengua tan intrincada, tan enredi-

jada, que vosotros—pura aprensión—creéis que no ha de haber palabras bastantes para expresar las cosas. Y cuando llega la hora de partir, en la estación, subís de nuevo a este tren loquillo, caprichoso, revoltoso, ruidoso, que os lleva a través de valles, a lo largo de túneles, bordeando ríos, rozando pueblos, hasta la estación de Zaldívar. De la estación al balneario hay sólo un paso. Atravesáis un parque frondoso, como los que se ven en los grabados y las fotografías inglesas; pasáis luego por entre el grupo de bañistas que se hallan sentados en la puerta, y os encontráis, al cabo, en un ancho salón... No hay nadie en él; todo está en silencio. No ha sonado un sonoro timbre, como en Cestona, ni ha salido corriendo el maletero, ni ha avanzado majestuoso Plácido, ni se ha acercado graciosa la camarera mayor. No hay nadie; todo está en silencio. Y andáis un poco hacia arriba y hacia abajo; y os asomáis a una sala, que es un comedor, y echáis una furtiva mirada a otra sala, que es el gabinete de lectura. Y todo continúa en silencio. ¿Por qué no sentarnos? Os sentáis en uno de los sillones de mimbre, y así estáis quieto un breve momento; mas como esta situación extraordinaria no puede prolongarse largo tiempo, tornáis a dar un corto paseo, y después, audaces, temerarios, hacéis sonar unas ruidosas palmadas. Por el fondo acaba de aparecer, como un vano fantasma, la silueta de una sirviente trajeada en negro...

UN BALNEARIO ARISTOCRATICO

Zaldívar tiene un secreto encanto. Un exprés chiquito, vertiginoso, os ha ido zarandeando con movimientos elásticos por curvas violentas a través de la verdura vasca; habéis visto, de pronto, al salir de un recodo, allá a lo lejos, la inmensa llanura del Cantábrico, tranquila, cruzada por vetas blanquecinas, verdes, violetas. Tal vez en vuestro coche—un coche confortable, limpio—venía una monja fina, silenciosa, que no había visto jamás este mar. Y durante un momento, cuando ella se ha levantado instintiva frente a la infinita llanura, vosotros habéis contemplado, con una intensa emoción estética, su silueta espiritual, con el negro del hábito, con la nitidez de las tocas, recortándose en profundo éxtasis sobre el azul inmenso del Cantábrico...

Y ya todos estos detalles que se unen y se conciertan secretamente van predisponiendo en bien vuestro ánimo. El tren se ha detenido en una estación diminuta; sólo hay en ella un empleado y un mozo. El andén está al mismo nivel del piso del vagón. Dais un

breve paso; el mozo coge vuestra maleta, vuestro bastón y vuestro paraguas. Y vosotros comenzáis a caminar lentamente, como si regresarais de un paseo, hacia el balneario. El sol cae ardiente sobre el campo; una alameda se abre desde la estación al hotel. Son frondosos los viejos plátanos; la luz se filtra por la enramada con suavidad. Todo está en silencio: un gallo canta de pronto a lo lejos. Y se oye el resoplar furioso de la locomotora que se aleja...

El balneario de Zaldívar se halla en el centro de un amplio parque inglés. Olmos, plátanos y castaños lo sombrean con sus frondas; un sedoso tapiz de césped fresco cubre la tierra; corre sobre las aguas de un lago una bandada de patos blancos; y de noche, desde que comienza a iniciarse el crepúsculo, una legión de ocultos y armoniosos sapos van tocando en desigual concierto sus flautas cristalinas. Un aire de recogimiento, de placidez y de intimidad se respira en este hotel: esto es lo aristocrático. Cestona, con sus anchos pasillos ruidosos, donde los niños corren, da albergue a una masa confusa, heterogénea, pintoresca; veis allí un exministro, un general, comerciantes, industriales, dos o tres diputados, acaso una dama misteriosa de quien la concurrencia cuchichea. Zaldívar fué un balneario famoso en otros tiempos; la gente se fué zafando de él; hay en sus salas, en sus pasillos y en sus cuartos ese algo indefinido, sugestionador, que queda en las cosas y en las personas que han sido grandes y que han decaído rápidamente. Y hoy, de aquella muchedumbre que aquí acudía, sólo vienen quince. veinte, treinta damas y caballeros discretos, callados, afables: acaso un grande de España

de recio nombre—Medina-Sidonia—, o un periodista mundano que ha escrito sin querer dos o tres artículos que él se ha esforzado en hacernos olvidar luego —Esteban-Collantes—, o un madrileño de pura casta, amable, agudo, epicúreo—Canduela—, o tal vez —y esto es corriente aquí—uno, dos, tres señores meditativos, callados, que pasean entre los árboles, que no sabéis quién son y que no os dicen nada ..

Pero ya estamos en el hotel instalados y haciendo la vida de todos los bañistas. La mañana se desliza ocupados en el trajín de las aguas ardientes. El alma del viejo balneario resurge en estas horas. Después, el zaguán cobra animación un momento; crujen los sillones de mimbres; pasa de mano en mano algún periódico. Y de pronto todos comenzamos a desfilar hacia el comedor; no ha tocado ninguna estrepitosa campana; no han resonado palmadas del maestresala. ¿No dije que Zaldívar era un balneario discreto e íntimo? Todos sabemos perfectamente qué hora es la marcada para el yantar, y todos nos encaminamos al refectorio. El comedor abre sus ventanas y puertas hacia el jardín; una sabia y grata penumbra ha sido hecha en la sala. Sobre el mantel, sobre paredes, caen tenues reflejos verdes de la hojarasca. Y comemos. No he querido decir yo nada de los condumios y manjares de los otros balnearios; mas en esta ocasión—perdonadme—quiero elogiar el arte sólido, limpio, un poco casero, un poco familiar, pero por esto grato, de este Montiño. Todos yantamos apacibles y lentos. No nos sucede nada; no discutimos; un plácido optimismo nos predispone a la indulgencia...

Y tras el yantar, un momento reposamos bajo los

inmediatos árboles del parque. ¿Por qué no me permitiréis que os diga que yo, en este minuto, contemplo con los ojos entornados, sumido en un vago estupor, la linda figurita, nerviosa, rápida, de Manolita Esteban Collantes, que se recorta con su corpiño rojo y su falda azul sobre el verde suave del césped? Yo amo estas fusiones de las bellas y espirituales mujeres con los bosques o con el mar; amadlas también vosotros. Y si estáis aquí en este balneario, coged, cuando vuestro estupor pase, un libro sin notas y sin citas, y leed un buen rato. La tarde así se irá deslizando insensiblemente. Un paseo por el valle completa luego la jornada; ya la noche ha llegado. Suenan las flautas polífonas de los ocultos sapos; las estrellas parpadean en la altura. Amenas y discretas pláticas nos entretienen, tras la cena, un instante. Se apagan las luces; duerme la casa entre los viejos árboles...

Zaldívar es un balneario aristocrático. Ni aun le falta lo que Leopardi reputaba por marca de distinción suprema: la *amara noia*.

LAS CONDESITAS LOZANAS

¿Viva la bagatela? El pequeño filósofo no se aparta del corro de las condesitas lozanas. Son las tres; el sol baña luminosamente el ancho parque; en primer término, largas filas de plátanos unen sus copas, desmochadas, y forman con sus follajes una terrera y tupidísima bóveda verde. Y bajo ella, en la penumbra, van, vienen, las condesitas lozanas con sus blusas blancas, con sus blusas azules, con sus blusas crema, con sus blusas rosa. Tal vez por un claro de la enramada se filtra un rayo de sol que hace destacar vigorosa una mancha azul, de rosa o de blanco; y el reflejo de la bóveda umbría, grato, suave, pone un tenue resplandor verde en los rostros, en las manos finas, en los pechos ligeramente henchidos.

Y ésta es la hora del reposo. Los pájaros pían, triscan, corren entre los árboles. A lo lejos se oye una ronca bocina con un son largo y melancólico; el resoplido de un tren llega imperceptible, y rápidamente se va agrandando, hasta que una honda trepidación conmueve duramente un momento la tierra... El hotel está en silencio: en el largo salón de entrada resuenan de tarde en tarde unos pasos sonoros. Y vos-

otros, desde la puerta, sentados en un amplio sillón de mimbre, vais regodeando vuestros ojos con esta visión, profundamente estética, de las esbeltas figuritas vestidas con trajes azules, blancos, rosa, que se mueven, bañadas por una tenue claridad verde, sobre un fondo suave verde.

Yo os diré que estas lindas figuras son la condesita de Vía-Manuel, las condesitas de Esteban-Collantes —Manolita y María—, la marquesita de Peña-Fuente, la condesita de O'Bryen... El pequeño filósofo está encantado: ¿no es esto más ameno que las tardes parlamentarias? Una charla jovial y frívola anima este grupo adorable, mientras arriba, en la enramada, los pájaros saltan y trinan. Cerca, en los bancos diseminados sobre el césped, las señoras provectas charlan también discretamente o emplean los minutos en alguna obra femenil. Este detalle os pintará por sí sólo el medio en que vivimos. Ya no estamos en el hotel mundano y rumoroso de Cestona, ni en la clínica trágica de Urberuaga. Zaldívar es un soberbio *cottage* inglés, cuyo dueño, con exquisita deferencia, se ha avenido a que seáis su huésped por unos días. Hace años—me dicen—Zaldívar rebosaba de gente; se bailaba en el ancho salón a todas horas: un estrépito de multitud llenaba los pasillos; filas interminables de cubiertos destacaban sobre los nítidos manteles... Ahora Zaldívar reposa silencioso; tal vez nuevas orientaciones médicas, nuevos gustos, nuevas preferencias, nuevas modas, han desviado la muchedumbre hacia otra parte. Y vea el lector el resultado de este cambio: aquel tropel ruidoso y pintoresco iba mermándose de año en año; se hizo como una selección lenta; fué

como un cernido discreto de veraneantes. Y hoy sólo queda en Zaldívar un grupo de gente selecta, elegante, aristocrática, que viene durante una temporada a reposarse de los tráfagos del invierno. Y yo no sé a punto fijo si hay, en realidad, aguas en Zaldívar, ni cuál es su calidad, ni qué eficacia tienen; yo creo que esto es muy secundario, y que ya la preocupación del baño medicinal—intensa en Urberuaga, tenue en Cestona—llega a perderse aquí, esfumada en el ambiente sosegado de casa particular, y en la gracia, elegancia, y la mundanidad de las figuras.

Pero las horas han ido pasando. El sosiego sedante de la siesta ha concluído. Los veraneantes se rebullen y mueven. Dejan sus labores las señoras provectas; las lindas condesitas suben, bajan las escaleras, desaparecen, tornan a aparecer con otros trajes. ¿Dónde vamos? ¿Cuál va a ser nuestra meta en la excursión de esta tarde? ¿Dónde quiere ir Milagritos Pardo? ¿Y Manolita? ¿Y María? ¿Qué opina de todos estos planes el señor conde? El señor conde de Esteban-Collantes acaba de hacer su aparición solemne en la puerta del hotel. ¿He dicho solemne? Perdonadme este lapsus: no; solemne, no. El señor conde se ha presentado llanamente. Lleva el señor conde un terno claro de lanilla (y yo he de confesarle que no me placen ciertas bolsas que el uso ha formado acaso en los bolsillos); calza sus pies el señor conde con unas botas negras (y yo he de hacerle la confidencia de que me parece un signo de inferioridad el usar botas de elástico); toca su cabeza el señor conde con un extraño chapeo (y yo he de participar en este punto de las muestras de horror y de asombro que la condesa de

Vía-Manuel ha dado al contemplar este sombrero). Pero yo estimo sinceramente al señor conde, y si me apuráis yo llegaré hasta decir que siento una ligera admiración por su persona y por su obra. El señor conde es un excelente compañero nuestro en la prensa: es autor de notables artículos que no hace falta recordar en este momento. Y el señor conde es, sobre todo, algo así como una institución suprema que, en la esfera periodística, corona y sanciona la labor fatigosa de largos años y viene a corroborar de un modo definitivo el juicio inestable de los lectores. Parecerán tal vez misteriosas estas palabras. Hace falta una explicación aclaratoria.

El señor conde de Esteban-Collantes reúne todos los años en un banquete, indefectiblemente, a los más ilustres periodistas. Ni Baroja, ni Maeztu, ni Navarro Ledesma, ni Dionisio Pérez, ni Acebal, ni Manuel Bueno, ni Castro, ni Palomero, han figurado todavía en estos ágapes. ¿Por qué? ¿Cuál es la causa? Vosotros estáis moviendo la pluma sobre las cuartillas seis años, ocho años, diez años; tenéis fuerza; tenéis audacia; tenéis estilo; tenéis cultura, tenéis ideas. Pero poco a poco, al correr de los años, todo esto se va perdiendo; vuestras lecturas van siendo más escasas; vuestro estilo va siendo más remiso; vuestras ideas van siendo más arcáicas. Entonces, una mañana recibís una carta enigmática; rasgáis el sobre; ¿de quién es? Es del conde de Esteban Collantes, que os invita por primera vez a su banquete anual. Un sudor frío os corre por todo el cuerpo; os miráis al espejo lleno de pánico; volvéis a leer temblando la última cuartilla que habéis escrito... Y quedáis convencidos

de que el señor conde de Esteban Collantes tiene razón al invitaros; es decir, quedáis convencidos de que ya sois célebres; es decir, quedáis convencidos de que ya no tenéis fuerza, ni estilo, ni cultura, ni ideas...

Pero la excursión de la tarde ha sido realizada mientras nosotros filosofábamos. ¿Adónde han dirigido sus pasos las lozanas condesitas? Los han dirigido por los castañares cercanos, o han ido en tren a Eibar, o se han marchado hacia Olacueta, donde en los anchos remansos de un riachuelo, mi amigo el señor Canduela, correctísimo caballero, ha puesto unos rateles para que en ellos vayan cayendo—si gustan—los cangrejos.

Y cuando llega el crepúsculo, van tornando al hotel todos los expedicionarios. Esta es la hora grata de las charlas joviales, de las intimidades y de las indiscreciones. Suena a lo lejos la bocina melancólica del guarda-agujas; pasa, al otro lado del parque, trepidando y resoplando, un tren. Y comienzan las notas múltiples, cristalínas, de los sapos a dejarse oír en la serenidad de la noche. Y un rumor de voces y gritos se produce en el pórtico. Los arqueólogos podrían hallar aquí en estos momentos una reproducción discreta de la torre de Babel. La marquesa de Peña Fuente habla en inglés con la condesa de O'Bryen; diserta en lengua francesa la condesa de Esteban Collantes sobre *le transportateur* que allá en Bilbao cruza la *rivière*; se oye una relación que una gentilísima sevillana—la señora de Llorén—hace con vivo acento andaluz; cuenta Merceditas Arechavala—una dulce cubana—los encantos de los paisajes tropicales; el ad-

ministrador del balneario, vasco castizo, grita desde la puerta unas frases inexcrutables a unos sirvientes... Y en el parque, ocultos en el césped, los sapos—estos maravillosos sapos de Zaldívar—cantan su melodía clamorosa: *tú, tú, turú, tú.*

Larrea.

—En Dresde, a principios de mes, hacía más calor que aquí—dice don Eduardo.

—¡Hombre!—exclama Larrea—. ¡No puede ser! Estamos en la mesa redonda; es una mesa redonda agradable, íntima. Sólo ocho, diez o doce comensales nos sentamos a ella. Hoy, cosa extraordinaria, hace un calor terrible.

—Yo—añade Larrea—notaba algo, así como una molestia, y era que me estaba asfixiando...

—¡Caramba!

—¡Demonio!

—¡Qué atrocidad!—exclama con voz más fuerte que los demás don Eduardo, el que estuvo en Dresde a principios de mes—. ¿Se estaba usted asfixiando?—añade en el mismo tono sonoro.

—Sí, sí—dice Larrea con voz suave y mirando con unos ojos chiquitos y tristes.

Larrea no hace nada, ni creo que tiene oculto ningún plan; es uno de esos hombres que hemos de ver en el andén de una estación, en la mesa del café que está al lado de la nuestra, en la plataforma de un tran-

vía o en el pórtico de un teatro. Y es un hombre que después de haberlo estado mirando en alguno de estos sitios durante diez o doce minutos, forzosamente, no acertamos después a decir cómo era. La barba de Larrea es como todas las barbas; su pelo está cortado casi al rape, y su corbata—acaso en él lo más característico—es una corbata un poco anticuada: un hombre como Larrea no compra más que una corbata en la vida, y si la ha heredado, ninguna. Y tal vez esta corbata de Larrea es la corbata que otro Larrea de 1870 recibió por juro de heredad de otro Larrea de 1850. Una sensación de versos de Gabriel Ruiz de Apodaca, de disquisiciones de don Fermín de la Puente Apezechea y de novelas de Fernando Patxot, se exhala de ella...

—Sí, sí—dice suavemente Larrea—; yo me sentía mal y era que me estaba asfixiando. Y es—añade—que cuando uno ha comido ya algo, se tiene más calor.

Todos miramos en silencio, con un vago estupor, a Larrea. Larrea ha comido ya algo. Larrea, en silencio, ha tragado dos entrecots, un besugo y cuatro croquetas. Comienzo a comprender, a pesar de lo dicho, que Larrea tiene un plan en la vida. Cuando traen el pollo y la ensalada, Larrea se inclina hacia una camarera y cuchichea en su oído. La camarera aporta rápida después una cebolla. Larrea la coge y la va desmenuzando con el cuchillo en la ensalada.

—Señor Larrea—le digo yo solemnemente—, lo que está usted haciendo merecería los plácemes del rey don Alfonso X el Sabio.

Larrea levanta la cabeza y me mira estupefacto. Transcurre un breve momento en silencio.

—Alfonso X el Sabio—prosigo yo—hace en *Las Partidas* un entusiasta elogio de las cebollas. De las tres cosas que recomienda que lleven los barcos de las escuadras, una es cebollas (para que, comiéndolas, el aire del mar no corrompa los cuerpos de los marineros). Las otras dos son: jabón, para que los enemigos resbalen cuando entren en nuestros barcos; y cal, para echársela a los ojos de esos mismos enemigos y que cieguen...

Todos sonreímos un poco a la memoria de Alfonso X; Larrea sonríe también y comienza a devorar un medio pollo.

Un hombre misterioso.

La Bruyère, dame tu pluma.

Un hombre misterioso hay en Zaldívar. Es inquieto, nervioso, rápido. Ha escrito dos o tres artículos vagos en uno de esos vagos periódicos que se titulan *El Estandarte*, *La Política* o *El Mundo*. Es senador; se sienta en los graves escaños con un gesto de frivolidad que parece decir: «Yo me marcho en seguida.» Y sale, en efecto, al instante, ligero y despreocupado. Se le ve en todos los lugares en que no creíamos verle; vamos a doblar una esquina en un día de lluvia; nuestro paraguas tropieza con otro paraguas. «¡Perdón!», exclamamos nosotros. «¡Perdón!», oímos decir también. Y reconocemos su voz. Salimos precipitados de casa de un amigo; un coche está en la puerta; se abre la portezuela; asoma un señor. Es él. De noche, a altas horas de la madrugada, caminamos por una calle solitaria; a lo lejos, mientras ruge el vendaval del invierno, columbramos una silueta inmóvil,

con la cabeza levantada a los balcones; nos acercamos; un momento dudamos, al fin lo reconocemos.

Su fisonomía lo expresa todo en breves segundos: el entusiasmo, la afabilidad, el desdén o la ira. Hace mil combinaciones con sus trajes; lleva uno a las ocho, otro a las diez, otro a los doce, otro a las tres de la tarde, otro a las nueve de la noche. Corre ensimismado de una parte a otra; cuando camina despacio parece que salta; cuando corre parece que vuela. Os ve, da de pronto media vuelta y se quita el sombrero; os dirige a su paso vertiginoso una palabra amable, y una vez ya alejado, vuelve rápidamente la cabeza para dirigir otra frase cortés a un amigo que os acompaña y que él no había reconocido en su aturdimiento. Todos le quieren; es rico; ama las artes, y por una bella mujer haría más locuras de las que hace...

La Bruyère, ¿por qué no me has prestado tu pluma?

LOS DETALLES INEXORABLES

El pequeño filósofo está ya en su elemento. Cestona, Zaldívar, son balnearios elegantes, confortables, amplios, sosegados; Solares es un balneario típicamente, castizamente español... Ya en la estación de Orejo—nombre también castizo—, cuando estáis tomando el billete para Solares, suena de pronto el silbato de la locomotora; el tren va a partir; vosotros os sobresaltáis, corréis, abrís azorado una portezuela, y en tanto que el convoy avanza rápido, os metéis de cabeza en un vagón, pensando—si es que se puede pensar algo durante tales aperturas—en el perfecto españolismo del ferrocarril en que viajáis. Pero ya el tren recorre los verdes campos santanderinos. ¿Cómo será Solares?—vais diciendo vosotros—. ¿Será como Zaldívar? ¿Será como Cestona? ¿Qué gente vamos a encontrar en sus pasillos y en sus salones? ¿Habrá allí un señor como Canduela o como don Bernardo, o una linda muchacha como Merceditas Arechavala o como Conchita Moreno?... Pronto vamos a verlo; el tren acaba de detenerse en la estación; vos-

otros bajáis de vuestro coche y atravesáis una cerca de tablas negras y desiguales. Un tropel de mendigos fantásticos—lisiados, cojos, ciegos, viejos decrépitos—rebulle y gimotea entre los coches. ¿Por dónde ir? ¿Cuál es el camino que habréis de emprender? El balneario está a dos pasos de la estación; podemos dirigirnos hacia él cruzando la vía férrea. Y otra vez volvemos a pasar por entre la turba de los andrajosos pedigüeños, y saltamos luego sobre los rieles del camino de hierro. A la derecha se descubre el descargadero de una mina, junto a montones de amarillento mineral; a la izquierda veis un puentecillo construído con tablones recios, y que os trae a la memoria el dulce recuerdo de vuestros países natales, donde en las fiestas gordas construyen su circo taurino en la plaza de la Constitución y hacen pasadizos como éstos. Y como vosotros en estos pasadizos de vuestros países natales tal vez habréis dado un lamentable traspiés, os afianzáis ahora bien a la baranda de éste y no apartáis la vista de las tablas del piso. Y así vais caminando, pasito, sobrecogidos, hasta que llegáis a un descampado yermo, llano, con tal cual árbol en la lejanía. Avanzad un poco: ante vuestra vista acaba de aparecer un lindo edificio, que os deja sorprendidos. Es nuevo; tiene tres pisos; las paredes son blancas. Pero esto es común a muchos edificios, y lo que aquí os llama la atención son los balcones, de pesada y ancha tracería, recubiertos con planchas de mármol, y las ventanas de la planta baja, ventanas extrañas, ventanas desconcertantes, ventanas en forma de un hueso tumbado y partidas en sus extremos por dos pilastras. «¡Tate!»—exclamáis vos-

otros, que sois un poco modernistas; vosotros, que, con gran indignación del señor Soldevilla, no admiráis a Ayala, ni a Tamayo, ni a Ventura de la Vega—; «¡Tate! He aquí un edificio perfectamente modernista.» Y os disponéis a contemplar salones mágicos, que tal vez tienen el techo donde otros el pavimento, y corredores en que cuando creéis que avanzáis os halláis en el extremo opuesto. Pero tal vez esto son imaginaciones y fantasías. Ante la puerta se levanta una escalerilla de cuatro o seis peldaños. Luego, traspuesta la puerta, es preciso descender por otros cuatro o seis escalones. Y cuando ya los habéis bajado, os encontráis con que una puerta de cristales, también extraña, os cierra el paso. La abrís: camináis otros dos o tres pasos más y os encontráis con la puerta opuesta del edificio, que da al campo... Un rumor estrepitoso de gritos, martillazos, carreras, cánticos, llena toda la sala; por la escalera suben y bajan muebles; dos o tres viajeros que acaban de llegar discuten sobre las habitaciones que desean. Nadie se entiende; todos gritan. «El hotel está repleto—dice el conserje—y no es posible, por el momento, proporcionar los cuartos que los viajeros piden...» Y el estrépito de martillazos, gritos, golpes, carreras, continúa. Y las camas, los lavabos, los armarios son, pesadamente, subidos y bajados por la estrecha escalera. Y vosotros, rendidos del viaje, fatigados, soñolientos, os sentáis en un sofá del diminuto zaguán, mientras pensáis—y ahora sí que hay lugar para pensar en todo—que si por acaso estáis neurasténico y venís a tomar estas aguas, recomenda-

das para la neurastenia, no podéis haber caído en un paraje más adecuado a vuestro achaque.

Mas, ¿dónde vais a aposentaros? Si no hay habitaciones, ¿qué hacéis sentado como un bobico en el sillón? Os levantáis: ¿Dónde se ha marchado el conserje? ¿Dónde está el administrador? ¿Dónde está el dueño? ¿Dónde están los criados? Avanzáis hacia la extraña puerta de que antes hemos hablado—el avance se reduce a dos pasos—y veis un corto y estrecho pasillo que os conduce a una sala pequeña: es el salón de fiestas. Ya no estamos en los amplios, majestuosos salones de los mundanos balnearios vascos. Esto es chiquito, con las paredes encaladas (que os dejan un recuerdo en las espaldas), con bancos sin respaldo, que os obligan a una curvatura desagradable, si es que no queréis aceptar el recuerdo que os brindan las paredes... Y volvéis a salir. Y subís la escalera. Y, al fin, lográis entrar en tratos con el conserje. «No hay habitaciones por el momento—repite—; pero podéis pasar a lavaros y arreglaros en este cuarto, ya comprometido para tales o cuales señores que han de llegar mañana. A la noche, con seguridad ha de quedar una habitación libre: la señalada con el núm. 1; lo tienen ahora tales o cuales señores, y en este mismo momento podría verlo, si no diese la casualidad desdichosa de que los que lo ocupan se han llevado la llave.»

Bien, perfectamente—decís para vosotros mismos mientras os chapuzáis la testa en la palangana—. Y después que habéis sacado de la maleta un peine y una pastilla de jabón—cosas absurdas, mitológicas en los hoteles españoles—, y después que os habéis

lavoteado, os disponéis a descender a la planta baja para daros la íntima satisfacción de inspeccionar y descubrir un edificio para vosotros desconocido. Sin embargo, vosotros habéis dado pábulo a una ilusión engañadora: en Cestona existen unos anchurosos salones que van de cabo a cabo del hotel; en Zaldívar hay claras y limpias galerías, en que vuestros pasos resuenan sonoros en el sosiego. Aquí, ¿dónde os vais a dirigir? Bajáis la escalera, dáis dos pasos y ya estáis en el campo. ¿Podéis andar y tornar a andar por este angosto y breve pasillo que conduce a la salita del piano? ¿Podéis entrar y pasear por esta salita, donde las notas recias de un vals parece que rebotan en las paredes y donde unos niños lloran a gritos y otros niños corren, saltan y silban? Cuando os habéis convencido de que no es posible nada de esto, comienza a entrar en vuestro espíritu la sospecha de que os halláis en un balneario a la española. Y entonces os sentáis en el canapé de la diminuta entrada, y acaso sentís un inefable sentimiento de patriotismo. Va llegando la noche; prosigue el estrépito de golpazos y gritos; un formidable guirigay de charlas, notas atronadoras del piano y carreras de chicos atruena la salita y el corredor. Regresan los bañistas de sus paseos; el zaguán desborda de gente. No podemos movernos. ¿Qué hacer? Fuera, la humedad del ambiente os empapa la ropa y os amaga con un enfriamiento; dentro, la ensordecedora trapatiesta os atonta y abruma. ¿Qué hacer? ¿Dónde están los salones de Cestona? ¿Dónde las galerías de Zaldívar?

Pero la campana llamando al comedor acaba de

sonar. En Solares no hay mesa redonda; el bañista no puede elegir, como en Cestona, Urberuaga y Zaldívar, entre yantar en común o en absoluta autonomía. En Cestona, en Urberuaga y en Zaldívar aportan los manjares listas y limpias muchachas del país, vestidas de negro, con delantales blancos; en Solares, vosotros miráis con cierto desvío a estos mozos embigotados que van y vienen entre las mesas con sus fraques lamentables, raídos. ¿Diré algo del *menú?* Cuando habéis acabado de cenar, salís al angosto zaguán, y otra vez se os presenta el pavoroso problema: ¿Qué hacer? ¿Por dónde ir? Mas esta noche estáis un poco fatigados del viaje y os urge el acostaros. Ya la habitación está lista.

—Es—ha dicho el conserje—la habitación que llamamos de preferencia; no podemos esta noche disponer de otra.

Algo violento es para un hombre modesto el ocupar una habitación de preferencia; pero puesto que no hay otra, nos vemos obligados a aceptarla. Sin embargo, cuando después salimos a la calle, vemos junto a este edificio nuevo otro edificio viejo. Es también un hotel. Nos acercamos.

—Este hotel, ¿pertenece al balneario? — preguntamos.

—Sí; es del mismo dueño—nos contestan.

Un rayo de luz penetra en nuestro espíritu, anonadado con la idea de tener que pasar la noche en una habitación de preferencia.

—¿Hay habitaciones en este hotel?—tornamos a preguntar.

Y después de idas y venidas de sirvientes, llega-

mos a la conclusión de que existe un cuarto libre en este vetusto hotel. Lo vemos; es una angosta habitación, pero bien se puede pasar en ella la noche, libres de la obsesión aterradora de la susodicha habitación de preferencia. Pero estaba, sin duda, escrito que esta historia se había de complicar trágicamente.

Cuando vosotros vais a retiraros a vuestro cuarto del viejo hotel, ya cerradas las puertas y las ventanas, notáis un hedor desagradable en el ambiente. Preguntáis la causa, y os enteráis de que proviene de unos *water-closet* que están al lado.

—Se ha roto la cañería estos días—os dice una sirvienta—y no hay agua; pero lo vamos a arreglar...

Se arreglará, indudablemente; mas vosotros no podéis pasar allí la noche. Y otra vez tornáis a caminar arriba y abajo en busca del conserje. No hay remedio; es preciso aceptar la habitación de preferencia.

—Les costará a ustedes un poco cara—advierte la dueña de la casa.

—Y ¿qué remedio hay?—decís vosotros tristemente, aceptando con resignación el hecho fatal—. Y ¿qué remedio hay, puesto que no existe en ninguno de los dos hoteles otro cuarto?

La dueña os mira sorprendida de que vosotros, hombres sencillos, os atreváis por segunda vez a aceptar esta terrible habitación; vosotros guardáis un silencio patético. Y luego, pasados unos instantes, entráis, al fin, en la estancia misteriosa.

Lector: la vida tiene desencantos amargos; la habitación de preferencia produce en vosotros una des-

ilusión. En nuestro cuarto de Cestona había un armario blanco, de haya, con una luna ancha (de severo nogal era el de Zaldívar); el de aquí es de pino pintado, y el espejo es estrechito, como una cinta de plata que corre por el medio. En Cestona teníamos dos cómodos lavabos; aquí sólo tenemos uno, y para remediar el agua es preciso volcar la zafa. En Cestona teníamos una ancha mecedora de madera curvada y un amplio sillón de mimbres; aquí tenemos dos butacas presuntuosas, molestas... Y nuestro cuarto de Cestona (como el de Zaldívar, tan sencillo y cómodamente amueblado) no era de preferencia... Vosotros miráis y remiráis todos estos trastos llamativos y deleznables, y luego los ponéis en relación con este edificio, ejemplar y compendio de esta arquitectura hórrida que los modernos hemos inventado. Y consideráis *in mente* los pasillos angostos, con los abrumadores pisos de madera blanca barnizada, en cuyos salientes se recoge el polvo y la suciedad; y los *water-closet* sin ventanas, y las escaleras empinadas, y los balcones, hechos para ser vistos desde lejos, mas no para contemplar desde ellos el campo o la calle, con pesados antepechos de piedra que quitan la luz, en vez de la airosa obra de ferrería forjada; y las ventanas estrechas, con rebordes y cargazones que ensombrecen la estancia; y los techos bajos, y las puertas angostas, en cuyas jambas tropezáis al entrar o salir...

Y cuando habéis hecho una detenida recapitulación de todo esto, ya en la cama, apagáis la luz. Y, aquí, una observación inevitable: en Cestona hay dos lámparas eléctricas en todos los cuartos, y una

sabia invención de la mecánica hace que, con el mismo botón con que encendéis o apagáis la una, podáis apagar o encender la otra. En Solares, y en nuestra habitación de preferencia, no se conocen tales progresos, y es sólo una lamparilla la que nos suministra la luz. Pero la luz está ya apagada; entonces experimentáis una sorpresa enorme: está apagada la luz y, sin embargo, la habitación continúa iluminada. ¿Cómo puede ser esto? Saltáis de la cama, miráis a todas partes y caéis, al fin, en la cuenta de que la claridad del pasillo penetra por un ancho montante colocado sobre la puerta. Esto es verdaderamente absurdo. ¡Deseáis oscuridad sedante que calme vuestros nervios, que os aporte brevemente el sueño reparador, y no podéis tenerla! ¿Concebís una mayor y más estúpida molestia? Pero si la claridad del pasillo tarda en dejaros conciliar el sueño, en cambio, apenas amanezca, los resplandores del alba entrarán en vuestro cuarto. Las maderas de las ventanas, nuevas aún, están ya alabeadas, desniveladas, como hechas y colocadas precipitadamente; vais a cerrarlas, y apenas si podéis medio unirlas; un ancho claro queda entre las dos hojas, y por él, a la mañanita, un raudal de viva luz hace irrupción en la estancia y os despierta.

Levantaos, pues. En esta habitación de preferencia no os han puesto toalla. La pedís. Y luego, cuando os estáis acabando de vestir, oís, por la puerta entreabierta, una voz terrible que le dice a la camarera que es preciso que desalojéis la habitación, porque ha de ser arreglada para un huésped que va a llegar. Vosotros apresuráis vuestro aliño y os disponéis a

bajar. Pero antes tened la precaución de enfundaros en un recio gabán. Esto es indispensable en Solares. Porque jamás sentiréis en ninguna parte tan bruscas, impetuosas y heladas corrientes de aire. Todas las ventanas están abiertas; son las ocho y media; a esta hora, en un hotel, ya debe estar hecha, imprescindiblemente, la limpieza diaria. Pero aquí todos los trastos están aún por en medio; una criada barre el piso de mosaicos, que no debe ser sólo barrido, sino que necesita un lavado diario—como en Levante—, y formidables huracanes pasan de puerta a puerta y os hacen vejizgar...

Todos estos detalles son causa de que vosotros no sintáis ganas de continuar por más tiempo en este *Gran Hotel*. Decidís marcharos: pedís la cuenta. Habéis entrado en la casa a las seis de la tarde del día anterior; salís a las nueve de esta mañana. Y la factura de la estancia de dos personas reza lo siguiente: «Cena, seis pesetas; desayuno, dos; habitación, 17.» Pagáis con gesto de indiferencia y pedís que venga el maletero para que lleve el equipaje a la estación. Entonces os advierten que no podéis marcharos en el tren de las nueve, como vosotros habíais dispuesto, sino que será preciso que salgáis en el de las diez. Vosotros miráis con asombro al conserje. «Sí—dice él—; el maletero está ahora facturando otros equipajes y no puede recoger éste.» La objeción tal vez sea racional; pero vosotros habéis decidido abandonar el hotel, y a tranca y a barranca lográis llegar a la estación con vuestra maleta. Y otra vez — como a la venida — tenéis que meteros,

cuando ya está el tren en marcha, de cabeza en un coche...

... Lector: hemos salido de nuestra redacción para hacer una información imparcial de cuanto pasara ante nuestra vista. Las excepciones que en nuestro favor han querido hacer en Cestona, Urberuaga y Zaldívar, nos hemos visto en la precisión de rechazarlas; por estos balnearios hemos cruzado como tantos otros bañistas. ¿Tendremos derecho a la sinceridad? Todos estos hechos expuestos podrán parecer nimios y fútiles; pero de ellos está formada nuestra vida cuotidiana, y no podremos lograr un ambiente de bienestar, de cultura y de modernidad si no comenzamos por descender de nuestras fantasías para fijar nuestra atención en estos detalles fatales, inexorables...

EN CARRANZA

UN BALNEARIO DISCRETO

Todas las mañanas, desde hace varios días, lo primero que hago cuando me levanto en Carranza, es buscar al padre Miguel. Aquí toman las aguas el padre Ignacio, el padre José, el padre Antonio, el padre Domingo, el padre Eduardo y el padre Desiderio. Pero mi predilecto es el padre Miguel...

Carranza es un balneario modesto, discreto. El tren nos deja frente a una alta plataforma de madera; nos figuramos que estamos en el puente de un barco. Luego pasamos por un breve puente de hierro y descendemos por unas empinadas escaleras, y nos hallamos ante la puerta del balneario, en el fondo de una angosta cañada. Una inscripción reza sobre el dintel: «El año MDCCCXLVII fundó este establecimiento el Excmo. e Illmo. Sr. D. Rafael de Guardamino, hijo preclaro de este valle de Carranza.» Dentro, los pasillos, entarimados con lucientes tablas, aparecen limpios; los cuartos son chiquitos y blancos. No hay luz eléctrica: todo es en la casa familiar y discreto. Unas bujías alumbran nuestras vidas en las horas nefas-

tas. Sobre la ancha mesa del gabinete de lectura no destaca ni el más remoto rastro de papel impreso. No se sabe lo que hay que leer aquí: no pueden conturbar nuestros minutos las cosas graves de la imprenta. En el piano, una pieza tan sólo reposa; es algo ligero, flúido y sencillo; son las *Six sonatines faciles*, de Dussek. Si tocamos los timbres durante un minuto, dos, tres, cuatro, con todo nuestro tesón, nadie acude a nuestro llamamiento desesperado; en nuestro hogar no nos pasaría cosa distinta. Y por rasgo final, como complemento de este cuadro prosaico, grato, íntimo, dos señores graves, bajo los plátanos, hallan su esparcimiento en el democrático y legendario juego de la rana.

Pero el padre Miguel me espera ya en la fuente.

—Padre Miguel, ¿cuántos vasos se ha bebido usted ya?—le digo yo.

El padre Miguel se ha sorbido tres vasos. Las aguas acídulo-carbónicas curan o alivian el reuma del buen clérigo y además le prestan un extraño vigor para las tremendas controversias que todas las mañanas sostenemos. He dicho controversias, y es preciso que el lector no vea en mí un feroz heresiarca; en realidad, allá en el fondo de mi espíritu, yo estoy enteramente de acuerdo con el padre Miguel; pero si yo no fingiera en estos momentos un vago espíritu de contradicción, no podrían resultar amenos e instructivos nuestros paseos entre los plátanos. A veces, el padre Miguel trae bajo el brazo un libro; y entonces, mientras tocan su áspera guitarra los acridios, en tanto que el viento orea los árboles con un manso ruido, yo oigo en silencio unas páginas de *Los grandes arcanos*

de la Naturaleza, de Tilman Pech, o bien—y esto es más agradable—unas disquisiciones vagas sobre la mujer, la sociedad, el arte, el juego, las hormigas, el tabaco o el ocio, del jesuíta Van Trich...

Y cuando ya el padre Miguel y yo nos hemos cansado de devanear sobre las categorías aristotélicas, sobre la idea de tiempo o sobre la predestinación (que a tales empinadas cumbres llegamos) damos la vuelta al balneario. Ya la hora del yantar se va acercando. El comedor del balneario es una ancha pieza clara, limpia y sonora. Unas magnolias, puestas en búcaros sutiles, esparcen su fragancia agria sobre la mesa. No nos sentamos en esta redonda tabla más que seis u ocho caballeros y otras tantas señoras. En Carranza no existen muchachitas indóciles y atolondradas. Todas estas damas son graves, llenas, un poco redondas, vestidas de negro. Y no es posible imaginar damas más discretas, más solícitas, más amables.

—¿Quiere usted vino, señor Azorín?—me dice una de estas señoras, a mi izquierda sentada.

Yo me inclino agradecido y respetuoso.

—Mil gracias, señora.

—Acércale el salero al señor Azorín—le dice otra de estas señoras, sentada frente a mí, a un jovencito que está a par suyo.

Yo vuelvo a bajar la cabeza lleno de gratitud.

—Tantas gracias, señora.

Ha terminado la comida. La tarde se abre para nosotros interminable. No hay aquí más recurso que beber vasos de agua en la fuente salutífera y ver pasar los trenes.

—¿Cuántos vasos ha tomado usted ya, don Gaspar?

—Yo, dos.

—Yo voy a tomar uno

Y bebemos tres o cuatro vasos lentamente, haciendo grandes esfuerzos, respirando con ansia cuando hemos dado fin a la empresa. Los trenes cruzan de hora en hora por el alto talud oculto entre los árboles. Subimos rápidamente por las empinadas escaleras, cruzamos el puente, pateamos un momento sobre la plataforma de tablas. Y el tren, que ya había silbado, se detiene. Siempre en estos trenes pasa una persona de nuestro conocimiento, una de esas personas que sólo parece que existen para pasar en un tren cuando nosotros estamos en un andén.

—¡Caramba! ¿Usted por aquí?

—¡Hombre! ¿Qué tal?

—Bien. ¿Y usted?

—Muy bien.

El tren parte. Y ya no volvemos a ver a esta persona en dos, en tres o en cuatro años, otra vez en otra estación.

Pero el crepúsculo ha ido llegando. No puede darse una hora tan profunda, tan solemne como ésta. Los robles, los castaños, las hayas, los plátanos, las acacias, que pueblan las laderas del valle, se ensombrecen; todo calla; el ingente peñón que cierra la cañada se recorta en el azul pálido del cielo; una sutilísima gasa vela el ambiente; pasan zumbando, rápidos, gruesos insectos; y sobre los remansos del hondo arroyo, corren, giran, vuelven en silencio, vertiginosos, los menudos girinos. Suena de pronto una campana que repercute en todo el valle; de dos en

dos, de tres en tres van saliendo las señoras con sus mantillas y penetran en la ermita fronteriza a la casa. Se oye el *run-run* de un rosario; en el cielo ya fosco se destacan, sobre un lomazo de la cañada, uno o dos gráciles álamos; brillan las primeras estrellas...

Y acabada la cena, cuando nos retiramos todos prestamente, cuando ya todo calla, yo en mi cuarto, a la luz de la simple bujía, mientras paso las páginas de un libro, tengo un sentimiento de gratitud para el excelentísimo e ilustrísimo señor don Rafael de Guardamino, a quien no he conocido, y que fundó este balneario tan limpio, tan blanco, tan íntimo, tan discreto, donde la petición de un periódico como *El Liberal* causa un escándalo tremendo.

LA ESTETICA DEL BAÑO

—Señor Quijano, resignación.

—Azorín, usted todo lo toma a broma.

El señor Quijano está asombrado, confuso, mohino, contrito, receloso, avergonzado, indignado. El señor Quijano sale todos los años a la costa mediterránea a meter su cuerpo respetable en las ondas pacíficas y rítmicas; el señor Quijano ha venido este verano por primera vez a remojarse en el piélago amenazador y proceloso del Cantábrico. Y el señor Quijano—hidalgo viejo, cazador como el señor Peralta, lector de historias clásicas, doctor en Derecho civil y canónico—se ha encontrado con la sorpresa emocionante de que en Santander no es posible bañarse. Y de aquí su confusión, su asombro, su tristeza, su abatimiento, su humillación y su furor indómito.

—Azorín, usted todo lo toma a broma.

—Señor Quijano, yo respeto, deferente, sus opiniones, sus escrúpulos, sus aprensiones y sus recelos.

Y el señor Quijano se queda mirándome de hito en hito. Y yo me dispongo a escuchar en silencio, por se-

gunda, por tercera, por cuarta vez, las ideas paradojales del señor Quijano sobre los baños del Sardinero, y la sabia y honda lección de hidroterapia comparada que el buen doctor en Derecho civil tendrá a bien explicarme frente a la inmensidad azul del mar, mientras las olas zumban roncas y mientras allá en la lejanía un vapor, microscópico, imperceptible, va difuminando el otro azul claro del cielo con una suave gasa negruzca...

—Yo, señor Azorín—dice Quijano—, dejo todos los años mis yermos y uniformes bancales de rastrojos para ir, a través de la Mancha, corriendo sobre los planos y rectísimos rieles que atraviesan la estepa inmensa y llegan a las feraces huertas alicantinas, a sumergir mis viejos miembros en las aguas mediterráneas. Allí todo es bullicio, estrépito, reir loco, charlar continuo, bajo un sol tórrido, es un ambiente claro, diáfano, excitante, enervador, voluptuoso. Los balnearios, como anchurosos salones, avanzan en una larga ringla mar adentro; el oleaje suave, acariciador, tibio, pasa con leve rumor por bajo; arriba, en la amplia navada, sobre las tablas sonoras, frente al horizonte remoto que aparece allá en un extremo, van, vienen, se remueven las figuritas soñadoras, románticas, de las lindas muchachas que salen en esta época de los viejos caserones del pueblo—manchegas, murcianas, alicantinas—, para llegar a estas plácidas costas en tropeles alegres. De cuando en cuando, en la larga fila de los cuartos, una puerta se abre y desaparecen por ella dos, tres, cuatro de estas adorables muchachas, ávidas de esponjarse en las aguas, o bien otra puerta se abre y surgen otras tantas muchachas

frescas, enardecidas, encendidos los labios, húmedo el pelo, sonrientes, joviales, sensuales. La peligrosa y grata operación del baño se ha verificado rápida, discreta y elegantemente. El agua se encuentra bajo nuestros pies; descendemos una breve escalera, y ya nuestro cuerpo se ha sumido en las ondas. Y nosotros, espectadores, no vemos sobre el terso cristal más que la testa de los bañistas; y nosotros, bañistas, no somos contemplados irónicamente por los espectadores...

Al llegar aquí el señor Quijano se ha detenido un breve instante. Comenzaba a promediar el día; el mar, esta mañana glauco, negruzco, tranquilo, inmóvil, cobraba tonalidades de añil, de verde intenso y oscuro; las olas, en afilados lomos, venían prestas hacia la arena y se deshacían rumorosamente en blanca espuma. Es ésta la hora en que la suave y limpia playa de Pombo se anima con el ir y venir de los bañistas. En la terraza—como en Levante—las muchachas—tal vez también de pueblo, como en Levante—lucen sus claros trajes, y charlan, y miran de cuando en cuando, por acaso, la inmensidad elocuente y armónica del mar. Y allá abajo, ante la ringla de los cajones blancos y azules, destacan sobre la arena áurea las siluetas femeninas o varoniles con sus extraños trajes acuáticos. El hidalgo Quijano ha puesto su mirada escrutadora de cazador en este ascendente hormiguero de los bañistas. Y su entrecejo se fruncía. Y sus manos se apretaban sobre el bastón. Y de sus labios, rota la breve pausa al cabo, han salido las siguientes palabras:

—Pero todo cuanto acabo de decir no reza con la

costa cantábrica. Lo que podríamos llamar la estética del baño, cambia totalmente con el tránsito de uno a otro mar. Aquí los baños ya no están sobre las aguas, como en Levante. No se trata ya tampoco de anchurosos salones con largas filas de cuartos provistos de tocador, de espejo, de sillas y de perchas. Tienda usted la vista hacia delante: treinta, cuarenta, cincuenta diminutas casillas sirven para que en ellas se vista y se desnude el bañista. Pero no es esto lo grave; hasta aquí la cosa nada tiene de censurable. Mas el bañista que se desnuda en su barraca, ha de salir de ella para chapuzarse en el agua. Y, ¿dónde está el agua? ¿Dónde ha de ser preciso ir a buscarla? El agua se halla a quince, a veinte, a treinta o a cuarenta metros de la barca. Y esto es precisamente lo enorme, lo trascendental, lo inaudito. ¿En qué forma salir de la casilla? En traje de baño, indudablemente, forzosamente. Observe usted que desde la terraza un numeroso público le está a usted atalayando, a simple vista o con gemelos, y que allí, en la misma playa, en el trayecto que ha de recorrer usted, se encuentra sentado o paseando otro público más observador, más curioso, más audaz, por el que ha de atravesar usted. Y, ¿cómo recorrer este largo camino? ¿Concibe usted a un grave varón, doctor en teología, o poeta sentimental, o exministro, o filósofo, ataviado con una ligera malla, el pecho desnudo, las pantorrillas al aire, que camina entre grupos de muchachas que dirigen sobre él los impertinentes, o entre corros de lectores o admiradores, que le contemplan sin querer sonreír? No, no; esto es estupendo, esto es terrible. Y hay luego otra cosa; esta breve visión, en desnudez,

casi total, vestido ridículamente, del hombre o de la mujer a quien vemos y saludamos correctamente vestidos en la calle o en la casa, llega a alterar y socavar los conceptos fundamentales que lentamente se han ido formando en nosotros sobre el orden, las conveniencias, la jerarquía, la sociedad y el mundo...

Tenga usted en cuenta que la obra más profunda y más laboriosa de la civilización humana es el gesto. Los historiadores futuros, al revés de los presentes, no dirán ni una sola palabra de guerras, dinastías, príncipes, Parlamentos, leyes y revoluciones; toda su atención y todo su arte convergirá en el estudio minucioso y exacto de los pequeños gestos elaborados poco a poco: en el saludo, en el modo de andar, en la manera de decir una cosa, o de negar esto o de afirmar aquéllo; en cómo cerramos una puerta, nos sentamos en un sillón, o nos reclinamos en un coche, u ofrecemos un cigarro, o llevamos el bastón, o nos ponemos el sombrero, o rasgamos el sobre de una carta que acabamos de recibir, o sonreímos ante una hipérbole, o toleramos una insidia... Ya sabe usted que un psicólogo, con sólo presenciar uno de estos detalles, es capaz de declinar, de construír la mentalidad de la persona en quien ha sido observado. Por otra parte, usted no ignora que en la vida moderna todo va trabado, ensamblado, formando ambiente más o menos denso, y que el gesto con mezcla, en concatenación fatal, ineludible, con las inflexiones de la voz, con los movimientos y con la indumentaria. Y es esto tan cierto, que si uno de estos elementos falta en la síntesis suprema, toda la obra se derrumba y arruina... Y dicho esto, imagine usted que a uno de nues-

tros ciudadanos que perora en el Parlamento, o que redacta temibles artículos de fondo, o que escribe hondos libros de estética o de filosofía; imagine usted que, durante un momento tan sólo, se le hace andar desnudo un paseo entre la multitud. ¿Cuál será su actitud? ¿Cuáles sus movimientos? ¿Cuál su gesto?

A este hombre, al ponerle en tal trance, le hemos despojado bruscamente de la obra noble y dignificadora que la civilización, a través de siglos y siglos, de millares y millares de años, ha ido elaborando en la esfera del gesto y del ademán. Y vea usted aplicado ya claramente por qué, si la masa media no tiene inconveniente en bañarse en playas como éstas, en cambio, aquellos hombres cuya misión es marcar la ruta de las sociedades, y en los cuales se ha de compendiar lo más elevado del intelecto humano; aquellos hombres, repito, tales como un prelado, un autor célebre, un gran estadista, un poeta eminente, no saldrán jamás de una casilla para pasear desnudos ante la multitud, que les contempla estupefactos.

El señor Quijano ha callado. Aumentaba la animación de la playa. El sol lucía radiante sobre la inmensa llanura azul; venían ligeras, con sus penachos blancos, las olas.

Y el señor Quijano ha concluído luego con voz trágica:

—Y vea usted también, en resumen y para fin de cuenta, cómo bañarse en el Sardinero es realizar una obra anárquica, subversiva, profundamente antisocial...

MADAME LA FLEUR

—¿Vous avez froid, madame?
—Non; j'ai spleen, monsieur.
—Tres bien, madame.
—Non; tres mal, monsieur.

Apesadumbraos; gemid; llorad; mesad vuestras barbas; poned ceniza en vuestros cabellos... ¡Madame La Fleur está aburrida! Y, ¿quién es madame La Fleur? ¿Qué hace aquí, en estos sitios? ¿De dónde viene? ¿Viene de París, de Ostende, de Biarritz, de Monte-Carlo, de Baden-Baden, de Trouville? ¿Viene, acaso, contristada, mohina, renegando de España, maldiciendo su sino, de San Sebastián, ciudad austera, ciudad rígida, ciudad inflexible, ciudad implacable? Madame La Fleur está en la terraza del balneario. Hace una tarde bronca. El cielo está gris; el mar está revuelto. Y grandes nubes plomizas, densas, pesadas, lentas, ruedan y ruedan en lo alto, se entrechocan, se funden, se confunden, destacan en nuevos vellones densos y lentos. Y en el piélago glauco, las olas braman, y llegan corriendo, prestas, im-

petuosas, hasta la arena ancha, donde se explayan en espumas que saltan... Madame La Fleur mira el cielo, mira la lejanía del mar, mira la arena, mira los peñascales negros, mira los faros que allá, entre las brumas, comienzan a parpadear con sus ojos misteriosos, inquietadores. Y madame La Fleur baja lentamente la cabeza. Y sus ojos, vagos, se fijan en un libro de Maupassant—*Sur l'eau*—que tiene entre las manos. Y en todo su semblante se retrata una tenue tristeza, un imperceptible fastidio. ¿Por qué? ¿Por qué madame La Fleur no está en Biarritz, ni en Ostende, ni en Monte-Carlo, ni en Trouville, ni en Baden-Baden? ¿Por qué, hombres crueles, damas austeras, madame La Fleur no puede pasearse, rítmica y flexible, sobre los asfaltos donostiarras?

Yo os diré que madame La Fleur es rubia, de un rubio espléndido, de un rubio veneciano, y que sus labios son chiquitos, gordezuelos, rojos, y que sus pestañas son largas, arqueadas, y que su busto está suavemente henchido, y que su andar es lento, pausado, gentil, armónico. Pero si os acercáis a ella, si habláis con ella, no veréis ni sus labios, ni su busto, ni su cabello áureo; sólo veréis, con sugestión súbita e indomable, sus ojos anchos y melancólicos que contemplan el mar, y el cielo, y los peñascos. ¿Por qué está triste madame La Fleur? Madame La Fleur es una nota extraña en el Sardinero. ¿Comenzáis a sospechar el motivo? Santander es una ciudad sosegada, metódica, profundamente provinciana. El veraneo no logra desasosegarla y conturbarla; otras ciudades—como San Sebastián, como, en otro orden, Alicante—, durante un mes, durante dos, durante tres, pierden, al

llegar esta época, su fisonomía normal, su ambiente peculiar, sus hábitos, sus costumbres, sus características tradicionales y hondas. Parece que un ambiente nuevo y fugitivo se ha formado, en que cosas, hechos y detalles que en otros días del año desentonarían formidablemente, ahora son corrientes y naturales. La vida es ya distinta; el método cotidiano ha cambiado; son otros los gestos; hasta son otras las palabras, y las inflexiones de la voz, y las cortesías, y los saludos.

Mas en Santander—y éste es su encanto—no ocurre lo mismo. El ambiente secular no ha sido roto. El Sardinero está lejos; la ciudad permanece ajena al ajetreo de los veraneantes. Y aunque en la distante barriada que se extiende frente a las playas una atmósfera mundana y elegante parece, a primera vista, que se ha creado en torno a las fondas y a los chalets, pronto, bien pronto, os percatáis de que estáis en un pueblo castellano; es decir, calmoso y metódico, y de que todas estas gentes que os rodean son excelentes caballeros, buenas señoras, adorables muchachas, venidos de León, de Valladolid, de Palencia, de Zamora, de Burgos. Y entonces véis también que aquí un cosmopolita no armoniza, y que los ademanes y los gestos son los mismos que vemos en las callejuelas tortuosas, en los porches vetustos de las plazas, en las estancias seculares, llenas de fanales, ramos y cajitas de conchas...

¿Comprendeéis ya la melancolía irreprimible de madame La Fleur? Madame La Fleur siente pesar sobre ella este medio prosáico, patriarcal, provinciano. Y ved cómo se muestra sólo en las horas grises del crepúsculo vespertino, y cómo pasea lenta, cansada,

por la terraza del balneario, haciendo crujir sus sedas claras y estrepitosas, y cómo se sienta, al fin, junto a la balaustrada, con el libro, que no lee nunca, entre las manos.

Y en tanto, las olas llegan rugientes, formidables, con roncos sones de tormenta. Y el cielo se ennegrece. Y la luz del faro, a intervalos simétricos, amengua, crece, vuelve a disminuir, vuelve a crecer, como una esperanza que se disipa y que retorna...

U N A S V I E J A S

¿Quiénes son estas viejas? ¿Cómo son estas viejas? Son negras, son cenceñas, son encorvadas, son silenciosas, son anónimas: son *unas viejas*. Es domingo; cuando habéis dado un paseo, por la mañana, a lo largo de los muelles y habéis visto estas barquichuelas pequeñas que se llaman *Conchita*, *Pepa*, *Rosa*, *Dolores*, y estas polacras blanquecinas en cuyas popas leéis tal vez: *Rhenania*, o acaso *Le Baltique*; estas polacras lentas, vetustas, majestuosas, que vienen de luengas costas y os hacen soñar en románticas aventuras; cuando habéis explayado un poco vuestra imaginación contemplando el mar, los barcos, las jarcias enrevesadas, los timones, las poleas que chirrian, las chimeneas que lanzan humo, las ventanas redondas de las cámaras, los faroles que han de brillar por la noche en la inmensidad fosca; cuando ya habéis pasado y repasado vuestra vista por todo esto, os retiráis al interior de la ciudad. Mas ya lleváis en vuestro espíritu el germen del ensueño y del desvarío sentimental. Y entonces váis viendo los escritorios con sus rejillas, donde los tratos y contratos se realizan; las tiendas, los zaguanes, los almacenes anchos, som-

bríos, llenos de mercaderías que los barcos han portado, en tumbos y retumbos, desde extraños países... Las ciudades marítimas tienen una faz especial, inconfundible. Su aire es otro aire; sus tipos son otros tipos, y hasta el olor que en ellas se percibe es otro olor. La niebla, el aire recio y salitroso, el humo, la lluvia, han ensombrecido las paredes. Los porches de las casas son foscos; largas y anchas chorreaduras negras destacan bajo los balcones y las cornisas; una gasa tenue empaña, a determinadas horas, el aire; y de los depósitos, de los comercios, de los vapores, se escapa y envuelve a la ciudad toda un hálito penetrante de brea, de hulla y de salazón.

Pero recorramos la vieja capital montañesa. Nuestros ojos lo observan y lo remiran todo. Tras una callejuela entramos en otra; un momento nos detenemos ante un vetusto caserón solariego, antigua mansión de un rancio hidalgo. Los muros son negros; un blasón sobre la puerta; los balcones son de gallardas barras de forja, y en la baranda, recostada, soñadora, una montañesita hace destacar sobre la negra piedra su cuerpo grácil, vestido de azul claro. Un instante permanecéis sugestionado por este contraste, profundamente estético, de la centenaria mansión, hosca y fornida, y la linda criatura, juvenil y delicada. La niña os mira; vosotros la miráis absortos, perplejos. Diríase que una de esas misteriosas corrientes todavía arcanas para nosotros, acaba de crearse entre la beldad desconocida y el transeúnte forastero. Pero cuidad de no engañaros: los cristales del balcón acaban de cerrarse. Y vosotros, un poco contrariados, proseguís vuestro camino pensando que las casas son tiranos

que nos domeñan. y que este viejo palacio ha recobrado otra vez, brutalmente, la bella y melancólica prisionera que por un instante se había asomado a contemplar la vida.

Continuad en vuestra peregrinación a través de callejas y de plazuelas. ¿No queréis entrar en las iglesias? La catedral se yergue ante vosotros. No es una mole airosa, libre, que se destaca solitaria en un ancho ámbito. La catedral de Santander es única. Hay algo en ella de fortaleza, algo de caserón feudal, algo de monasterio. Desde abajo, desde la calle, véis unas escaleras, abovedadas, que se empinan hasta una puerta. Ascended por ellas. Estáis en la entrada de un claustro. Dad unos pasos por él. Os encontráis en el pórtico de la catedral. Y cuando penetráis en ella véis un espacio reducido, de tres naves, cerrado por una bóveda de sillares que unos pilares ventrudos, hinchados, sostienen. ¿A qué causa obedece el que esta catedral os dé la impresión de una mole que se va a desplomar sobre vuestra cabeza? ¿Es por las grietas de sus muros? ¿Es por la irregularidad de sus techumbres? ¿Es por el agrandamiento de sus columnas? ¿Es por el desnivel de sus líneas? ¿Es por el color de vetustez profunda que el bronco salitre del mar ha puesto en sus sillares?

Salid del edificio; ya habéis oído—como en todas las catedrales—el coro monorrítmico de los canónigos, y el golpeteo de la pértiga sobre las losas, y el *tintín* de una campanilla en un altar lejano. Salid al claustro; salid luego a la escalera abovedada. A la derecha, otra bóveda a modo de claustro exterior os conduce hasta una puerta. Unos mendigos están

sentados en los umbrales. Vosotros entráis. Y entonces os sobrecoge una sensación extraña, honda: os halláis en otra catedral construída debajo de la anterior; en una catedral de bóvedas terreras, achaparradas, negras, con columnas gruesas y rechonchas. Un olor de humedad satura el aire; en la foscura parpadea una lucecilla, y por una angosta ventana, a través del muro macizo, ancho, apenas se cuela una claridad tenue, difusa.

Y veis unas viejas negras, cenceñas, acartonadas, inmóviles, silenciosas, delante de los negros retablos. Y sentís que vuestro espíritu vibra al contacto de una fuerza desconocida, avasalladora. Habéis recorrido los muelles, habéis visto los escritorios, los comercios, los almacenes; habéis entrado en un café; habéis atravesado un mercado rumoroso y pintoresco... y no habéis sentido el alma de Santander. El alma de la vieja ciudad marítima está en este paraje. Bajo estas bóvedas, a través de siglos y siglos, las deprecaciones de generaciones y generaciones de creyentes han formado como un ambiente de ansiedad y de esperanza y de consuelo, que permanece aquí encerrado, condensado, contenido por el achaparramiento de las bóvedas, favorecido por las penumbras perdurables.

Y estas viejas negras, cenceñas, silenciosas, anónimas, son las mismas viejas de hace ciento, doscientos años, trescientos años; unas viejas eternas, que oran del mismo modo, que piden las mismas cosas, puesto el pensamiento en el mismo mar tempestuoso que se columna desde la puerta. Y cuando vosotros las contempláis, veis en ellas condensada la fuerza de Can-

tabria—fe y esperanza—y véis moverse a lo largo del tiempo la masa sólida y eterna, innominada, que ha puesto uno sobre otro estos bloques, y que ha levantado los parapetos de los muelles, y ha creado la ciudad, y ha surcado y resurcado los mares...

EN SANTANDER

EL DIA Y LA NOCHE

Yo quisiera expresar con palabras sencillas todo el encanto que las cosas—un palacio vetusto, una callejuela, un jardín—tienen a ciertas horas. Esta vieja ciudad cantábrica ofrece también, como las ciudades del interior, como las ciudades levantinas, momentos especiales, momentos profundos, momentos fugaces en que muestra, espontáneo y poderoso, su espíritu... Son las ocho de la mañana: si sóis artista, si sóis negociante, si queréis hacer una labor intensa, levantáos con el sol. A esta hora la Naturaleza es otra distinta a la del resto del día; la luz refleja en las paredes con claridades desconocidas; los árboles poseen tonalidades de color y de líneas que no vemos en otras horas; el horizonte se descubre con resplandores inusitados, y el aire que respiramos es más fino, más puro, más diáfano, más vivificador, más tónico. Esta es la hora de recorrer las callejas y las plazas de las ciudades para nosotros ignoradas. Estamos en Santander. ¿Hacia dónde dirigiremos nuestros pasos? Dejad los planos; dejad las guías; no preguntéis a nadie. Tal vez

el viajar a la ventura por el laberinto de las calles es el mayor placer del viajero. Y ocurre que si visitáis Toledo, o Sevilla, o Burgos, o León, insensiblemente, sin daros cuenta, llegará un momento en que os hallaréis frente a la catedral, ante una puerta gótica en que habrá mendigos sentados que gimotean, viejas dobladas y tullidas, hombres con redondos sombreros y capas parduzcas, tal como Gustavo Doré los ha trasladado a sus dibujos. En Santander también os encontráis, tras breve caminata, en los umbrales de la vetusta portalada.

Y entráis en la catedral. La catedral de Santander es sencilla y pequeña; mas en su misma pequeñez y austeridad tiene un poderoso atractivo, que no poseen aquellas otras suntuosas y anchas. Las tres naves están en estos instante desiertas; un reloj, sobre el coro, lanza unas agudas campanadas. Y lentamente van asomando los canónigos... ¿No os interesan los canónigos? Yo os aseguro que son interesantes: hay entre ellos una variedad grande. ¿Quién es éste de la cabeza fina, pelada, y de los ojos grandes, luminosos, que anda raudo, callado, con las manos sobre el pecho? ¿En qué viejo caserón vive? ¿Qué hace? ¿Cuáles son sus ideas? ¿Qué libros tiene en su estante? En una de las grandes catástrofes morales de la vida, ¿cuál sería su primera actitud, su primer ímpetu, su primer gesto? Tal vez vosotros, viéndole andar majestuoso, sigiloso, os figuráis tener delante uno de aquellos grandes psicólogos españoles—dominicos, agustinos, simples clérigos—que, como fray Diego Murillo o fray Antonio Arbiol, escribieron tan sutiles tratados de cosas de la conciencia, que aun hoy, entre los grandes

analistas contemporáneos, no encuentran superiores... Mas ya esta misteriosa figura se ha perdido en el coro; otra solicita vuestra atención. Y es un hombre sano, corpulento, que marcha con un tantico de movimiento a un lado y a otro, y que, como el arcipreste de Hita, tiene encendido el color, el pescuezo recio y las cejas pobladas. ¿Quién este canónigo?—os tornáis a preguntar—. ¿En qué estancia hará resonar sus sonoras carcajadas? ¿Amará, con franco y sano amor, como Juan Ruíz, las troteras y danzaderas? ¿Le placerá, como a Juan Ruíz, correr por las ferias de los viejos pueblos en compañía de ruidosos estudiantes nocherniegos? Y si lee, por acaso, alguna vez, en los ratos de aburrimiento, ¿qué es lo que leerá? Y esta figura, como la anterior, se pierde por la puertecilla del coro. Otra aparece. Es un mozo joven, acaso desgarbado; pero vivo, pronto, ligero, nervioso... ¿De qué pueblo ha salido este mozo? ¿Qué paisajes han visto sus ojos en la infancia? ¿Qué mujeres, enlutadas, sollozantes, le han besuqueado y le han apretujado en sus brazos siendo niño y le han llevado luego a los largos claustros sombríos, monótonos, del seminario. Y van saliendo, saliendo todos los canónigos y refluyendo hacia el coro. De pronto, una larga y sonora melopea resuena bajo las bóvedas; los altos ventanales dejan caer suaves resplandores azules, amarillos, rojos... Y vosotros, absortos, sumidos en la penumbra, dejáis vagar libremente el espíritu. Y pensáis que esta catedral de Santander, junto al muelle, frente a la implacable legión de los barcos que van y vienen despreocupados por el planeta, es en medio de tales tráfagos mundanos, como un oasis de la fe, del reco-

gimiento, de la meditación y del dolor. Y ésta es la nota que a esta hora y en este lugar encontraréis aquí vosotros... Cuando volvéis a trasponer la puerta, bajáis las escaleras abovedadas y os encontráis en plena calle. Ha llegado otro momento supremo. Paraos un momento. Volved la vista. Esta calle se llama del Puente; es corta; pero hay a esta hora en ella una sugestión profunda. Apenas si transcurre alguien de cuando en cuando; las ventanas están abiertas de par en par, como para recibir la frescura matinal; los muros son negruzcos; oís los trinos de un comercio; en los miradores de cristales véis las mecedoras en reposo, y en el fondo de la vía, cerrando la vista, como una decoración de teatro, destaca airoso sobre la escalinata el torreón de la catedral, ancho, fornido, negro, con la redonda y blanca esfera del reloj en lo alto. Una grata sensación de íntima y profunda armonía—la armonía de las cosas—os hace permanecer inmóviles un momento. Pero todavía una nota final, suprema, ha de acabar de completar vuestra visión. A la derecha, frente a vosotros, hay una farmacia. No pone *farmacia* el rótulo áureo de su dintel; esto quizás desentonaría un poco. Las letras rezan castizamente: *Botica*. Y dentro véis que todo está limpio, simétrico, que el piso es de azulejos diminutos, y que los botes son blancos, con sencillos dibujos, pintorescos. Y observaréis que no hay nadie en la botica. Y a vuestro espíritu vienen, evocadas por el recuerdo, sensaciones de niño; figuras de señores ya muertos, que habéis visto en otras boticas; cosas que habéis oído leer allí, en voz alta, en periódicos; discusiones sobre temas que entonces no comprendíais, horas plácidas,

sedantes, pasadas en la trastienda sombría, húmeda, mientras en el morterico de mármol va majando un mancebo y remezclando mixturas que esparcen por el aire aromas extraños...

¿Dónde ir después de haber gozado de esta sensación íntima? El día va avanzando. Yo no quiero fatigar vuestra atención con un examen minucioso del horario diurno; esto no es un libro, es un artículo de periódico, en que por fuerza se han de condensar y sintetizar las cosas. Saltemos al crepúsculo vespertino. ¿Habéis paseado a esta hora, en Santander, por la calle Blanca? La calle Blanca y la de San Francisco son una misma calle; le llamaremos a toda ella la calle Blanca. Y bien; vosotros conocéis la calle Blanca; vosotros, en Granada—donde se llama el Zacatín—y en Murcia—donde lleva por nombre las Platerías—y en otras ciudades, habéis visto una calle como esta calle. En nuestras viejas urbes españolas no hay nada más típico, más original, más consustancial con la raza y con el medio. La calle Blanca es una calle estrecha, torcida, embaldosada, formada por dos líneas de casas altas y viejas, llenas de tiendas y bazares en sus pisos bajos. No envidiéis las anchas, simétricas y mundanas vías de las grandes capitales universales; no oigáis a los modernos y terribles arquitectos que miran con ojos furibundos las pintorescas sinuosidades, desniveles y altibajos de las calles vetustas. Si sois artista, venid aquí; pasead por la calle de la Blanca, o por el Zacatín, o por las Platerías, a la hora del crepúsculo, cuando la estrecha cinta que se ve en lo alto va palideciendo y cuando comienzan a encenderse las luces de las tiendas. A esta hora toda

la intimidad, toda la sonoridad de estas calles parece que se intensifica y que redobla. No es una calle; es el corredor de una casa. Los edificios todos diríase que se han fundido momentáneamente en un mismo pensamiento; las tiendas, ya encendidas todas, dejan escapar hacia la angosta vía su espíritu, contenido durante el día, y algo jovial, algo expansivo, algo que os hace dudar como en una atmósfera de bienestar y de novedad, se difunde en el aire.

Pasead, pasead cuanto queráis por la calle Blanca. Y cuando ya este instante en que los comercios muestran su alma vaya pasando, volved a casa. Si vivís en el Sardinero, otro espectáculo se os va a ofrecer, a las nueve, a las diez, cuando la noche vaya avanzando. Esta es la hora que podríamos llamar de *las ventanas iluminadas*, y que podría dar tema para un hermoso libro a un poeta que fuese a la vez analizador y fantasista. Es la hora en que las ventanas cobran la plenitud de su vida, en que de la inercia, del apaciguamiento, de la opacidad en que han estado durante el día, pasan a la acción, a la elocuencia. En el Sardinero, en el grupo formado por los chalets y los hoteles, todas las ventanas irradian en estos momentos sus claridades, destacándose en unos cuadros de luz, formando en el cielo fosco, con los múltiples y joviales resplandores, un nimbo de tenue claridad, que se va gradualmente perdiendo en las alturas. En el horizonte tenebroso, el faro del Cabo Mayor se enciende con un vivo reflejo, decrece, torna a encenderse; y el otro, faro diminuto de la Magdalena, inmóvil, uniforme, aparece como un diminuto diamante en la negrura... Mas bajad a la playa; no podréis gozar de todo el

misterio de este espectáculo si no contempláis las ventanas desde la fosca lejanía.

La playa está desierta; durante las primeras horas de la noche el mar se ha ido retirando lentamente. A lo lejos, en la noche negra, aparece acá y allá, casi apagada, la nota blanca de la espuma que el oleaje levanta. Se oye el rumor sonoro, incesante, ronco, pavoroso, de las ondas que llegan. Alejáos más; caminad hacia adentro; corred... Ya la claridad pálida, verde, de las luces del gas surge radiante por las ventanas henchidas de vitalidad, allá, a lo lejos; delante de vosotros, la negrura se abre inmensa; a intervalos, en el confín remoto, fulgura tenuemente un relámpago; el estrépito formidable de las olas eternas atruena el aire. Y de pronto oís un grito largo, largo, desgarrador que os sobrecoge. Y en la ancha zona de arena encharcada, véis, inmóvil, el vivo reflejo luminoso de las distantes ventanas verdes...

Y vosotros recogéis absortos toda esta síntesis profunda de ruidos, de claridades y de sombras. El faro de Cabo Mayor prosigue con su parpadeo lento. ¿Qué dice con su luz en este momento este faro? ¿A qué espíritus perdidos en la inmensidad habla? ¿Qué ojos le miran desde la noche infinita y qué ansiedades y conturbaciones aplaca? Acaso en las tinieblas inmensurables que se abren delante de vosotros, divisáis una microscópica lucecilla. Vuestro corazón se oprime. La lucecilla imperceptible aparece, desaparece, va corriéndose poco a poco hacia la derecha. En el fondo, surge la claridad leve de un relámpago; el ronco zumbido de las olas prosigue...

Y las horas han ido pasando, ha disminuído el nim-

bo resplandeciente de las ventanas: una tras otra van desapareciendo, apagándose. Hay durante todas estas horas de prima noche algo como una lucha, como una porfía, entre las ventanas, el faro y el oleaje. Pero las ventanas son más débiles; son inconstantes, son delicadas; son volubles. Y así van cediendo, como con cierta ironía, elegante y plácida, ante la constancia inquebrantable del faro y ante la tozudez indómita de las olas. Y ya todos los cuadros luminosos han desaparecido. Un profundo silencio, una densa oscuridad reina en el mar y en la costa. Y entonces, ya solos, frente a frente, en el misterio de la noche, comienza el coloquio—símbolo eterno—entre el faro——que es la fuerza del hombre—y el oleaje inquieto y perdurable—que es la fuerza de la Naturaleza.

E N O N T A N E D A

LOS QUINQUES

Otra vez, por sexta, por octava, por vigésima, por centésima vez, me contemplo inmóvil, silencioso, inclinado sobre una mesilla de pino, con negro tapete de hule, ante las blancas cuartillas, entre cuatro paredes, que son las paredes implacables, feroces, del cuarto de un hotel. Pero estoy satisfecho; pero siento una íntima alegría; pero noto una resurrección, poderosa y jovial, de los viejos recuerdos de la infancia. Vosotros preguntaréis: ¿Por qué? Y os diré que si Cestona os produce la impresión de un modernísimo colegio de jèsuítas, simétrico, limpio, brillante, pulido, iluminado, Ontaneda, en cambio, os trae al espíritu la idea de un colegio prosáico, castizo, patriarcal, destartalado, de escolapios. Ya el tren que os conduce desde Santander al balneario os prepara a la nota dominante, única, suprema, de esta casa: las tinieblas. El tren no tiene luces en sus coches; el tren camina fosco por la campiña fosca. La tarde ha ido muriendo; comienza el crepúsculo. A uno y otro lado de la vía se extiende el paisaje verde, suave, me-

lancólico, de la montaña. Y véis que ya no es el panorama augusto, de cañadas, de valles, de barrancos y de honduras que en la tierra vasca contemplasteis: el horizonte se ha dilatado; tal vez la campiña es algo más severa; anchos bancales de maíz ensamblan con praderías llanas, uniformes; una ringla de álamos finos corre por un lindero; aparece una casa, otra casa, otra casa solapada entre el boscaje; un humillo tenue, azul, sube recto, diluyéndose en el cielo violeta, y se oye a lo lejos, mientras el horizonte va palideciendo, ensombreciéndose, el sonsoneo de una campana, que parte de una aldea y llega, en el correr del tren, un instante a nosotros.

Y el tren corre y corre; pasa ahora junto a la fronda de una arboleda; por entre los claros del ramaje aparece el espejo fulgente de un ancho río; cruza después, con formidable estruendo, sobre un puente de hierro que vadea un dilatado cauce pedregoso; se detiene en una estación solitaria, callada, en que el profundo reposo deja oír sonoramente los pasos en la arena; torna a emprender la marcha, y de nuevo atraviesa boscajes tupidos, praderías, oteros, y otra vez la luminaria rápida y viva de la locomotora reverberá un momento, con resplandor rojizo, en las paredes de las casas que guarnecen la vía...

La noche ha llegado. Sobre el cielo fuliginoso se recortan a lo lejos, confusamente, las siluetas de las montañas; aúlla un perro con plañidero aullido; las estrellas parpadean misteriosas; una lucecilla fulgura, acá y allá, en la campiña ensombrecida... Y el tren aminora su marcha, se detiene en una estación diminuta. ¿Es esto Ontaneda? Saltad del coche; estáis

en Ontaneda. Y yo os pregunto: ¿qué preferís vosotros, entrar en una población, en un paraje que desconocéis, durante el día, a plena luz solar, o hacer irrupción de noche, cuando las sombras han de daros una visión incompleta, fantástica, caprichosa, de tal ciudad o tal paraje? Yo prefiero hacer mi entrada entre sombras; a estas horas las cosas han variado por completo; a la exactitud ha sucedido la vaguedad; los sonidos han adquirido un relieve extraordinario; un resplandor, una sombra, el chirrido de una puerta, el canto de un ave nocherniega, un golpazo, una canción, os llevan durante un momento por las regiones de lo desconocido y del ensueño. Y si estáis en una vieja ciudad, vais vagando absorto, perdida toda noción de tiempo y de espacio, por las callejas y las plazuelas, parándose ante las portaladas lóbregar, asomando la cabeza en los zaguanes negros y silenciosos, prestando atención a las voces y a los ruidos que se perciben tras las maderas de una ventana... Y si estáis en una casa desconocida, hacéis sonar vuestros pasos en los corredores; pasáis por las salas oscuras, que no sabéis adónde conducen; os detenéis en una puerta que tal vez os lleva a la misma sala porque acabáis de cruzar; os imagináis, en fin, un laberinto misterioso de estancias, gabinetes y pasillos que, a la mañana, la luz del día quizás va a disipar.

Pero a mí estas visiones fantasmagóricas me placen. Las cosas no son lo que en realidad son, sino lo que a nuestro espíritu dicen en el momento en que las vemos. ¿Qué importa su realidad verdadera? ¿Podremos conocer jamás su esencia? Y esta sensación deformada, fantástica, que yo ahora tengo de tal paisaje

o de tal interior, ¿no será tan verdadera y de tanto valor estético como la otra sensación que nosotros creemos, con fundamento indiscutible, que es la exacta?

Mas estamos, lector, en la estación de Ontaneda; descendemos de la esfera de la filosofía a la realidad apremiante. Yo entrego mis maletas a un mozo. Comenzamos a caminar hacia el balneario. El campo está silencioso, negro; se oye la nota cristalina de un sapo; se ven las claridades de las tres ventanas iluminadas. Marchamos por un ancho camino que da una vuelta rápida.

—¿Está muy lejos el balneario?—pregunto yo.

—Este es—me dice el mozo, señalando un enorme edificio.

Y doblamos la esquina. Y franqueamos la ancha puerta. No hay nadie. Yo veo un ancho salón, oscuro, con techumbre de madera, sostenida por arcos y vigamentos que semejan moriscos. ¿Dónde he entrado? ¿Qué es esto?—me interrogo a mí mismo. ¿Es esto la Alhambra? ¿Es el salón de algún feroz y voluptuoso abencerraje, o la estancia encantada de una Fátima prisionera? Pero unas densas tinieblas y un profundo silencio me sobrecogen; mis pasos retumban roncamente sobre las tablas; veo en lontananza una luz mortecina, como un faro remoto, y oigo un confuso ruido de platos... Y sigo caminando, caminando casi a tientas por el ancho y temeroso ámbito. Y subo por unos escalones: las tinieblas se han disipado un tanto; estoy en un ancho rellano de madera, alumbrado con claridades vagas, opacas. ¿Dónde está el conserje, el administrador, el director o los sirvientes? Espero

un momento: a la derecha se abre un pasillo; por la izquierda se aleja otro pasillo. Y de pronto, como una aparición mágica, sobrenatural, se abre una puerta blandamente y una señora aparece silenciosa, sonriente, vestida de negro. ¿Quién es esta dama distinguida, tan discreta, con su sonrisa afable, con su aire de bondad? El maletero calla con sus maletas en las manos; yo callo también. Un silencio denso reina en todo el salón. Y la dama, inmóvil, afable, sonríe, acaso irónicamente, ante mi estupefacción profunda. ¿Cometeré yo una indiscreción preguntando a esta dama si hay cuarto en el hotel? Yo formulo tímidamente la pregunta:

—Señora, ¿hay habitación en el hotel?

Y ella entonces sonríe más amable que antes, y me dice:

—Sí, sí; suban ustedes al piso segundo y díganle a Eloísa que les enseñe la habitación de los señores que se han marchado esta tarde...

Y subimos. Pero Eloísa no parece por parte alguna, y el maletero, desde lo alto de la escalera, lanza, para llamarla, largos y estentóreos gritos, que repercuten en los anchos pasillos como el lamento de un muezín. Y yo, en tanto, me precipito hacia las tinieblas y voy caminando hacia lo desconocido, sobre el sonoro pavimento de tablas... ¿No he hablado yo en otra parte de estos salones anchos, silenciosos, desiertos, del colegio? Hay algo en ellos inconfundible: hay algo en ellos que no acertamos a explicar, que no podemos definir, y que, sin embargo, cuando por acaso, al correr de la vida, lo encontramos en otro salón, experimentamos un ligero sobresalto nervioso, y ex-

clamamos: «¡Esto es!» Y *esto*, ¿es el ruido que nuestros pasos hacen sobre las tablas y que es el mismo ruido que hacían nuestros pies de muchacho en aquellas antiguas tablas? ¿Es la penumbra que vela la lejanía, que borra los ángulos, que pone misterio en las puertas y en las ventanas? ¿Es el silencio profundo, denso, peculiarísimo de estos parajes, silencio sobre el cual tenemos la instintiva convicción—y ésta es, quizás, su característica—de que no ha de ser por nada turbado y de que acaso sólo puede ser roto por un campaneo remoto, o por las lejanas, opacas, lánguidas notas de un piano? ¿Es la luz difusa, mortecina arcaica, de estos vetustos quinqués de petróleo, que no habíamos visto desde nuestra infancia de colegial, y que ahora volvemos a contemplar aquí en Ontaneda? Sí, acaso estos quinqués hayan hecho surgir en nosotros los días pasados en los claustros, el ruido de los pasos sobre las tablas, las penumbras, el sonsoneo de una campana, las paredes blancas, el silencio profundo...

Y cuando bajamos al comedor, esta visión se acaba de perfilar y completar. Otra vez discurrimos por los anchos escalones de madera; bajamos al piso principal. Los anchos corredores se extienden a la derecha y a la izquierda; un quinqué vigilante, viejo quinqué, quinqué cansado, esparce, pendiente del techo, un vago círculo de claridad discreta y deja sumidos en la sombra los largos corredores... Y descendemos a la planta baja: otro quinqué, igualmente venerable, igualmente discreto, forma en su rededor también un nimbo tenue de luz opaca. Y avanzamos por el corredor de la derecha, y vemos una puerta entornada; pe-

netramos por ella. Estamos en el comedor; es decir, estamos en un inmenso salón oscuro, en uno de cuyos lados se percibe un vago rumor y se logra ver confusamente dos filas de cabezas que se inclinan y destacan sobre un largo manchón blanco. Y sobre ellas, arriba, otros cuatro quinqués, graves, impasibles, solemnes, derraman la misma claror melancólica y turbia. Y se distinguen brazos que se remueven, manos que aletean sobre el mantel, cráneos pelados que despiden un débil reflejo. Y una sombra negra, tétrica, se os pone al lado y os aporta una fuente sobre la que vosotros habéis de bajar vuestra testa para cerciorarros de si esto, en realidad, es una fuente en que os traen manjares o es otra cosa...

Y cuando habéis cenado, salís de este salón lóbrego y echáis por el pasillo largo. Ya el quinqué fugitivo del fantástico salón árabe por donde habéis hecho vuestra entrada ha sido apagado, y en la hondonada percibís una hórrida negrura. Pasad hacia adelante; a lo lejos, por una puerta abierta de par en par, divisáis un piano. En el salón de fiestas, sumidas en la sombra, tres, cuatro figuras aparecen en los divanes. Un vago asomo de aburrimiento comienza a iniciarse en vuestro espíritu. Entonces volvéis a ascender por las anchas escaleras, tornáis a contemplar el quinqué viejo, simpático, del piso primero; después veis el otro quinqué, igualmente vetusto, sugestivo, del piso segundo. Vuestros pasos resuenan, como antes, terriblemente, sobre el pavimento. Avanzáis por entre las tinieblas en busca de vuestro cuarto; encendéis un fósforo para aseguraros de que es éste y no otro. Y cuando os halláis ante las cuartillas, iluminadas por

los ténues reflejos de una vela, cogéis la pluma y decís: «Voy a expresar rápidamente la impresión que este balneario de sombras en que toma las aguas el insigne orador don Antonio Maura, me ha producido...» (1).

---

(1) En la primera página en que aparecía este trabajo, del número de *España* correspondiente al 11 de agosto de 1904, la Redacción del periódico comentaba la noticia dada por sus colegas madrileños de la noche anterior sobre la detención y registro del equipaje de *Azorín* en Ontaneda, confundido por la Policía con un posible Angiolillo, el asesino de Cánovas en el balneario de Santa Agueda. El ilustre escritor, comentando la plancha de la Policía, hubo de escribir los artículos de *La novela de Ontaneda*, con los que dió fin al «Veraneo sentimental» del año 1904. (N. del E.)

LA NOVELA DE ONTANEDA

I

AZORIN NO HA VENIDO

Acabo de llegar a Ontaneda. Hace media hora me hallaba yo en el comedor, sentado en un extremo de la mesa redonda. Comienza el yantar nocherniego. A mi izquierda está un señor calvo, de bigote rubio, alto, fuerte, con grandes ojos claros. Enfrente se halla otro señor de mediana estatura, con retorcido bigote gris, con una mosca gris, nervioso, enérgico, inteligente. Este señor coge la servilleta y, mientras la despliega, le dice al otro:

—¿Ha leído usted unas cartas que manda Azorín al periódico *España*?

El señor interrogado contesta:

—No; no las he leído.

—Ha puesto a Cestona por las nubes—dice el primer señor—; pero ha llegado a Solares y ha dicho horrores...

—Y, ¿no ha venido aún aquí?

—No—replica el mismo señor inteligente del retor-

cido mostacho gris y de la mosca—. Azorín no ha venido aquí...

Cuando la terminada cena y los comensales se han marchado, yo he hecho venir al maestresala y le he dicho:

—¿Quién es este señor que se sienta a mi izquierda, y ese otro señor que se sienta enfrente?

Y el maestresala me ha contestado:

—El señor rubio que se sienta a la izquierda es don Frutos Zúñiga, farmacéutico, antiguo concejal madrileño, y el señor que se sienta enfrente es don Mariano Guzmán, coronel de Caballería.

Y yo, que sí, que he venido a Ontaneda, pienso en la firmeza inquebrantable, en la energía verdaderamente militar con que el señor del bigote y la mosca ha afirmado que no he puesto los piés en Ontaneda. Yo estoy confuso; yo estoy perplejo; yo bebo un sorbo de agua; yo apoyo con fuerza mis piés en tierra; yo pongo mis manos sobre el mantel; yo me palpo luego la cabeza, la cara, el pecho y las piernas. Y yo acabo por negar la realidad subjetiva, y me digo a mí mismo:

—No, no; Azorín no ha venido a Ontaneda.

COMIENZA EL MISTERIO

Y no es, en efecto, Azorín, cronista ligero, observador liviano, quien está en Ontaneda. Un rumor misterioso, vago, naciente, que acaso es imposible determinar y precisar, se ha extendido por el balneario. Ha llegado un bañista extraño, desconocido. Dicen que es periodista. ¿Quién es? ¿Qué va a hacer aquí?

¿Quién le conoce? No le conoce nadie; apenas habla; pasea solitario, silencioso, discreto, por los largos pasillos, por las frondas cercanas. Y, si es periodista, ¿cómo puede un periodista—ya conocéis el tipo vulgar, clásico—, no hablar, no entremeterse, no cuchichear, no interrogar, no hacer reír a las señoras, no bailar, no hacer chistes con los bañistas, no dar su opinión sobre Maura, sobre Silvela, sobre Villaverde, sobre el saneamiento de la moneda, sobre los discursos de Moret? El señor Guzmán, ya en otro sitio de la mesa redonda, allá lejos, me mira por encima de un frutero, de tarde en tarde, con un vago recelo. A mi izquierda, María Bretón me observa con atenta observación, callada y discreta; más lejos, la esposa del maestro se echa de cuando en cuando hacia atrás en la silla y me lanza, rasantes con la espalda de su hija, eternas y ansiosas ojeadas. Y a mi derecha, don Joaquín sonríe, y, tal vez por dilucidar el secreto terrible de mi persona, me habla de *España*. Yo estimo sinceramente al afable astur don Joaquín; su apellido es Valla, y su pueblo natal es el de Infiesto.

—En mi pueblo—me dice don Joaquín—todos leemos *España*.

—Yo también—le contesto—suelo leer ese periódico.

—Ahora—replica él—, ese Azorín anda por los balnearios, haciendo...

Yo vuelvo la cara para que don Joaquín no me vea sonreír, y me quedo sin saber lo que ese Azorín anda por los balnearios haciendo. Mas don Joaquín prosigue, con discretos rodeos, en su empeño de conocer mi nombre. Yo trato, con sutiles revueltas, de conocer

el suyo, para delinear en estas crónicas su silueta. Yo conozco su curiosidad, y no cedo; él advierte la mía, y no cede tampoco. Y, al fin, él pregunta:

—¿Con que no me dice usted su nombre?

Y yo pregunto:

—¿Con que no me dice usted el suyo?

—¡No!—exclama él riendo.

—¡No!—exclamo yo también, riendo y levantándome para salir del comedor.

Y observo, y luego más tarde me lo confirman, que entre la concurrencia ha producido una sorpresa, una extrañeza esta tozudez mía en no revelar mi nombre y mi cognombre.

Y como respondiendo a este estado de los ánimos, apenas me he sentado solo en un ángulo del salón, un señor se me acerca. Es alto, fornido, con barba. Se llama Pons, y es persona dignísima y amable. Hace dos días yo lo había visto en un restaurante del Sardinero, comiendo junto a mí, vestido con el uniforme de capitán de la Guardia civil. Ahora, en el balneario, va siempre de paisano. Y yo le veo andar de una parte a otra, discreto, atento, y hablar jovialmente con los bañistas.

—Perdón—me dice este señor—; me han dicho que es usted redactor de *España*, y quería preguntarle por el comandante señor Pastor, pariente del director del periódico...

Yo no conozco al señor Pastor; pero esto no es óbice para que durante una hora, durante dos horas, estemos charlando afablemente. Yo estoy ante él con el gesto apagado y bobico de un señor que se aburre.

—Joven—me dice él—, es preciso animarse, mover-

se, preguntar. Si no, ¿cómo va usted a aprender el oficio?

Yo pienso que soy un pobre hombre que no sabe nada de periodismo, y que escasamente acierta a aderezar un telegrama. Y él me va preguntando, preguntando de mil cosas de Madrid y de sus aledaños. Y otra vez vuelve a extrañarse de que yo no interrogue a nadie de nada.

—A los bañistas—concluye—esto les está extrañando mucho.

Yo lo deploro con un mohín de desconsuelo, y los dos nos separamos tras cortés charla. Al despedirnos, él no me dice su nombre, ni se me ofrece; yo tampoco me ofrezco y lo dejo sentado en el diván, mirándome, mientras me alejo lentamente con gesto de cansancio...

II

CRECE LA ANSIEDAD

Pero el rumor difuso, vago, impreciso, se ha convertido ya en ansiedad creciente; en expectación inquietadora, que yo observo muy bien, en las miradas, en los gestos, cuando devaneo por los pasillos. «¡Caramba!—exclamo yo, en tanto que voy caminando, silencioso, a pequeños pasos, por los corredores, entre las gentes que me observan—. ¡Caramba! Esto es verdaderamente terrible.»

Y me siento después de la comida en el balneario.

—Dispense usted—me dice, acercándose cortés,

sombrero en mano, un señor vestido correctamente de negro, sonriente—; dispense usted; pero me han dicho que es usted redactor del periódico *España*... Yo estoy suscrito a él; soy el gerente de las aguas.

Yo tengo mucho gusto en conocer al gerente de las aguas. Es el señor Bustamante persona discreta, afable y sencilla. Hablamos largo rato: el tiempo va pasando. Yo le pregunto al señor gerente de las aguas cuándo llegará el presidente. El señor Bustamante duda, vacila, se muestra reservado.

—No sé—dice—, no sé.

Es extraño—pienso yo—; todos los bañistas esperamos al señor Maura esta tarde o mañana, y el señor gerente del balneario no sabe una palabra. Además, el señor gerente acaba de llegar de su casa de Santa Cruz, llamado para recibir al insigne orador. ¿Cómo explicar su ignorancia?

—Pero—torno a preguntar—, pero ¿se hospedará en el hotel?

El señor Bustamante torna a dudar, torna a vacilar, torna a mostrarse reservado:

—Tal vez—dice—, es posible...

Es extraño—torno yo a pensar, ya con cierta inquietud—, es extraño. El señor Maura es un antiguo cliente de la casa; siempre se ha hospedado en el balneario; este albergue es el mejor del pueblecillo; parece lógico, fatal, innegable, que el señor Maura venga a parar al hotel... y, sin embargo, el señor gerente de las aguas, horas antes de llegar el presidente, ignora si se alojará en esta casa...

Nos despedimos cordialmente. Yo doy un paseo por la calle. De regreso al hotel, marcho por los pa-

sillos, subo por las anchas escaleras. Y entonces, al entrar en mi cuarto, experimento, por primera vez, con plena conciencia, una impresión ya vagamente, instintivamente sentida días atrás. ¿No os ha sucedido en alguna ocasión hallaros junto a un piano que toca y no percibir su melodía sino de pronto, en su totalidad, cuando ya hace rato que está sonando? Hoy me he percatado yo, habiéndolo estado viendo hace dos días, de la presencia de este hombre prosaico, vulgar, que tiene su cuarto frente a mi cuarto. Este hombre lleva una boina y un pañuelo liado a la garganta; las características son clásicas. ¿Habré de añadir más? Y este hombre entra en su cuarto cuando yo salgo del mío, y sale cuando yo entro. La coincidencia, indefectiblemente repetida a todas horas, es peregrina. Diríase que estamos jugando al escondite. «Es extraño, es extraño», pienso yo, con palabras ya estereotipadas en mi cerebro, cuando acabo de verle ahora.

Y entro en mi cuarto. Es preciso realizar el trabajo diario. Un momento charlo con la criada, que está acabando de hacer la limpieza. Esta criada, parladorcilla e indiscreta, ¿por quién me toma?

—¡Dios sabe de qué tierra será usted!—me dice esta criada.

Yo río. Sobre mi mesa, libres a las miradas y a los manoseos de los extraños, tengo sólo dos libros: uno, francés; otro, inglés; uno, *Les caracteres*, de La Bruyère; otro, *The industrial arts in Spain*, de don Juan Facundo Riaño. Yo escribo. Decididamente—pienso en los intervalos fugaces de cuartilla a cuartilla, en

tanto que echo una mirada rápida sobre el paisaje espléndido—, decididamente, me estoy moviendo estos días en una atmósfera rara, inexplicable.

EL SEÑOR MAURA, LLEGA

Mas no perduro largo tiempo sobre las cuartillas, que voy llenando rápidamente. Unos cohetes estallan en el aire, sonoros, atronadores. El tren en que viene el presidente va a llegar... La tarde está velada, opaca, gris, cenicienta. Cae a ratos una lluvia menuda, cernida, impalpable. Los bañistas, con sus paraguas, comienzan a desfilar hacia la estación. Se oye un silbido lejano; asoma la locomotora, y entra a ras del andén. Se hace un rápido remolino ante una portezuela. Se oye gritar una voz solitaria: «¡Viva Maura!» Y un señor alto, fuerte, con la barba blanca, puntiaguda, con las mejillas rojas, con los ojos ingenuos, salta ligero y jovial del coche. Detrás descienden dos damas enlutadas; una lleva un ancho sombrero con amplio velo blanco; la otra, con cara compungida y riente al mismo tiempo, tiende las manos con ese ademán de quien no sabe lo que hacer; con ese ademán—ya lo conocéis—de quien está incierto, de quien está ansioso, de quien ha sufrido grandes zozobras y amarguras. Y entretanto el señor Maura sonríe. Un bañista vuelve a gritar: «¡Viva Maura!» Suenan unos aplausos tímidos. Otro bañista vocifera: «¡Viva la esposa del señor Maura!» El grito es, acaso, un tantico largo para ser contestado a coro; mas las dos damas que han venido en el tren sonríen afables.

Y la comitiva avanza hacia el balneario. Y cuando todos llegan al pórtico, durante un momento, agotados ya los saludos, acabadas todas las presentaciones, dadas todas las bienvenidas, prodigadas todas las sonrisas, se hace un silencio de esos inevitables, uno de esos silencios que los habituados a estos lances—hombres políticos, autores célebres—conocen tan bien y que tantas veces han soportado; un silencio que no se sabe cómo romper, en que no se sabe qué gesto adoptar y en que el héroe objeto de todas las adoraciones permanece como anonadado por la expectación que le rodea. Mas estas situaciones, tratándose de hombres avezados al comercio de las muchedumbres, son rapidísimas, fugaces. El señor Maura torna a sonreír; el recibimiento ha terminado. El señor Maura se despide para pasar a sus habitaciones. Y otra vez sus pies se juntan, su cuerpo se yergue y el liviano chapeo es alzado rítmicamente sobre la testa. Llegan y cruzan por los pasillos, por la escalera, mozos con maletas, sombrereras, paraguas. El señor Maura se dirige hacia la escalera y asciende rápido, gallardo, y se pierde a lo lejos en en rellano.

III

LOS POLICIAS REGISTRAN

Yo he ido, como los demás bañistas, a la estación. Allí observo a estos hombres toscos, zafios, de cara angulosa, vestidos zarrapastrosamente, que han llegado los últimos días al balneario. Y noto que siem-

pre que yo avanzo, que siempre que yo doy el menor paso, que siempre que voy de un lado a otro, este hombre de la boina y otro hombre bajo, grueso, rechoncho, forman, indefectiblemente, delante de mí, con sus espaldas unidas estrechamente, como una muralla semoviente que no puedo romper. En el andén, rodeado de los bañistas, está el presidente, repartiendo sonrisas y apretones de manos; yo le observo algo distanciado. Pero intento avanzar un poco para recoger sus palabras, y estas dos espaldas juntas, infranqueables, me cierran, inexorablemente, el paso...

Y en el pórtico del hotel, también separado del grupo, noto durante la pausa que queda dicha, las mismas miradas ansiosas, los mismos gestos de viva suspicacia que esta mañana y ayer he contemplado, y siento ante mí, como en la estación, la barrera de las espaldas.

Pero es preciso telegrafiar al periódico la llegada del presidente. Yo subo a mi cuarto; el señor gordo, rechoncho, como quien no hace la cosa, con esos movimientos peculiares de quien quiere pasar inadvertido y sabe, sin embargo, que es notado y observado; el señor gordo asciende también a la par de mí, por el otro ramal de la doble escalera. Ya en mi cuarto, redacto un telegrama y digo que todos los días, aparte de la crónica postal, mandaré al periódico un sucinto despacho telegráfico, y que este despacho será no un seco extracto de cosas políticas, sabidas, anodinas, sino un resumen vivo, palpitante—tal vez inusitado en la información telegráfica española—de los pequeños gestos, de las andanzas prosaicas, de las palabras corrientes con que el gran orador hable con un

antiguo amigo o exprese su contentamiento ante el paisaje soberbio.

Termino el telegrama. Torno a ver entrar, en el cuarto de enfrente, cuando yo salgo del mío, el mismo vecino misterioso, y veo por las escaleras haciendo lo deshecho el idéntico señor bajito. Cuando el telegrama ha sido despachado, torno a subir al cuarto. Es menester trazar la crónica de la llegada del presidente. Arriba quedan ya consignadas mis impresiones. Y estoy acabando de llenar las cuartillas, cuando suenan en la puerta del cuarto dos golpes misteriosos. ¿Quién será?—me pregunto—. ¿Qué querrán de mí los que piden entrar?

—¡Adelante!—grito sin levantarme.

La puerta no se abre. Yo me acerca a abrirla. Y me encuentro con el señor rechoncho y con otro joven de barba rala, pálido. Los dos se quitan el sombrero. Yo permanezco estupefacto. Transcurre un momento de silencio profundo, embarazoso. Y al fin el señor grueso me dice perplejo, titubeante:

—Usted nos dispensará; pero nosotros nos vemos obligados a dar este paso; es nuestro deber...

Y me van explicando el objeto de la visita. Yo les miro levantando la vista hacia arriba, sentado en un hondo sillón de gutapercha.

—¿Es usted periodista, corresponsal del periódico *España*?—me pregunta el señor grueso.

—Soy—digo—redactor de ese periódico.

—¿Tiene psted documento que lo acredite?—me torna a preguntar.

—No; no tengo nada—contesto yo con una vaga desolación.

—¿No tiene usted ninguna credencial?

A mí me parece absurdo esto de tener una credencial de periodista.

—No—contesto—; no tengo ninguna credencial...

Y entonces el señor grueso dice, después de mirar a su compañero y avanzando hacia las maletas, que están junto a la pared, en el suelo.

—Pues, entonces, usted nos perdonará si...

Y yo, comprendiendo la intención, le atajo:

—Le advierto a usted que mi nombre es bastante conocido, y que esto, al saberse en Madrid, promoverá algún escándalo...

Y él, mirándome incrédulo, irónico:

—¿Tiene usted cédula?

Yo registro mi cartera.

—No; no tengo cédula.

—¿Su nombre de usted?

Yo doy mi nombre.

—¿Dónde vive usted en Madrid?

Yo doy las señas de mi domicilio de Madrid. Y he de advertir que al llegar al hotel, yo he escrito, de mi puño y letra, en una papeleta impresa *ad hoc*, mi nombre, mis dos apellidos, el lugar de donde procedía. He de advertir también que días antes, el 31 de julio, *El Cantábrico*, periódico leidísimo en la región, y en el balneario especialmente, publicaba en primera plana un largo y halagador suelto, titulado: *Nuestros huéspedes*: *Azorín*, en el cual se hacía mención de mi nombre y apellidos, y que el mismo día en que llegaba yo al balneario, se publicaba también en el mismo periódico, con expresión de mi nombre y apellidos, mi salida de Santander para continuar mi vi-

sita a los balnearios. ¿Dónde está, pues, el incógnito de que habla el ministro de la Gobernación? ¿No le manifesté yo también expresamente al capitán señor Pons, el día antes de la llegada del señor Maura, cuando había lugar para telegrafiar a Madrid, que yo era el redactor de *España* que firmaba *Azorín*? «Se va usted a indisponer con los dueños de los hoteles», recuerdo que me dijo, aludiendo a mi crónica de Solares.

Pero sigamos con nuestra historia. El mozo pálido apuntó mi nombre en un papel. Luego el señor grueso le mira de nuevo con la misma significativa mirada anterior, torna a avanzar hacia las maletas y pronuncia estas palabras textuales, que parece que aún resuenan en mis oídos:

—Vamos, Gabriel: vengan... esas maletas...

El joven se inclina y durante un largo rato va rebuscando entre los trajes, pañuelos, calzoncillos, camisas. Después abre e investiga los cajones de la cómoda.

Y, al fin, tras unas frívolas excusas, se marchan. Y yo digo:

—Verdaderamente, esto es absurdo; porque no han registrado las dos camas que hay en la habitación, y si yo fuera un terrible anarquista, bien pudiera haber escondido entre los colchones alguna máquina infernal. Pero acaso he sido un poco ligero en mi razonamiento; cuando salgo de mi cuarto, la dueña del hotel, a quien jamás he visto por estas alturas del piso segundo, se me aproxima:

—Yo quisiera pedirle a usted un favor—me dice—. Se trata de una familia que va a llegar de un momen-

to a otro, y yo le agradecería a usted que me cediese su habitación para ella. Yo le colocaré a usted en otra mejor.

—Con mucho gusto, señora—contesto yo.

Y en un periquete—jamás he visto tanta presteza en sirvientes de fonda—se realiza la mudanza, y de este modo—¡claro está!—el registro de las camas es realizado discretamente, Para dar apariencias de naturalidad al pretexto, los criados hacen, con nuevas ropas, la cama en mi antiguo cuarto; mas, horas después, al anochecer, cuando bajo a cenar, me dirijo a mi antiguo cuarto, abro la puerta y veo que la cama que prepararon para los supuestos huéspedes ha sido otra vez levantada...

¿Dejaré yo pasar en silencio todos los incidentes y detalles de este lance? Un periodista tiene, como el primero de sus deberes, el de no dejar pasar nada que pueda interesarle al público. Yo redacto un telegrama y lo llevo al despacho; tal vez la censura no le dé curso; pero, pase o no pase, yo, mañana, tomaré el primer tren y contaré en Madrid extensamente lo ocurrido.

Mas la nueva del telegrama se esparce rápidamente por el balneario. Yo subo a mi cuarto y me pongo a leer junto al balcón. Otros golpecitos suenan en la puerta. Entra un señor bajito, vivaracho, con barba y lentes de acero.

—¿Es usted el señor Azorín?

—Servidor de usted.

Quien me habla es el secretario del insigne orador. Sus palabras no pueden ser más corteses, más afables, más honrosas para mí... Yo le contesto en el

mismo tono cordial y efusivo. Le digo, en resumen, que no siento indignación por el hecho, sino que me parece ameno, acaso un tanto instructivo, y que, en definitiva, un observador del mundo y de la vida puede darse por satisfecho.

IV y último

EL TERROR DE LAS DAMAS

Al anochecer, en la puerta del balneario, encuentro al capitán.

—¿Se ha trabajado mucho, Azorín?—me pregunta.

—¡Se ha trabajado enormemente, capitán!—contesto yo.

El sonríe.

Yo sonrío.

El señor Ruiz Jiménez se acerca.

—¿Es usted Azorín?

La pregunta va picando en historia; mas yo estimo y admiro sinceramente al ilustre publicista. Hablamos los tres.

—Yo, ayer, después de nuestra entrevista—me dice el capitán—, creí que usted era Azorín; pero hoy he creído que usted no era Azorín.

—¿Cómo es eso, capitán?—digo yo, estupefacto.

—Tenga usted en cuenta que hoy ha bajado usted cuatro veces a la estación; además, ha preguntado usted con insistencia, repetidas veces, si el presidente llegaba hoy y si se hospedaba en el balneario. ¿No es esto extraño? Además, el señor Marinas, a quien yo

esta mañana he preguntado, señalándole a usted, si usted era Azorín, me ha dicho que en Madrid un amigo le había enseñado a Azorín y que Azorín no era usted.

Yo veo, durante nuestra charla, que las menores y más vulgares palabras mías a las criadas, al barbero, al vendedor de los periódicos, al conserje, han sido cuidadosamente recogidas. Hoy, precisamente, es el aniversario de la tragedia de Santa Agueda; una honda obsesión pesaba sobre todos los ánimos.

—Angiolillo—dice el capitán—se presentó también en el balneario de Santa Agueda como periodista. Se indicó que sería conveniente pedirle su credencial; pero muchas personas que le creían una excelente persona, se opusieron. Si la credencial de redactor de *Il Popolo* le hubiera sido exigida, y se hubiera telegrafiado a Roma, ¿cree usted que no se hubiese descubierto su verdadera personalidad?

Yo me explico ahora por qué el señor bajete me pedía con insistencia la credencial. *Non bis in idem* —diría para sí el precavido inspector.

Y hablamos luego del hondo pánico que se había apoderado de las señoras.

—Las señoras—observa el capitán—estaban aterrorizadas; ellas han sido, principalmente, quienes han formado la atmósfera de misterio alrededor de usted. No puede usted imaginarse el terror inaudito que se apoderó de ellas cuando Marinas afirmó que usted no era Azorín.

Yo muestro deseos de ser presentado a estas despavoridas señoras. El capitán se ofrece a ello. Y tras la cena, en el salón de fiestas, cuando la presentación ha

sido hecha, se forma en torno mío un ancho corro. Están las señoras del ilustre doctor Bonilla, médico de los baños; la señora del insigne maestro Bretón, la señora del genial escultor Marinas, María, la hija del maestro. Y otras señoras, y otras señoras a quienes no conozco ni cuyos nombres he sabido. Todas charlan, todas ríen ruidosas, mientras el piano lanza las notas de un vals.

—¡Oh!—exclama la gentilísima señora de Marinas, con gracioso mohín de miedo—. ¡Oh! ¡Nos ha hecho usted pasar unos ratos tan crueles!

—Todas estábamos asustadas; todas decíamos: ¿quién será ese señor?—dice la discreta señora de Bonilla.

—La verdad—observa la linda y graciosa Mariquita Bretón—; ¡la verdad es que teníamos un miedo cuando le veíamos a usted por el pasillo!...

—No; confiese usted que la culpa es toda suya—dice gravemente la distinguida señora del maestro—. Usted no ha querido acercarse ninguna noche a nosotras.

—¡Es porque no le seríamos gratas!—exclama la señora de Bonilla.

Y yo protesto indignado. Y todos reímos como locos. Y otra vez volvemos a repasar todos los detalles observados en mí durante los días pasados. Y cuando anuncio mi partida para el día siguiente, todas protestan.

—¡No, no! ¡No se marche usted!

Yo estoy gratamente impresionado por todo; por las palabras de cordialidad de los bañistas, por la afabilidad del presidente, que me ha enviado su secre-

tario; por la efusión cariñosa de estas damas discretas, elegantes. Pero yo he de partir...

HABLA EL MAESTRO

...Pero yo he de partir. ¿De qué servirá que continúe aquí, en este paraje? Un ambiente tienen las cosas, tan sutil, tan etéreo, tan misterioso, que cuando es roto no puede ser reconstituído, a pesar de todos nuestros esfuerzos. Este ambiente, aquí, en el balneario, ha sido disipado. La ilusión está perdida. ¿Cómo podré yo escribir ahora del mismo modo que hubiera escrito antes? Mis palabras serán cordiales, cariñosas; mas no se trata de eso. Un matiz, una tonalidad, un *no sé qué*, que el fondo del espíritu—lo culminante—hubiera puesto en las cuartillas, no podrá ser puesto ahora. Pero yo no protesto. Desde encima de la mesa, donde, inmóvil, con su sonrisa irónica, ha presenciado todas estas andanzas, el maestro La Bruyère me dice: «Los que sin conocernos bastante piensan mal de nosotros, no nos hacen agravio; no es a nosotros a quienes ellos atacan, sino al fantasma que su imaginación ha creado.»

UNA CIUDAD ESPIRITUAL

—Buenos días, doña Luisa.

—Buenos días, Azorín.

Doña Luisa es una señora enlutada, discreta; de vieja cepa castellana; yo soy un modesto observador del mundo y de los hombres. La casa en que me hallo es ancha, limpia y silenciosa; un largo pasillo va desde la puerta de la calle hasta la lejana galería de cristales; a un lado y a otro se abren las puertas de la estancia; el piso encerado, rebrilla; y una tira de linoleum ensilencia nuestras pisadas. Cuando yo me levanto, doy unos golpes, al pasar, en la puerta del poeta. Ramón va a levantarse también.

—Ramón—le digo yo después—, ¿cuáles son hoy las imaginaciones de su acalorada fantasía?

—Ningunas—dice él sonriendo.

Doña Luisa sonríe también un poco y trae una ancha bandeja con tazas que deja encima de la mesa.

—Ramón—vuelvo yo a decirle al poeta—, es preciso que pongamos locuras en nuestros versos. «Yo soy de los que creen—ha dicho el maestro Montaigne—que

la poesía no brilla nunca tanto como cuando tiene un asunto loco y desordenado.»

Un loro dice: *coá-coá*; un gato negro y silencioso se ha puesto sobre la mesa y me mira con sus ojos de oro. Desde el comedor, a través de los cristales anchos de la galería, se divisa una fila de techumbres rojizas, y luego, allá a lo lejos, las laderas verdes, suaves, de una montaña, con sus prados, con sus maizales, con sus manzanos, con sus robles. Acaso pasa una hora, dos o tres en charla amena, entrecortada con lecturas y comentarios de bellos libros...

—Azorín, ¿no vamos a los Alamos?

—Marchemos a los Alamos—contesto yo.

Los Alamos es un viejo paseo; dos largas filas de estos finos, esbeltos, sutiles árboles lo bordean. A un lado se extienden unos sombríos jardines. Seis, ocho, diez paseantes marchan lentamente, en silencio: uno de ellos avanza hacia nosotros.

—Querido Melquiades, ¿qué pasa en la ciudad?

—Nada—dice sonriendo el gran orador, que viene todos los días a esta alameda.

Y continuamos paseando. En Oviedo no ocurre nada: todo está en una calma grata y profunda. Sobre las viejas casas de la ciudad pesa una historia gloriosa y milenaria. Los muros vetustos, de negras piedras, con negros escudos, reposan en un ambiente de paz y de vaga melancolía. Una gasa imperceptible empaña el aire y esfuma el lejano paisaje verde que aparece al volver una esquina. Y al paso, en esta callejuela, en tal café o en el otro paseo, creemos recordar una página del maestro...

—Azorín, ¿nos vamos a la catedral?

—Vamos a la catedral—contesto yo.

Es la hora en que los canónigos cantan sus rezos, después del yantar cotidiano. ¿Recordáis las páginas de *La Regenta?* Desde lo alto de la torre de la catedral, una tarde el magistral De Pas contempló voluptuosamente, con su catalejo, la ciudad que él quería conquistar. Desde lo alto de la torre se columbra, abajo, una planicie de tejados grises, rojizos, amarillos, con sus chimeneas y sus lucarnas; luego, a la derecha, una montaña, con las laderas divididas en cuadros verdes; después, a la izquierda, otro monte azul, negruzco, coronado de niebla. Y enfrente, la arboleda tupida, sombría, del Campo de San Francisco. Llegan de la ciudad gritos, cacareos lejanos, golpazos, canciones; una campanita toca en una iglesia distante, y la gran campana de la catedral, junto a nosotros, lanza de pronto unas vibraciones recias, solemnes.

Las horas han ido transcurriendo. Cuando llega el crepúsculo, es preciso retornar a los Alamos. Aquí encontramos a Victoria, a Josefina, a María, a Luisa, a Pacita y a Carmen. Todas son bellas, discretas y afables: ya hablaré de ellas con espacio otro día. En Oviedo hay una preocupación por las cosas espirituales que es raro encontrar en otras ciudades españolas. Parece que durante largos años, en torno al maestro *Clarín*, se ha ido formando un círculo invisible, bienhechor, que ha abarcado poco a poco gentes y más gentes, y ha acabado por cubrir con sus radiaciones la ciudad toda. Esta mañana, en casa del poeta, buscábamos la más antigua de las novelas del maestro y una criada ha dicho: «Yo también tengo *La Regenta*.»

Nuestro paseo en los Alamos termina.

—Azorín, ¿nos marchamos a cenar?

—Marchemos.

El loro está durmiendo en su alcándara; el gato salta sobre la mesa y nos mira con sus pupilas dilatadas.

—Hasta mañana—dice doña Luisa, cuando hemos acabado la cena.

A poco la casa queda sumida en el silencio. Y el poeta lee en voz alta algunos viejos versos de un vate primitivo...

UN AGAPE HETEROGENEO

Estamos en torno de la mesa un orador, un torero, un poeta y un filósofo. Todos somos notables.

—¿Qué le parece a usted esto, Azorín?—dice Melquiades.

—¡Ah, estupendo!—contesto yo, lleno de una satisfacción íntima.

—¿Y a usted, Ricardo: le gusta este plato?

—Mucho, mucho—dice Ricardo—; es muy sabroso.

—Ricardo—cuchichea a mi oído Ramón—es hoy el primer torero de España.

—¿Cree usted?—replico yo un poco ignorante de estas cosas.

—Sí, sí—replica Ramón entusiasmado—; Ricardo tiene una elegancia sobria, temeraria, rígida, rectilínea, que no posee hoy nadie.

—¡Estamos enteramente de acuerdo!—se oye gritar de pronto al orador.

Ramón y yo volvemos la cabeza.

—¿En qué están ustedes conformes, querido Melquiados?—pregunto yo.

—Decía Ricardo—contesta el orador con su voz fina, limpia, flúida—; decía Ricardo que en España el último gran torero que ha habido ha sido *Guerrita*.

—¡Ah, sí, sí, conformes!—exclamo yo también bajando la cabeza, profundamente convencido, ante Ricardo.

—Sin embargo...—añade Ramón dudando.

—¿No le parece a usted?—pregunta Melquiades.

Hay un momento de ansiedad.

—Distingamos—replica Ramón—; es el último gran torero; es decir, era un gran torero... Pero, ¿es que se han acabado los grandes toreros?

Todos protestamos.

—¡No, no!

—¡Cá!

—¡Qué atrocidad! ¿Quién piensa tal cosa?—digo yo, más escandalizado que todos, mirando a Ricardo.

Ricardo sonríe.

—Lo que hay—dice Ricardo—es que los aficionados no saben por dónde se andan.

—No hay revisteros—afirma Ramón.

—¿Cree usted que no hay revisteros?—le pregunto yo a Ramón.

—No, no hay revisteros—torna a afirmar rotundamente Ramón.

—¡Hombre!—digo yo un tanto perplejo—. Yo creía que hoy se entendía más que antes.

—Sí, sí—dice Ricardo—hoy se exige más de los matadores.

—Perfectamente—digo yo satisfecho de haber llegado a éste prudente sincretismo de opiniones contrarias.

—A mi parecer—añade el orador levantando en el aire la diestra mano—; a mi parecer hoy se exige mucho más que hace años.

—¡No hay sino leer las revistas!—exclama Ramón.

Yo le miro un poco confuso.

—¿Usted lee las revistas, querido Ramón?

—¡Ah, sí, sí; las leo todas!—contesta él—. Y ¿a que no sabe usted quién las lee también?

Hay otro momento de expectación; todos miramos ansiosos al poeta.

—Las lee Azcárate—dice al fin Ramón—; él mismo lo ha confesado.

—¡Caramba!—grito yo—. Melquiades—añado dirigiéndome al orador—, ¿qué opina usted? Usted conoce a Azcárate, ¿es verdad que le gusta leer las revistas de toros?

—¿Lo duda usted, Azorín?—me pregunta levemente contrariado Ramón.

—¡No, no, de ningún modo!—replico yo—. Basta que usted lo haya afirmado.

—Créalo usted—agrega Ricardo—; puede darse el caso de que ese señor lea las revistas de toros.

—¿Usted le conoce, Ricardo?

—No—contesta Ricardo un tanto mohíno, como si realmente sintiera no conocer a Azcárate. Y después añade—: Pero, ¿tendría algo de extraño que las leyera?

—¡Ah, no, desde luego!—digo yo arrepentido profundamente ya de haber ocasionado este incidente.

—Yo no sólo leo las revistas del día—añade Ramón—sino que me he entretenido a veces en leer las antiguas.

—Muy bien, querido Ramón, muy bien—añado yo efusiva y apresuradamente, para hacer olvidar mis anteriores indiscreciones.

—¿Lee usted las revistas antiguas?—pregunta el orador.

—Las suelo leer—contesta Ramón—para comparar lo que se hacía antes y lo que se hace ahora.

—¿Y habrá usted visto—pregunta Ricardo—que antes apenas si se calificaban las estocadas?

—¡Oh, nada... casi nada!—replica Ramón.

—Entonces, ¿antes sabían menos que ahora?—pregunto yo, sumido en las mismas perplejidades del principio.

—¡Mucho menos!—afirma Ricardo.

—¿Usted lo cree, Melquiades?

—Sí, señor, sí—dice Melquiades con una leve mueca que pretende ser grave.

Y todos asentimos.

La dorada sidra asturiana brilla en las copas. Ensalcemos la bagatela. La vida es brevedad y dolor. Olvidémonos de nosotros mismos: riamos. «¡Mortales: yo he canonizado la risa!»—gritaba el maestro Nietzsche.

LAS BELLAS AMIGAS

—Victoria, dígame usted, por favor, ¿qué es el *Nuberu*?

Victoria tiene el pelo rubio, sedoso; sus labios son delgaditos y encarnados. Y sus cejas se arquean maravillosamente sobre unos ojos dulces.

—El *Nuberu*, Azorín—dice Victoria—es un hombrecillo pequeño, pequeñito, con una barba negra, vivaracho, que corre por el aire y hace que las nubes choquen y estalle la tormenta.

—Victoria: yo quiero que un *Nuberu* haga caer el agua en primavera sobre los jardines, para que las rosas crezcan lozanas y luzcan en los cabellos de oro que usted posee.

Luisa me mira con sus ojos entristecidos.

—Luisa—le digo yo—, yo conozco unos genios misteriosos que vagan por los campos de Asturias; se llaman los *Busgosos*. Luisa: ¿cómo son los *Busgosos*?

Luisa es lánguida, es lenta en sus ademanes; a veces se está pensando un rato sin hablar, en silencio

inefable, mientras sus miradas se pierden a lo lejos, en ensueños remotos. Su tez es un poco pálida; y cuando estas miradas vagas caen sobre vosotros, diríase que un mundo desconocido se abre en un momento.

—Los *Busgosos,* Azorín, se pasean por los bosques umbríos y desiertos; en sus frentes nacen dos cuernos retorcidos; sus patas son de cabra. Los *Busgosos* aman las selvas y persiguen de muerte a los cazadores que con sus redes y con sus armas cogen y destruyen los pájaros.

—Luisa, que vivan muchos años los *Busgosos* y que velen por que todos los ruiseñores del bosque canten un coro cuando usted pase por los senderos.

María me mira después.

—María, yo tengo una viva curiosidad por saber lo que son los misteriosos *Espumeros.* María, ¿qué son los *Espumeros*?

María es una niña de una voz dulce, sutil, tenue, con entonaciones de una afectuosidad inexpresable. Cuando habla María, parece que su voz canta cosas remotas que no hemos oído jamás y que queríamos oir. María, a ratos, se encierra en su cuarto y escribe con una letrita fina historias sentimentales y fantásticas, en las cuales siempre triunfan el amor, la virtud, la abnegación, y los protervos son castigados. Y María, cuando se le dice: «Bien, bien; María, esto es muy bonito», se pone un poco roja y murmura con su voz acariciadora: «¡Oh, no, no».

—Los *Espumeros,* Azorín, son los genios del agua; juegan con las espumas del mar, y llevan unas caraco-

las de nácar que tocan cuando el sol se oculta en las lejanías de oro y de incendio.

—María: que los *Espumeros* busquen las más gruesas y brillantes perlas del mar y hagan con ellas un collar que luzca sobre la curva rítmica de su pecho.

Pacita me mira después.

—Pacita—le digo yo—, vagan en torno de las caserías asturianas unas sombras funestas que se llaman *Guaxas*. Dígame usted, Pacita, lo que son esas *Guaxas*.

Pacita es una niña delicada, sensitiva y espiritual. Yo no he conocido manos como las suyas, tan transparentes, tan sedosas. Y cuando ella las cruza sobre la falda, en actitud de éxtasis, daríais un mundo por tocar esas manos.

—Las *Guaxas*, Azorín, son unos espíritus malignos, terribles. Cuando ellos se apoderan de una persona, la van consumiendo poco a poco hasta acabar con ella.

—Pacita, yo quiero que todas las *Guaxas* de Asturias hagan presa en el malsín que haga tan sólo que el más leve disgusto empañe la serenidad de los bellos ojos de usted.

Después me mira Josefina.

—Josefina, los *Ventolines* atraen mi curiosidad de observador. Yo desea saber lo que son los *Ventolines*.

Josefina es nerviosa, vivaracha, pronta, rápida. En una hora Josefina pasa por todas las estancias de la casa, toca el piano, hace un trecho de encaje, da estas o las otras órdenes a los criados, torna a subir, torna a bajar, vuelve a tocar el piano.

—Los *Ventolines*, Azorín, son esos niños traviesos que de noche penetran en las casas y llevan y traen los suspiros de los enamorados.

—Josefina, que los traviesos *Ventolines* le traigan a usted todas las mañanas una grata nueva que le haga cantar y tocar cosas locas e incongruentes en el piano.

He callado un momento.

—Y a vosotras—he dicho después—Lola, Paquita, Matilde, Rosario, Carmen, a todas vosotras, bellas y espirituales amigas de Asturias, yo os deseo que todos los genios que pueblan estas montañas verdes y estos ríos mansos, os traigan como ofrenda, en vuestras horas tristes, el Olvido y la Paz.

Había llegado el crepúsculo; en el viejo paseo los álamos sutiles se recortaban sobre el cielo diáfano. Una estrella brillaba. Y yo me he alejado por las vetustas callejas, rozando las vetustas y nobles piedras.

TODO ES UNO Y LO MISMO

¿Por qué queréis que vaya con vosotros a este balneario? Los balnearios son una cosa triste: comienzo a comprenderlo. Id vosotros, si os place, sin mi compañía. Pero yo os diré, punto por punto, lo que allí ha de ocurriros. Caldas está sobre la línea de Oviedo a San Esteban de Pravia. Si salís de San Esteban, como yo, a la caída de la tarde, llegaréiis a la estación de Caces ya anochecido. Es éste un tren insólito para ir a tal balneario, pero yo os aconsejo, si sois observadores, si queréis ver las cosas tal como son, que lleguéis siempre a los balnearios en los trenes insólitos...

Ya ha cerrado la noche; el tren acaba de desaparecer a lo lejos, en las tinieblas. La diminuta estación va quedando desierta. Vosotros os hallaréis un momento perplejos.

—¿Qué se hace—preguntaréis—para ir al balneario?

—Para ir al balneario—os contestarán—se ha de atravesar un río y se ha de caminar un rato por el campo.

«Pues haremos todo lo que haya que hacer», pensáis vosotros llenos de resolución épica. Y contratáis a un mocito para que lleve vuestra maleta. Después, atravesáis la vía y echáis a andar por en medio de un bosque. La noche está oscurísima; sentís que la tierra desciende en una rápida pendiente; grandes peñascos, que vosotros no véis, hacen que tropecéis violentamente de cuando en cuando. Chillan despavoridas, porque resbalan por el despeñadero, unas pobres mujeres que caminan detrás; a lo lejos se oyen gritos plañideros. Y no es necesario más para que en vuestros nervios entre una sensación de melodrama y de terror. ¿Vamos a un balneario? ¿Estamos en un tercer acto de una antigua zarzuela de Marcos Zapata? No lo sabemos; pero es lo cierto que, a poco que nuestros pies se deslicen, caemos rodando por una pendiente formidable.

Y como todo tiene fin, llegáis vosotros también a las márgenes anchas del río. Un barquero mitológico espera en un batel. Hacen los remos un ruido lúgubre; chirrían unas cadenas y en las tinieblas, distinguís la corriente fosca del río que se aleja manso, misterioso, entre inmensas frondas negruzcas. Luego, ya en tierra, camináis resignados, silenciosos, a través de maizales y maizales. Un alto muro surge de pronto; marcháis al pie de él un breve rato; trepáis luego, agarrándoos con pies y manos, por una angosta escalerilla formada con pedruscos. Columbráis luces vagas: la esperanza entra en vuestro pecho. ¡Al fin hemos llegado! Otro instante de marcha. Una larga fila de alegres ventanas iluminadas os devuelve el sosiego. Y entonces entráis por una puertecilla baja:

veis un zaguán pequeñito y desierto, dejáis vuestra maleta en tierra y despedís al chico.

Y aquí comienza la segunda parte de este drama tremendo. Habéis respirado ampliamente, con satisfacción, y os disponéis a buscar un cuarto en el hotel; el conserje os lo va a proporcionar seguramente. Pero lo malo es que no aparece el conserje; comenzáis a impacientaros. No viene nadie por el zaguán. Ascendéis por las escaleras; recorréis un largo pasillo lleno de puertas; volvéis a bajar; entráis después en un ancho salón semioscuro, en que veis bancos y un altar; pasáis a continuación por un corredor en que vuestros pasos resuenan sonoros... y todo es inútil; la soledad y el silencio os rodean, os aprisionan. Y cuando, tras todo esto y tras haber vociferado y palmoteado, os sentáis anonadados sobre vuestra maleta, experimentáis la extraña sensación de hallaros en un hotel lleno de gente y, al mismo tiempo, en un islote perdido en el Océano.

Pero ya he dicho que todo tiene fin. Al cabo encontráis también vosotros un alma caritativa que os proporciona una habitación en este balneario. Dormís tranquilamente en una limpia cama, y a la mañana siguiente vais inspeccionando el hotel y sus pintorescos aledaños. Yo no he de describíroslo; tal vez mi pesimismo os parecería hórrido. Yo tengo la vaga aprensión de que todas las aguas de todos los balnearios son lo mismo y de que todas hacen el mismo efecto. En las Caldas el paisaje es maravilloso; robles y manzanos cubren las laderas de las montañas con una umbría floresta; en el fondo del valle discurre lentamente el Nalón, y en los picachos desnudos, ace-

rados, de las montañas, la niebla pone sus cendales grisáceos. No pasa nada en el hotel: en los balnearios no pasa jamás nada. Hay pasillos largos, un comedor donde comemos algo, un gabinete de lectura donde leemos dos o tres veces los mismos periódicos, y un salón de fiestas donde por las noches, después de cenar, bailamos unos patriarcales lanceros, honestos, pausados, que nos recuerdan las comedias de Eguílaz, las levitas de Utrilla, la prosa de Selgas y *la dentici-na infalible Izquierdo.*

Y todo esto se repite todos los días. Un vago desconsuelo se va apoderando de nuestro ánimo: tal vez el mundo no sea más que un inmenso balneario. Y una mañana cargamos a otro chico con nuestra maleta, nos descolgamos por la angosta escalerilla, seguimos el muro, cruzamos los maizales, pasamos el río, reptamos por el despeñadero y nos contemplamos otra vez en la diminuta estación, libres—por un momento—de los pasillos, de los periódicos atrasados, de la mesa redonda y de los lanceros patriarcales que nos recuerdan a Utrilla, a Izquierdo, a Eguílaz y a Selgas.

MONDARIZ

EL VIAJE

Mondariz se halla en el fin del mundo: *non plus ultra*. Y además está lleno de pequeñas contradicciones, sorpresas, antinomias y paradojas. Ya el viaje os ha causado una leve contrariedad: viajar en un tren galaico es tener la sensación neta de que el coche en que camináis va a desencuadernarse de un momento a otro, marchándose por su lado cada tabla, cada tornillo, cada rueda, cada resorte, cada herraje. Y si este tren es un modesto mixto—como el tren en que yo he viajado—entonces vuestro pavor aumenta y perdéis toda noción de ferrocarriles, de tiempo, de espacio, de Galicia, de España y aun de Europa. Pero, al cabo, llegáis sanos y salvos, un día, a las siete de la mañana, a la estación de Salvatierra. El paisaje es maravilloso: vuestros ojos se empapan en la verdura fresca, sombría, de las montañas y de los valles, que un sol pálido, dorado, comienza a iluminar. «Por fin han terminado con nuestras fatigas»—pensáis. Y preguntáis a seguida, con la maleta en vuestra mano, qué tiempo se tarda desde Salvatierra hasta Mondariz. «Será un paseo», seguís pensando vosotros. Y os

quedáis estupefactos, confusos, espantados, cuando os contestan que es preciso marchar todavía durante tres horas en un vehículo...

Pero el paisaje os indemniza. Comenzamos a caminar por valles, recuestos y hondonadas cubiertas de pinares y robledales. Las carreteras de Galicia vemos que no son las soberbias carreteras vascas; hondos baches, alterones y cavidades nos hablan elocuentemente del centralismo administrativo. Van pasando ante nuestra vista alquerías ocultas entre la verdura, arroyos que se deslizan sosegados en el fondo de una cañada, oteros en que el maíz pone su tapiz de verde claro. De pronto nos detenemos.

—Camilo, ¿qué sucede?

—Nada—dice Camilo—que se me ha caído el látigo.

Camilo baja del pescante y retrocede un buen trecho en la carretera buscando el látigo. Os creéis transportados a los llanos manchegos. Yo no sé por qué misterio profundo e inexcrutable de las cosas, los látigos no se han perdido jamás en nuestros viajes por el país vasco, y ahora, en Galicia, como en la Mancha, tornan a perderse. Otra vez nos ponemos en marcha y vamos atalayando el soberbio panorama de valles y montañas. El sol cae bravío y cegador sobre los campos; a trechos los viejos robles se extienden en una larga línea a un lado del camino. Advertimos que el coche se vuelve a detener.

—Camilo, ¿ocurre alguna novedad?

—No—dice Camilo—es que se ha roto una correa del aparejo y es preciso componerla.

Y durante un momento, Camilo compone la correa.

Y de nuevo tornamos a caminar. ¿Por qué se rompen tanto las correas de los carricoches españoles? Ante nosotros aparecen las primeras casas de un poblado. Es Puenteareas; llevamos caminando dos horas. Cruzamos rápidamente el pueblo. Los mismos pinares, los mismos nobles y viejos robledales se espacían en la lejanía dulce. Una nube de polvo envuelve el coche; el sol abrasa. Y unas moscas, pertinaces, crueles, revuelan y se posan sobre nosotros. Camilo grita indignado contra las moscas, manotea, da latigazos en el aire. De repente el carruaje se detiene por vez tercera.

—Camilo, ¿hemos llegado ya?

—No, no—dice Camilo—es que voy a cortar una rama para espantar las moscas de los caballos.

Camilo echa pie a tierra, se dirige a un árbol cercano y desgaja una rama. Después volvemos a caminar. Cuando transcurre una hora, comenzamos a entrar por una larga calle. A una banda y a otra, sobre las puertas de las casas, leemos en gruesos caracteres: *Hotel Iberia, Hotel Carranza, Hotel Avelino, Nuevo Hotel, Hotel América, Hotel de la Unión.* Unos señores sentados en sillas de mimbres dirigen una mirada vaga al coche que pasa; pomposos plátanos sombrean la avenida. Estamos en Troncoso. Dos pasos más y llegamos al hotel del balneario.

Atrás han quedado ya las casas del pueblo; el camino desciende en una suave pendiente; penetramos de pronto en un parque frondoso. El coche se detiene. Saltamos de él y nos encontramos ante una corta escalinata de piedra; en lo alto, en el rellano, los bañistas cuchichean sentados. Levantamos la vista tratando de abarcar el conjunto del edificio, y vemos,

llenos de una grata sorpresa, que ante nosotros se yergue un soberbio palacio versallesco, de recios muros de sillares grisáceos, elegante, armonioso, con largas filas de balcones simétricos, con lucarnas misteriosas, con una techumbre de pizarra brillante, que forma un maravilloso concierto en el blanco opaco de las paredes y destaca sobre el verde sombrío de las colinas...

Entre los plátanos del jardín pasean lentamente damas y caballeros. Levantamos levemente nuestro chapeo y ascendemos, pausados, por la escalinata de piedra.

LOS PORTUGUESES

Todas las mañanas, a las siete, cuando me levanto lleno de una vaga resignación, yo me encomiendo a Francisco de Salinas, a Antonio Agustín, a Hernando de Soto, a Juan de Herrera, a Zurita, a Feijóo, a Vives, a Laguna, a Pizarro, a Patiño, a Cortina y Arenzana, a Cisneros, al duque de Alba, a Torquemada y a Palafox. Todos estos señores heterogéneos, puestos en el pasillo, en bellos grabados, presiden, a lo largo del día, nuestras melancolías. Ya sabéis que los balnearios son parajes de meditación y de tristeza. A las siete, en Mondariz, ya un centenar de bañistas sube y baja por las anchas escaleras, deambula por el ancho corredor, camina lentamente por el diminuto jardín, entre los plátanos...

Yo también marcha resignado entre ellos. El sol matinal ha comenzado a dorar la cima lejana y sombría de las montañas. Yo saludo con una leve inclinación de cabeza al señor Luiz Lopes Sequeira, al señor

Lourenço Tavares, a la señora María da Conceiçao, a la señorita Aridia Galhardo, a la señorita Lucinda Novaes, al doctor José dos Santos Sousa Pinto, al capitán Julio Correia Marquez, al vizconde de Laceiras, al oficial de las *Alfandegas* Joaquím de Mathos Quadros. En Mondariz no hay más que portugueses. Todos son mis amigos; todos son discretos, afables y cultísimos; todos van caminando despacio, como quien no puede eludir tan terrible menester, hacia la fuente. La fuente está bajo un tinadillo modesto. Rosa nos alarga, sonriendo, un vaso a los circunstantes. Acaso el señor Tavares ha de tomar durante el día doce vasos; quizá el doctor tome veinte; es posible que el oficial de las *Alfandegas* o el vizconde hayan de sorber treinta. Nos ponemos otra vez en marcha por el jardín, después de haber mirado al cielo y suspirado hondamente:

—¿Ha estado usted en Lisboa, señor Azorín?—me pregunta el doctor Sousa Pinto.

—No, querido doctor—contesto—; yo no he estado en Lisboa.

—¡Ah!—exclama él—. Usted debía ir allí.

—Sí, sí—digo yo levemente entristecido por no haber estado en la bella capital portuguesa—; sí, sí, yo debía ir a Lisboa.

¿Cómo es Lisboa? ¿Cómo es Portugal, la amable, la bella tierra que nosotros hemos visto a través de las páginas de Eça de Queiroz? ¿Dónde viven estas muchachas un poco melancólicas, dulces, de anchos ojos, de curvas redondas, armoniosas? Y estos canónigos que el maestro nos ha pintado—como el *conego Díaz*—, ¿en qué misteriosas catedrales cantan, como

los nuestros, tras la comida meridiana? Y estos *conselheiros*, serios y graves, corteses y puntillosos como nuestros hidalgos del siglo XVII, ¿qué hacen, en qué se ocupan, cuáles son sus ideas?

Pero las horas de la mañana van transcurriendo plácidas en el balneario; el sol se filtra entre la hojarasca de los plátanos y pinta sobre la arena un enrejado de luz y sombra. Otra vez cambiamos unas palabras afables el señor Correia Marques, el vizconde, el doctor, el oficial de las *Alfandegas*, Lucinda, Aridia...

—*Aridia*—le digo yo a la espiritual portuguesa—; *Aridia, os seus olhos sao muito bonitos.*

Ella sonríe ligeramente y dice:

—*¡Oh, o senhor é muito amavel!*

Aridia es sencilla, modesta; un traje blanco, nítido, cubre su cuerpo; un cinturón de rojo cuero ciñe su talle. Y no exhala de sí ningún perfume. «La mujer no debe oler a nada», ha dicho Juan Luis Vives en su *Tratado de las Vírgenes*. Y no brillan tampoco en las orejas de Aridia ni perlas ni brillantes. «Decidme —les pregunta también un poco indignado el mismo Vives a las mujeres que usan pendientes—; decidme, ¿para qué sirven las orejas horadadas, que natura las crió enteras con su ternilla?»

—*Aridia, a sua voz e encantadora.*

—*¡Oh, o senhor é muito amavel!*

Una campana suena de pronto; ya conocéis vosotros estas campanas. Nos llaman a comer. Yo no he querido hablar jamás de esta hora crítica, suprema, de los balnearios. Acaso el capitán se exaspera durante estos instantes un tantico; tal vez el vizconde pone

un gesto terrible; quizá el oficial de las Alfandegas suelta algún anatema furibundo. Pero la vida es seria, pintoresca y contradictoria: no debemos perder nuestra impasibilidad por nada. Y un momento después, ya estamos hablando risueñamente por el pasillo, el oficial, Aridia, Lucinda, María, el vizconde, el doctor Sousa Pinto, el señor Luiz Lopes y el señor Lourenço Tavares. Unos músicos entristecidos tocan unos aires lánguidos en el salón contiguo. Y durante la tarde, en estas horas largas, eternas, vagamos a la ventura, sin rumbo, sin plan, por cañadas y oteros.

¿Qué queréis que os diga de lo que hacemos a prima noche? Una verdad fundamental, capitalísima, se ha apoderado de mi espíritu; y es la de que todos los balnearios son idénticos. En todos los balnearios existe un inexplicable horror hacia la luz artificial; en Mondariz, cuando llega la noche, caminamos por pasillos y salas sumidos en una grata penumbra. En el salón, tras la cena, creemos ver que unas lindas muchachas y unos apuestos mancebos danzan unos inciertos cotillones. El oficial, el doctor, Lucinda, el vizconde, el señor Mathos Quadros, el señor Correia Marquez, el señor Lopes Sequeira, todos, todos los graves y urbanos hidalgos portugueses y las bellas y espirituales lusitanas tornan a cambiar unos discreteos amables.

—*¡Boas noites!*—decimos luego.

—*¡Boas noites!*

—*¡Boas noites!*

Y nos marchamos a dormir.

Portugal, bello y amado país tan desconocido por nosotros los españoles: yo veo tus montañas verdes,

tus ciudades llenas de ensueño, tus *ruas* misteriosas, tus pueblecillos en que viven metidos en viejos caserones los *bachaleres* y los *conselheiros*

EL BUEN DOCTOR

—Señor Sousa Pinto, ¿qué opina usted de las mujeres?

—*Senhor Azorín*—dice el doctor Sousa Pinto levantando la cabeza del plato y poniéndose grave—; *senhor Azorín, as mulheres tudo a quanto se atrevem juzgam innocente.*

Y el doctor Sousa Pinto torna a inclinar la cabeza sobre su *rosbif* y continúa comiendo. Yo sé por qué ha pronunciado estas palabras misteriosas. Hay un secreto, hondo, amargo pesar en la vida del buen doctor. Fué esto allá en los tiempos lejanos de su mocedad; estaba él en Verona, y precisamente un día que visitaba la casa de Giulia Capuletti, fué cuando —por doloroso contraste—recibió la infausta nueva de su desgracia. Desde entonces el doctor Sousa Pinto comenzó a sentir un leve malestar. Era el ensueño de toda su vida que se venía con estrépito a tierra. Cuando tornó a Lisboa, entristecido, amargado, no volvió a ver ni una sola vez a la infiel causante de su infortunio.

—*¡Nunca mais tornei a vel-a!*—exclamá él con profunda amargura.

Su vida cambió por completo. No tenía nada que hacer; meditaba profundamente durante todo el día, de la mañana hasta la noche, paseando por el *Antigo Jardin Zoologico*, por el parque *das Laranjeiras* y por

la quinta de *Aguas-Boas*. A veces pensaba que él hubiera sido feliz con su antiguo amor y con el cargo de archivero en un Ministerio. Esta había sido la otra ilusión de su juventud. Todo estaba encaminado y preparado para que él viese cumplida su esperanza; mas ahora, este segundo ideal, sin el primero, no le importaba nada.

Y, sin embargo, una mañana, mientras paseaba por el Jardín Zoológico, el doctor Sousa Pinto, al pasar la vista distraído por su periódico, vió con profunda estupefacción que él, José dos Santos Sousa Pinto, doctor en Derecho civil y canónico por la Universidad de Coimbra, había sido nombrado *Official aposentado e archivista do Ministerio do Reino.*

—*Aqueillo produziu em mim uma grande alegria* —dice él—; *mais durou pouco. Depois senti mais tristeza que antes.*

No había remedio humano para el excelente y querido doctor. Los años pasaban monótonos.

El dolor apenas perceptible que él sentía en el lado derecho desde su visita a la casa de Julieta, se fué acentuando terriblemente. No tenía el doctor Sousa Pinto más consuelo que sus paseos a solas por el Parque Zoológico. Y, precisamente en este sitio ameno, el Destino cruel le preparaba una asechanza. Estaba escrito que al buen doctor habían de ocurrirle las cosas más extraordinarias del mundo. Una tarde, no hace muchos días, estando paseando entre los árboles, vió venir hacia él un leopardo...

—¡Caramba, doctor!—exclamo yo lleno de asombro—. ¿Vió usted venir un leopardo?

—*¡Sim, sim, un leopardo!*—exclama él—; *¡Pode crêr; juro-lhe!*

—¿Era un leopardo?—torno a preguntar yo.

—*¡Sim, sim!*—vuelve él a afirmar—: *¡E'a pura verdade!*

Era, en efecto, un leopardo que se había escapado de su jaula.

—¿Y qué hizo usted, doctor?

—*O leopardo aproximou-se*—dice el doctor—; *parou, fixou-me un momento e fugiu a correr.*

No ocurrió más, pero al día siguiente el doctor no pudo levantarse de la cama. Sobre la cabecera, colgado, puesto en un rico marco, había un retrato; el doctor en los largos días de su dolencia no hacía más que mirarlo. «Haga usted un viaje—le dijeron cuando se levantó—; vaya usted a un balneario; tome usted tantos y cuantos vasos de tales aguas.»

Y el doctor vino a estos parajes. Y él se sorbe todos los días diez o doce vasos de agua; mas su desesperanza íntima, inefable, no se disipa.

—*Senhor Azorin, e'nao fazendo nada que as mulheres aprendem a fazer mal.*

Y se aleja pausado. El doctor tiene unos ojos chiquitos, microscópicos; unos bigotes blancos, de plata, caen lacios por la comisura de sus labios; y de sus hombros pende un carrick azul, cortito, que se bambolea suavemente cuando el doctor camina.

¿Qué fuerza incomprendida llevamos con nosotros? Hay hombres sabios, profundos, elocuentes, que han realizado grandes hazañas, que merecen nuestra admi-

ración y nuestra gratitud, y que, sin embargo, no nos conmueven; y hay otros hombres insignificantes, vulgares, que no han hecho nada, que no han pensado nada notable, y que, a pesar de todo, dejan en nuestro espíritu una huella luminosa, larga, inefable...

SOR GABRIELA

¿Dónde vivirá sor Gabriela? ¿Qué patio silencioso, plantado de cipreses y laureles se verá desde las ventanas de su celda?

León es una ciudad vetusta y gloriosa. Otras ciudades seculares—como Toledo, como Villanueva de los Infantes—ofrecen la impresión de un Museo, frío, desierto; las callejuelas han dejado de vivir hace siglos; los nobles e inmensos caserones están cerrados; acaso sólo de tarde en tarde, un recio portón gira sobre sus goznes enmohecidos y una vieja silenciosa aparece en la monumental portalada; no cruza nadie por las plazas; quizás un estrepitoso palacio de ladrillos rojizos—la Diputación provincial o un Banco—rompe la armonía del conjunto y pone hálitos de frivolidad moderna entre las viejas piedras; no alienta, en fin, la ciudad; su espíritu ha pasado hace ya muchos años; sólo los palacios, las torres, los tejadillos, las veletas, los escudos, los anchos aleros, las rejas y los balcones saledizos, los ábsides, perduran en un ambiente que no es el suyo...

Pero en León no sucede nada de esto: no os encantan en la vieja ciudad sus monumentos; los palacios son raros; las calles están formadas por casas sencillas. pobres; si se exceptúa la catedral, nada hay aquí que no encontremos en cualquier diminuto y arcaico pueblo de las Castillas. Mas el espíritu de la antigua España—y esto es el todo—se respira en estas callejas, en estos zaguanes sórdidos, en estas tiendecillas de abaceros y regatones, en estos obradores de alfayates y boneteros, en este ir y venir durante toda la mañana de nobles y varoniles rostros castellanos, llenos, serenos, y de caras femeninas pálidas, con anchos y luminosos ojos que traducen ensueños. Yo he caminado absorto por estas calles.

Las calles tienen su alma en sus títulos; y las de León poseen el privilegio, rancio y aristocrático, de los rótulos castizos. ¿No os dice nada la calle de las Barillas? ¿Y la de la Revilla? ¿Y la de la Cazalería? ¿Y la de los Cardiles? ¿Y la de la Plegaria? ¿Y la del Conde de Luna? Sobre las tiendecillas y los portales campean rótulos en que leéis apellidos que no os dicen nada y que os sugieren un mundo de cosas imprecisas y remotas. *Obrador de sombrerería de Isidoro Pirla,* dice en esta parte; *Confitería de Tomás Rodríguez,* dice en la otra; y más lejos, en grandes letras negras sobre un grisáceo fondo, *J. Pernia, procurador.* ¿Qué ideales, qué colores, qué fugitivas alegrías, qué horas lentas, monótonas, representarán todas estas vidas opacas que nos indican estos letreros? ¿Qué mundo de sensaciones tan hondas, tan grandes como las de un héroe o de un poeta simbolizarían es-

tos nombres desconocidos, oscuros, metidos en sus tiendas pequeñas y en sus estudios?

Nuestro paseo continúa. De cuando en cuando, al volver de una esquina, aparecen, en el fondo, por encima de los tejados negruzcos, sobre el cielo azul y diáfano, las dos torres agudas, esbeltas, de la catedral. Acaso en un balcón, una muchacha que cose silenciosa, levanta la cabeza y fija los ojos en nosotros. ¿Se llamará Constanza, Blanca, Lucinda o Leonor? Nos detenemos un momento atraídos por una fuerza desconocida; luego proseguimos nuestra marcha un poco entristecidos no sabemos por qué. Y ya nos hallamos en una ancha plazuela solitaria. Yo no he experimentado jamás una sensación tan intensa de soledad y de sosiego como ahora. Entre los guijos menudos que forman el piso de la plaza, crece la hierba clara; unas acacias pálidas cercan el ancho ámbito y destacan su follaje sobre los viejos muros; las ventanas aparecen cerradas, y de rato en rato unas palomas vienen lentas, caminan un instante sobre las piedras y tornan a marcharse pausadas. Y hay por la plaza solitaria, esparcidos, papeles rotos, esos papeles que el viento lleva de una parte a otra, que son como el símbolo del abandono y de la desolación, y en que encontramos frases truncadas que tienen la elocuencia de lo incomprendido y de lo absurdo. Yo he recogido de estos papeles en la plazuela del Conde de la vieja ciudad; entre ellos ha venido a mis manos—traída por el sabio azar que concierta las cosas—una tarjeta extraña. No podía ir a otras manos sino a las de un observador que se desentiende de los grandes fenómenos y se aplica a los pormenores triviales. Esta

blanca cartulina es de una monja. «La abadesa y comunidad de religiosas concepcionistas franciscas de León», rezan los caracteres impresos; y a continuación, con letrita sutil y clara de mujer: «Mi amadísimo don Paco: le mando el libro, enmendadas las erratas; lo que reste hasta igualar, puede quitarlo usted de los alcoholes y comercio, sobre todo del de don Cipriano Puente; y puede quitar usted también algo de vino.—Sabe le ama en Cristo su afectísima y segura servidora, sor Gabriela de la Purificación...»

El ensueño está en marcha. ¿Quién no hubiera echado a volar su fantasía ante esta tarjeta, encontrada en la desierta y vieja plazuela leonesa del Conde? Sor Gabriela es la abadesa de un convento; sor Gabriela tendrá las manos blancas, de color de cera, transparentes; sus ojos mirarán con una serenidad dulce; en sus labios vagará una sonrisa de melancolía y resignación. Sor Gabriela andará despacio, en silencio. El claustro que conduzca a su celda estará enjalbegado con cal blanca; se verán limpios, fregados los ladrillos rojos del piso, y la luz, una luz viva, fúlgida, reverberará con la misma intensidad desde la mañana hasta la noche. Sor Gabriela tendrá sobre una mesa un Cristo de marfil, acaso también un libro místico de Granada o de Nieremberg, y con toda seguridad un jarrito de tosca porcelana en que habrá puesta una vara de nardos. Sor Gabriela, a lo largo del día, leerá un breve rato en estos libros, y otros ratos abrirá otro gran libro blanco e irá escribiendo en él con su letrita alargada y etérea. Lo que sor Gabriela escribe en estas páginas son las cuentas prosaicas del monasterio. Santa Teresa quería, en su *Modo de*

visitar los conventos de religiosas, que se llevaran escrupulosamente estas cuentas. «Lo que quise comenzar a decir es—escribe—que se miren con mucho cuidado y advertencia los libros del gasto».

Y este libro de que habla la mística doctora es precisamente el libro que sor Gabriela—como se lee en su tarjeta—le mandó para su examen a don Paco.

¿Dónde vivirá sor Gabriela? ¿Qué patio sosegado, con laureles y rígidos cipreses, se verá desde las ventanas de su celda?

LA MUERTE DE UN AMIGO: SARRIO

«19-6-15 tarde. Sarrió ha muerto esta tarde, después de una larga y dolorosa agonía.»

Cuando yo he abierto y he leído este pequeño telegrama, he sentido una de las más hondas, de las más grandes emociones de mi vida. No sé cómo empezar este artículo, ni lo que decir. Yo cierro los ojos y veo una casa vetusta en una ancha plaza silenciosa, solitaria; enmedio hay una fuente que murmura día y noche; a un lado, una iglesia hace destacar en el cielo azul sus dos achatadas torres. Y las golondrinas pasan raudas trinando. Y el viejo reloj lanza de cuando en cuando unas vibraciones largas, sonoras.

Todo pasa; los seres queridos desaparecen de nuestro lado; una estela de amor y de melancolía queda en nuestro espíritu. En este pueblo y en esta casa vivía Sarrió. El era alto y recio; él tenía un bigote pequeño y una mosca; él llevaba un chaleco de ancho escote, con los tres primeros botones siempre desabrochados; él usaba—y éste era su más típico distintivo—una gruesa cadena de plata, con una enorme muletilla atravesada en uno de los ojales altos del chaleco.

—Azorín, ¿quiere usted que demos un paseo?

—Vamos a dar un paseo, Sarrió.

Y los dos nos marchábamos a la huerta. Habréis de saber que éste era un pueblecillo morisco; las calles son estrechas y limpias; tienen casi todas las casas balconcillos de madera; en los zaguanes hay mesitas bajas de pino; y fuera del poblado, una huerta fresca, sombrosa, se extiende hasta lo hondo del valle. Sarrió y yo caminábamos durante el crepúsculo vespertino, en los veranos, entre los verdes tablares de hortalizas; corría el agua por las acequias; bajo los anchos nogales, bajo las tupidas higueras había ya unas sombras densas, azules; comenzaban a palidecer por Oriente los últimos resplandores del día: rojos, nacarados, dorados. Y un reposo profundo, sedante, misterioso, algo como el alma amorosa de la Naturaleza, se escapaba del campo.

—Azorín, ¿quiere usted que volvamos al pueblo?

—Volvamos al pueblo, Sarrió.

Y cuando recorríamos, ya dentro del pueblo, las callejuelas; cuando entrábamos en la ancha plaza, oíamos unas canciones a media voz, melodiosas, dulces, cortadas de cuando en cuando por unas risas alocadas, argentinas. Pepita, Carmen, Lola—las hijas de Sarrió—se paseaban por la plaza; con ellas estaban sus amigas; caminaban a menudos pasos, lentas, de dos en dos, de tres en tres, cogidas por la cintura, con la cabeza suavemente echada hacia atrás. El cielo se había ya puesto negro; titileaban con destellos misteriosos las estrellas; el agua de la fuente, que durante el día había susurrado quedita, comenzaba ya el murmullo ruidoso, sonoro, que había de llenar el espacioso ámbito de la plaza durante la noche. Y estas lindas muchachas, rubias, morenas, con sus ojos an-

chos, ensoñadores, con sus manos sedosas, blancas, con sus rizos sobre la nuca; estas lindas muchachas cantaban, cantaban con sus voces melodiosas, en la noche mansa, bajo el rebrilleo perdurable de las estrellas.

Y pasaba el verano; en la huerta los nogales, las higueras, los almendros dejaban caer sus hojas amarillas, que arrastraba el viento por los caminos; la campiña perdía el tapiz brillante de los pámpanos; a veces, durante un día, durante dos, una lluvia menuda, persistente, monótona, ponía una cortina gris en el horizonte. Entonces las vidrieras de los balcones permanecían cerradas; por la plaza, sólo de tarde en tarde, de hora en hora, atravesaba un transeunte. Y en este silencio, en esta monotonía abrumadora, unas notas lentas, lejanas, suaves, amorosas, de un piano venían a acariciar nuestro espíritu y lo llevaban y traían por las regiones del ensueño. Este piano lo tocaba Pepita; Pepita era la mayor de las hijas de Sarrió. Ya os he hablado de ellas este verano. Cuando yo estuve en casa de Sarrió, yo supe que Carmen se había casado, que Lola se había casado también y que Pepita había muerto. Pepita, en los días de otoño, cuando las hojas caen, cuando el cielo está cenicienta, tocaba en el piano *La priere des bardes*, o *La marcha fúnebre de una muñeca*, o la sinfonía del *Barbero*. ¿Qué afinidad profunda, secreta, había entre esta muchacha blanca, rubia, de ojos azules, pensativos, y estas notas tristes del piano, y estos días melancólicos de otoño? Yo ya no veré más a Pepita. Todo pasa; los seres queridos desaparecen de nues-

tro lado; una estela de amor y de melancolía queda en nuestro espíritu.

Y transcurrieron los años. Yo salí un día del limpio y silencioso pueblecillo morisco; fué esto una tarde serena de fines de verano; fué en uno de estos crepúsculos dorados durante los cuales paseábamos nosotros por la huerta; Sarrió me acompañó a la lejana estación, puesta en lo hondo del valle; vi por última vez yo los nogales, las higueras—estas higueras pródigas, cariñosas—, los almendros, los cañares que susurraban leves en el fondo de un barranco, el agua que se deslizaba con espejeos brillantes por los azarbes... Cuando llegó el tren, yo abracé a Sarrió.

—¡Adiós, Sarrió!

—¡Adiós, Azorín!

Y la locomotora silba furiosa; el tren se pone en marcha. Y yo veo a Sarrió a lo lejos, en el andén, que agita en el aire su histórico, su legendario, su épico sombrero hongo, marcadamente cónico.

Este sombrero, un año más tarde, cuando Sarrió vino a Madrid, fué causa de uno de los más grandes disgustos de su vida. ¿Os contaré punto por punto la estancia de Sarrió en Madrid? ¿Os diré cómo una mañana, a las ocho, lo vi entrar en mi cuarto gritando: —*Pero, Azorín, ¿qué escándalo es éste? ¡Son ya las ocho!* Todo esto ha de ser materia de un volumen, ya hace tiempo anunciado, y que los admiradores del grande hombre esperan con impaciencia. Las peripecias de Sarrió en Madrid fueron innumerables: aquí fué donde, habiéndosele caído la contera de su bastón, y habiéndosele colocado una nueva, quedó dentro de la caña del bastón una piedrecilla, cuyo ruido

imperceptible trajo desasosegado a Sarrió durante muchos días; aquí fué donde Sarrió pasó una hora fatal al descubrir, después de haber transcurrido un mes del sorteo de una lotería, que un décimo que él jugaba en esta extracción era falso; aquí fué donde Sarrió comprobó la locura y el desenfreno de los hombres al ver que en unos bombones que había comprado, los rótulos de *menta, limón, vainilla* no correspondían a las cremas que estos letreros indicaban...

Todas estas pequeñas cosas—que en Sarrió no se sabía si eran veras o si eran suaves ironías—hacían de mi amigo un hombre único, admirable, uno de estos hombres, de estos artistas maravillosos que viven y se extinguen sin que el mundo se percate de su existencia. Así, ignorado de todos, ha muerto Sarrió. Ya he contado, no hace mucho, cómo transcurrieron los últimos meses de su vida (1). Yo estuve en su casa el estío pasado. La casa estaba silenciosa, abierta, desierta; los muebles aparecían rotos, llenos de polvo; sobre una mesa se veía un rimero de periódicos con las fajas intactas. Tuve ante este espectáculo un doloroso presentimiento. Di unas fuertes palmadas, llamé a gritos. Y vi, al cabo de largo rato, aparecer a Sarrió con los pies arrastrando, titubeante, con los ojos hundidos, blandos; con la cara flácida, pálida.

—¡Sarrió, Sarrió!—exclamé yo lleno de angustiosa emoción.

El me contemplaba sin conocerme; su mirada era vaga, de estupefacción infantil.

---

(1) Recogido en *Los pueblos*. (N. del E.)

—¡Ah, sí, Azorín!—dijo con voz opaca al cabo.

Y nos miramos sin decirnos nada. Ahora acabo de recibir este breve y terrible telegrama. Todo pasa; los seres queridos desaparecen de nuestro lado; una estela de amor y de melancolía queda en nuestro espíritu...

INDICE

	Páginas
El pequeño filósofo S. D.	5
Hacia Cestona	9
En Cestona	17
Las horas del día	21
Los pasillos	25
Los caballeros de la tabla redonda	31
Las dos Conchitas	35
El señor Peralta sonríe	43
Siluetas de Cestona	49
Una salida vaga	59
Camino de Urberuaga	63
Hacia Zaldívar	67
En Zaldívar	75
Las condesitas lozanas	79
Siluetas de Zaldívar	85
En Solares	89
En Carranza	101
En el Sardinero	107
Siluetas de Santander	113
Unas viejas	117
En Santander	123
En Ontaneda	131
La novela de Ontaneda	139
Oviedo (una ciudad espiritual)	157
Oviedo (un ágape heterogéneo)	161
Oviedo (las bellas amigas)	165
En Caldas de Oviedo	169
Mondariz	173
En León. Sor Gabriela	185
La muerte de un amigo: Sarrió	191

PQ6623. A816V4 1929

a39001 0089043546

DEMCO